1089/31

Mundo Argentino

20 centavos en toda la República



"Antes, sí; antes le podía decir todo mi amor, cubrirle las manos y los ojos de besos, estrecharla fuertemente contra mi corazón, jugar con ella como un chiquillo o ponerme serio, paternal y protector para tratar de asuntos trascendentales."

De la novela de ambiente nacional

EL CASAMIENTO DE FANNY

De

FELIX M. PELAYO

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

El fardo de la crisis mundial (1) también, naturalmente, ha caído sobre nosotros; pero gracias al restablecimiento de la normalidad constitucional y a la reacción que acaban de experimentar nuestra producción y nuestras industrias, nos vamos librando del enorme peso.

Las organizaciones obreras de los Estados Unidos (2) **han manifestado ruidosamente su repudio por el subsidio que el gobierno ha hecho a los desocupados,** pues creen que así no se resolverá el problema de la desocupación.

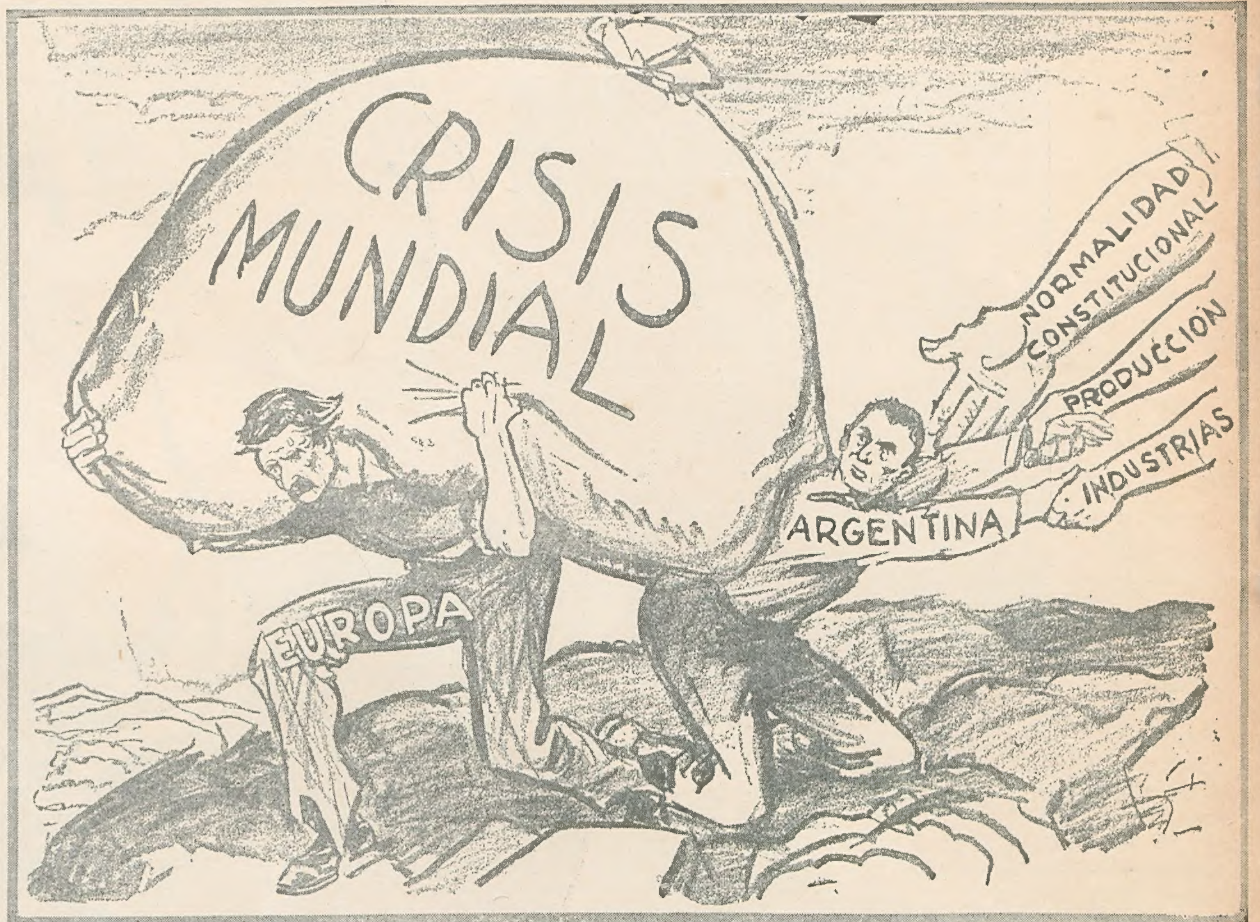
Los debates que se han originado (3) últimamente **en el Parlamento alemán han favorecido al gobierno del ministro Bruening,** quien obtuvo un voto de confianza en el Reichstag.

Ante la grave situación (4) por que atraviesa China en su conflicto con el Japón y otros desastres que la abruman, **¿qué actitud tomarán los Estados Unidos,** con la depresión económica que les aqueja?

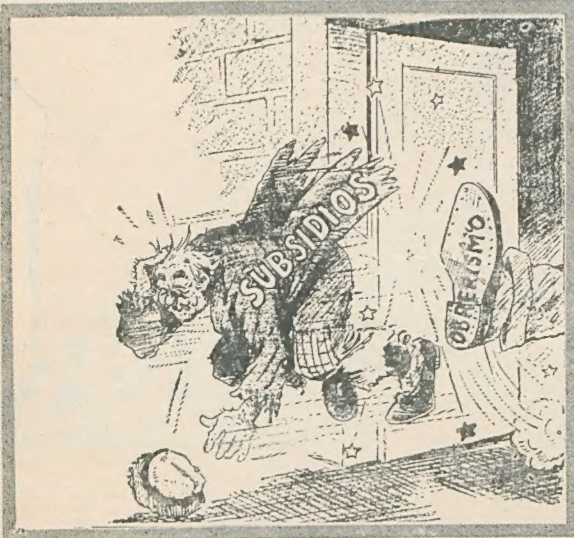
La competencia que los camiones (5) hacen a los trenes en los Estados Unidos exige una reglamentación que no permita esa situación de privilegio para los primeros en evidente perjuicio de los últimos.

Un órgano periodístico (6) del mariscal Pilsudski **asegura que éste desciende de una raza de reyes** que un día reinaron en Lituania. ¡Con razón que el mariscal tiene un espíritu dictatorial!

En realidad, **no se sabe a ciencia cierta (7) si Norte América está o no en la Liga de las Naciones,** pues su actitud hasta ahora ha sido absolutamente indiferente a los graves problemas que se debaten en Ginebra.



1 REPUBLICA ARGENTINA
Felizmente, manos protectoras se tienden para evitar que caigamos aplastados por el horrible peso.



2 ESTADOS UNIDOS
Las organizaciones obreras repudian el subsidio a los desocupados. (De "News", Cleveland)



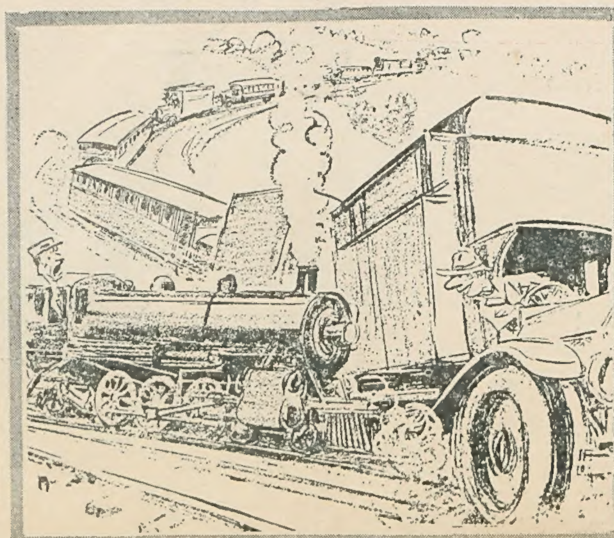
4 LA SITUACION EN LA CHINA
Estados Unidos. — ¿Y qué hago yo ahora? (De "News", Detroit)



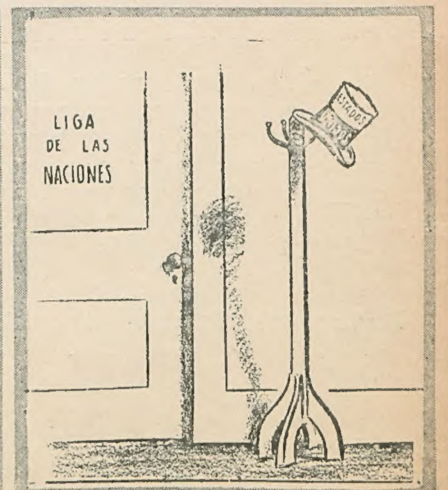
6 EL MARISCAL PILSUDSKI
Se asegura que el mariscal Pilsudski desciende de reyes. (De "Isviestia", Moscú)



3 ALEMANIA
Aprovechando la riña, este perro se escapó con el mejor hueso. (De "The Daily Star", Montreal)



5 TRENES Y CAMIONES
Habría que regular la competencia. (De "News", Newark)



7 EL ENIGMA
¿Está dentro o afuera? (De "Post Dispatch" St. Louis)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXI | BUENOS AIRES, DICIEMBRE 2 DE 1931 | NÚM. 1089

¿Hasta cuándo existirá el problema de la leche?

A pesar de las medidas tomadas hace algún tiempo por la comisión especial que estudia la mejor manera de abastecer de leche a nuestra ciudad, los días calurosos del verano llegan sin que todavía se haya realizado nada verdaderamente útil en este sentido. MUNDO ARGENTINO, en diversas oportunidades, planteó este problema de higiene y llamó la atención de las autoridades sobre la necesidad de encararlo en forma definitiva. Creemos conveniente insistir: la población debe conocer los peligros que la rodean, porque ese conocimiento le dará pie para exigir a las autoridades aquellas medidas que olvidan o postergan, precaviéndoles a la vez de los peligros más inmediatos. Numerosos estudios se realizaron en nuestro país sobre higiene lechera; numerosos higienistas y hombres de campo atacaron a fondo el problema para resolverlo; la legislatura de la nación archiva también su buen número de proyectos tendientes a mejorar en algo la situación del tambero y la excelencia de la producción; pero nada ha logrado — repetimos — asignar al problema toda su importancia, por lo menos, en apariencia.

NO NOS ENGAÑEMOS CON FRASCOS

Hay personas para quienes el problema lechero no existe desde que compran leche en frascos, pasteurizada. Es preciso comprenderlo: poco se ha ganado con esta medida, pues sólo es una cantidad reducida la que así lo hace. A la otra parte de la población, a la que no tiene empacho en adquirir y tomar la leche de cualquier manera, es a la que queremos advertir el grave peligro a que está expuesta continuamente.

VAYAMOS AL TAMBO MISMO

Todo problema se resuelve en su origen. Higienizar la leche no es lo mismo que obtenerla higiénicamente, ese vicio la desmerece ya y reduce sus bondades en un cincuenta por ciento. En las proximidades de la capital se crían los ganados que suministran la leche que consumimos. En su mayoría, los tambos en que se les ordeña carecen de toda instalación, y son apenas unos potreros fangosos, separados del resto del campo por un hilo de alambre. Es allí donde por la madrugada los ordeñadores comenzarán su faena, sin el menor cuidado, echando apenas unos baldes de agua contra las ubres enlodadas del animal. La operación se efectúa al aire libre, a cielo descubierto, llueva o ventee; el polvo, el barro y el agua sucia que baja por las ancas del animal, se mezclan, inexorablemente, con la leche sembrando en su caldo rico una abundante flora microbiana.

LA HIGIENE DE LOS ENVASES

Se ordeña en tarros de boca ancha, devueltos el día anterior desde la capital, o en recipientes de toda especie, desde los tarros inutilizados hasta los envases de alcohol y de nafta con el borde vuelto a martillazos, en donde han hallado refugio residuos de cremas viejas, fuentes bactericidas de primer orden. Envases sucios, a los que se les pasa una ligera porción de agua de pozo, que no está libre de traer contaminaciones tíficas.

UNA VERDADERA ODISEA

Desde aquí se la lleva a las bateas, en donde se ha dejado correr agua de pozo a 16 o 18 grados de temperatura, abandonando los tarros abiertos a la voracidad de las moscas. Así es que desde la ubre del animal hasta el andén ferroviario, la leche ha debido soportar una verdadera odisea inicial, que no termina allí, por supuesto, pero que la inutiliza con los millones de bacterias que desarrolla en su medio fácil a las contaminaciones. Debemos agregar todavía que los tarros son abandonados en el andén de la estación a la espera del tren lechero, cubriéndolos apenas con una bolsa humedecida o dejándolos a la sombra rala de unos eucaliptos; en los días de verano, los rayos de sol multiplican al infinito aquellas bacterias sembradas en su medio, y como el convoy que lleva la leche a la ciudad carece de coches frigoríficos y marcha lentamente, pues tiene que recoger pequeñas encomiendas en cada alto, de ahí que cuando arribe la leche al desembarcadero de la capital, sus condiciones higiénicas sean sumamente mezquinas.

LA INUTIL INSPECCION

De nada servirá luego que los inspectores municipales revisen los tarros en las estaciones. Los millones de organismos desfilarán ante los ojos ciegos del inspector, en marcha victoriosa. El inspector no pretende verles tampoco, su acción se reduce a comprobar la densidad del líquido y su porcentaje graso, nada más. El consumidor no podrá exigir que se le informe acerca de su salubridad y del estado de la vaca de donde se obtuvo. La inspección sólo le dirá al que compra si eso es leche o es agua, pero no se expedirá acerca de su naturaleza íntima. Es un examen físico que no lleva a nada; tanto es así que muchas veces se rechaza e inutiliza leche excelente, sana, por la razón elemental de que no alcanza a una densidad supuesta, densidad que es en la mayoría de los casos sencillamente arbitraria.



LAS VACAS TUBERCULOSAS

Y no es eso todo: a las bacterias que la leche recoge en su viaje del tambo a la ciudad, debemos agregar aún las que trae intrínsecamente. Nadie sabe en estos momentos qué animal es, cómo es su naturaleza física, si está enfermo o no. La aftosa, la tuberculosis, son enfermedades comunes que se transmiten con toda facilidad. En Estados Unidos se expende "leche certificada", que proviene de animales clínicamente sanos: la comisión aludida en un comienzo de este artículo, ha creado también esa categoría de leche para nuestra ciudad, sin decirnos cómo nos lo garantiza.

LO MUCHO QUE DEBE HACERSE

Hay mucho que hacer, pero debe empezarse por lo más urgente: en primer lugar, ir al tambo, imponer al tambo las cuatro reglas elementales de higiene a que tienen derecho los consumidores de la ciudad. La única acción que cabe a la Municipalidad es, y lo afirman conocidos higienistas, ésta:

1º Llegarse al tambo y exigir que el ordeñe se efectúe bajo tinglado con piso de ladrillos, limpio, y que se limpien las vacas y se sequen su ubres.

2º Revisar los ganados que suministren leche, descalificando a los animales tuberculosos o enfermos.

3º Imponer el mínimum de higiene en los envases y en el transporte.

4º Imponer la pasteurización como un complemento o su refrigeración inmediata al ordeñe, y el transporte en condiciones que mantenga dicha refrigeración.

5º Organizar la venta de leche en locales especiales o su reparto en frascos, a fin de facilitar el trabajo de los inspectores y evitar la adulteración continua del producto y su contaminación callejera.

6º Transformar el actual examen que realiza la inspección veterinaria en examen biológico, ya que el examen químico del producto sólo interesa superficialmente.

7º Educar al tambero y al consumidor en principios de higiene estricta, puesto que de ello depende la salud de un pueblo y la fortaleza física de una raza.

ENRIQUE GOMEZ MATHEU.



Tomás, ante el espejo, haciéndose el nudo de la corbata, sin volverse y fríamente, contéstole:
—Supongo que no esperarás que haga lo mismo que ese niño mimoso, ¿verdad? ¡Tu hijo es un hombre!

LAS DOS MADRES

La influencia de las madres en los hijos es algo que ya nadie discute. El autor de este cuento nos pinta dos mujeres que educan distintamente a su hijo, y mientras uno triunfa y progresa en todo sentido, el otro fracasa y llega a sentir desamor por los mismos seres que le dieron la vida. Es la consecuencia lógica de la distinta educación que ambos jóvenes recibieron de su madre.

Un cuento de JORGE CLARK

DESDE la ventana de la espaciosa y cuidadosamente limpia cocina de Sara se veía el caminito de ladrillo rojo del jardín de su vecina. Era de aspecto agradable y ofrecía un fresco solaz en las tardes de verano. Tenía un reloj de sol, un baño para los pájaros y flores de todas clases y matices, siempre tan bien cuidado, que daba gusto sentarse bajo los arbustos a tomar el té y distraer la vista ante cuadro de tan risueño colorido.

Bajo una hermosa morera servíale Enrique el té a su madre, quien, sentada cómodamente en una mecedora, vestida siempre con trajes lindos y vaporosos, sonreía a su hijo, que traía con alegría todos los enseres, los colocó ante ella y se sentó luego sobre el brazo del sillón de su madre, con mayor satisfacción que si estuviera entre un grupo de amigos de su misma edad.

Por largos minutos Sara contempló el cuadro singular para ella, mientras Enrique pasaba con cariño los bizcochos y tostadas a su madre, le ponía el azúcar en el té y luego tomaba el suyo.

—¡Da asco! — decíase Sara. — ¡Qué madre más egoísta y perezosa ha sido siempre esa mujer!

Sin embargo, a pesar de la rabia que tales escenas le causaban, se sentía irresistiblemente atraída, quedándose contemplando absorta el afecto con que ese joven apuesto, de rubios cabellos y varonil donaire, arreglaba los almohadones detrás de la espalda de Elvira para que estuviera más cómoda, iba a buscarle la écharpe, que le echaba sobre los hombros para que no sintiera frío. Y todo ello hecho con la sonrisa en los labios y sin tener que ser mandado.

¡Cuán diferente era Tomás! Si se le pedía algo, no lo hacía, o de tan mala gana, que se le quitaban a una los deseos de volverle a mandar nada.

—Es un verdadero enigma para mí — díjole un día a su marido, después de haber estado observando el amigable dúo que formaban la vecina y su hijo. — ¿Cómo una mujer tan egoísta como Elvira puede tener un hijo tan bueno como Enrique?

Ramón, un hombre alto, silencioso y siempre lleno de preocupaciones y negocios, dejó el periódico que leía, encendió la pipa y contestó:

—Es un buen muchacho. ¡Ojalá que nuestro hijo se le pareciera! No me gustan los amigos que tiene Tomás...

A pesar de que el amor maternal de Sara se sintió bastante herido por la comparación, no tuvo más remedio que admitir que ésta estaba justificada. Al terminar los estudios en una universidad muy costosa, donde para enviarle habían tenido que hacer grandes sacrificios, regresó sin honores y tan lleno de vanidades, que más bien parecía un extraño que el hijo único en el que sus padres basaban la felicidad.

—¡Tan poco comunicativo! ¡Qué diferencia con el chico de la casa del lado!...

Como un extraño, entraba y salía, recibiendo las atenciones de la pobre madre como si tuviera derecho a ello y el mundo se lo debiera todo, sin un átomo de consideración para ella. Llegaba tarde a comer o no venía, sin que nunca se le ocurriera pensar que la pobre mujer le estaba esperando, sin jamás dar la más mínima explicación de dónde pasaba su tiempo y qué hacía con él.

—Te preocupas bien poco de mí, Tomás — le dijo un día su madre. — Tú sabes que el mantener la comida caliente requiere bastante trabajo, y no te costaría nada, cuando no puedes venir, telefonearme, como hace Enrique con su madre.

Tomás, ante el espejo, haciéndose el nudo de la corbata, sin volverse y fríamente, contestóle:

—Supongo que no esperarás que haga lo mismo que ese niño mimoso, ¿verdad? ¡Tu hijo es un hombre!

Aunque en su interior le habría gustado muchísimo poder aceptar como cierta esta reflexión de su hijo, sabía que no era cierto. En su dulce pero firme voz, su bronceada tez y bien fornida musculatura no había nada de femenil en el vecino. En la universidad había obtenido sus diplomas dignamente, y fué siempre sobresaliente en los deportes que ambos muchachos practicaban.

—Es así cabalmente — continuó Sara con dejo amargo en su voz, distrayendo a Ramón del diario a que había vuelto, mientras su esposa se hallaba absorta en sus pensamientos. — Los sabihondos pueden decir todo lo que quieran respecto a los efectos producidos por el ambiente y métodos de educar a los hijos. Esas son pamplinas. Tú sabes que nosotros le hemos dado a nuestro hijo más de lo que realmente estaba a nuestro alcance. Yo no he vivido más que para él, ha sido toda mi preocupación, me he privado de vestidos y todo lo que habría sido gusto mío tener, para que no le faltara nada y pudiera poseer las mismas ventajas que cualquier hijo de ricos, mientras que Elvira...

Pacientemente mirando a su mujer por encima de sus lentes, Ramón esperó que terminara su tema favorito. Estaba acostumbrado a él desde hacía muchos años y siempre tenía alguna variación, A decir verdad, desde que Elvira, con su trajecito vaporoso de viuda, había venido a comprar la casita del lado, todo lo que ésta hacía, o para mejor decir, todo lo que no hacía, tenía gran poder de fascinación sobre Sara. Esto había empezado cuando ésta fué a retribuir la visita de bienvenida a la nueva vecina. Enrique tenía dos años, un niño robusto de mejillas rosadas y rubios cabellos. Ya desde entonces Sara había mostrado franca desaprobación por la conducta de Elvira respecto al muchacho.

—No era más que una criatura, y, sin embargo, cuando llegué tenía al pobre chico, limpiando el suelo y riñiéndole por sus modales, como si fuera un hombre. "Saluda a la señora, Enrique", le había dicho ella. Luego, a pesar de estar estornudando por el resfrío, le hizo guardar sus juguetes. "Si no lo haces tú, lo tendrá que hacer mamá", le había dicho. ¡Como si el tener que hacer algo fuera un crimen!

Para Sara, que era muy hábil en su hogar, tanto para hacer un dulce como cortar el césped del jardín, como para hacer las camisas del esposo y su hijo, el gracioso abandono y pereza de Elvira eran casi un insulto. Se había acostumbrado, pero no reconciliado con la idea de ver a Enrique hacer treinta mil trabajitos alrededor de la casa y el jardín.

Le irritaba sobremanera mirar a través de su ventana y contemplarlos, él cortando el césped o barriendo el portal, mientras que ella permanecía cómodamente sentada en una hamaca o sillón leyendo un libro.

Su cólera llegó al límite cuando se enteró de que Enrique todos los domingos hacía el desayuno y lo subía en una bandeja hasta

la cama de su madre, donde los dos lo tomaban.

—¡Pobre muchacho! ¡Ella se hace servir por él, como si fuera un criado!... Nunca en la vida vi cosa igual. ¡Qué egoísmo el de esa mujer! Aquí me tienes a mí, que hace tres años que llevo el mismo tapado para que Tomás pueda tener lo que necesita, mientras que ella es al contrario: el muchacho lleva lo viejo, y ella siempre a la última moda — contábale a Ramón un día en que los había encontrado en la ciudad en casa de una modista.

Ella había entrado para aprovechar la oportunidad de una liquidación de sombreros de fieltro, cuando descubrió a Enrique con su madre. Esta, sentada delante de un tocador de tres espejos, estaba probándose un sinfín de sombreros, los primeros modelos de primavera. Enrique, de pie a su lado, feliz, contemplábala e insistía en que se comprara el más bonito de todos y el más caro, por supuesto.

—Anda, mamá, cómprate el verde; es más lindo — oyó que le decía.

Volviéndose para darle una palmadita en la cara, Elvira le contestó:

—Pero te ha costado tanto trabajo ganar ese dinero, Enrique... y luego, si me compro éste, no quedará bastante para tus patines.

Con las manos en el bolsillo y refregándose las botas contra un calcetín de burda tela, replicóle:

—¡Oh! Déjate de patines; no me interesan.

Y sin embargo, ¡ya lo creo que le interesaban! Sara lo sabía, pues cuando, para el cumpleaños de Tomás, le regalaron unos, le había dicho que él se compraría otros tan pronto como pudiera juntar suficiente dinero obteniendo subscriptores para una revista.

—¿Y quieres creer que permitió que el pobre muchacho se gastara el dinero, que tanto le había costado ganar, en adornar su cabeza de chorlito? — exclamó indignada Sara al llegar a casa aquella noche.

—Bueno, no te enfurezcas tanto contra la pobre Elvira, pues si es verdad que parece un poco egoísta, también es cierto que su hijo es feliz con ella, y es muy posible que realmente haya preferido comprarle el sombrero que no comprarse los patines...

Mientras ella iba y venía preparando la cena, refunfuñó:

— Puede ser que sí, pero yo no lo creo... Los muchachos todos son iguales, y basta que un compañero tenga algo nuevo para que ellos también lo deseen. Y en cuanto a fijarse lo que lleva la madre, esas son tonterías, y yo por mí, te aseguro que no lo creo.

Sin embargo, Enrique parecía estar bien orgulloso del sombrero que había comprado a su madre. ¡Que satisfacción reflejaba en sus ademanes cuando salían juntos a pasear y alguien se refería a lo bien que le sentaba el sombrero verde! Ella replicaba, sonriente:

—¿Le gusta? Me alegro, pues me lo compró Enrique con el primer dinero que ha ganado. Y créame que el pobre tuvo que ahorrar durante mucho tiempo...

Más tarde el incidente del sombrero se repitió, pero esta vez fué en una pequeña casa de campo para ir a pasar el verano.

— Es pequeñita, pero muy linda y a la misma orilla de un lago — decíale a su vecina a la mañana siguiente.

Y mientras ella estaba preparando las empanadas preferidas de su hijo, contestóle:

— Sí, es un lugar delicioso: nosotros hace años que soñamos en comprar una también; pero es imposible, pues con los gastos de matrículas y otras cosas, de Tomás, en la universidad, hemos tenido que olvidar lo que tanto nos habría gustado.

Admirando la agilidad con que Sara manipulaba la masa para los dulces, Elvira sonrió y dijo, algo indecisa:

— En realidad, nosotros nos encontrábamos en el mismo dilema. Pero en la ciudad hace tanto calor y a mí me sienta tan mal; luego, por otra parte, a Enrique y a mí nos gusta tanto el agua, que después de discutir bien el asunto, decidimos que la Universidad Nacional, que es gratuita, sería tan buena como otra en la que tuviéramos que pagar mucho. Esto nos permitiría realizar nuestro sueño dorado.

—¡Pobre muchacho, cómo lo explota esa coquetona! — pensó al mirarla partir a través del jardín, mientras envidiaba su graciosa silueta. — Lo que es si este muchacho llega a ser algo, podrá decir sin mentir que se lo debe todo a sí mismo y no a los desvelos de una madre abnegada.

Las desgracias que se habían predicho para Enrique, nunca llegaron a realizarse; al contrario, de un muchachote robusto pasó a ser un joven apuesto, amable e inteligente, muy popular entre sus compañeros y estimado en la casa Dayton, donde estaba empleado también Tomás.

— Oye, Enrique — gritóle un día Tomás desde la baranda de su casa: —¿por qué no vienes a ver el match de boxeo esta noche?

— Lo siento, viejo, pero tengo que salir con mi madre. Esta noche nos vamos al teatro a ver un estreno.

—¡Oh! —díjole su amigo con algo de impaciencia en la voz. — Llévala mañana; a ella le será lo mismo.

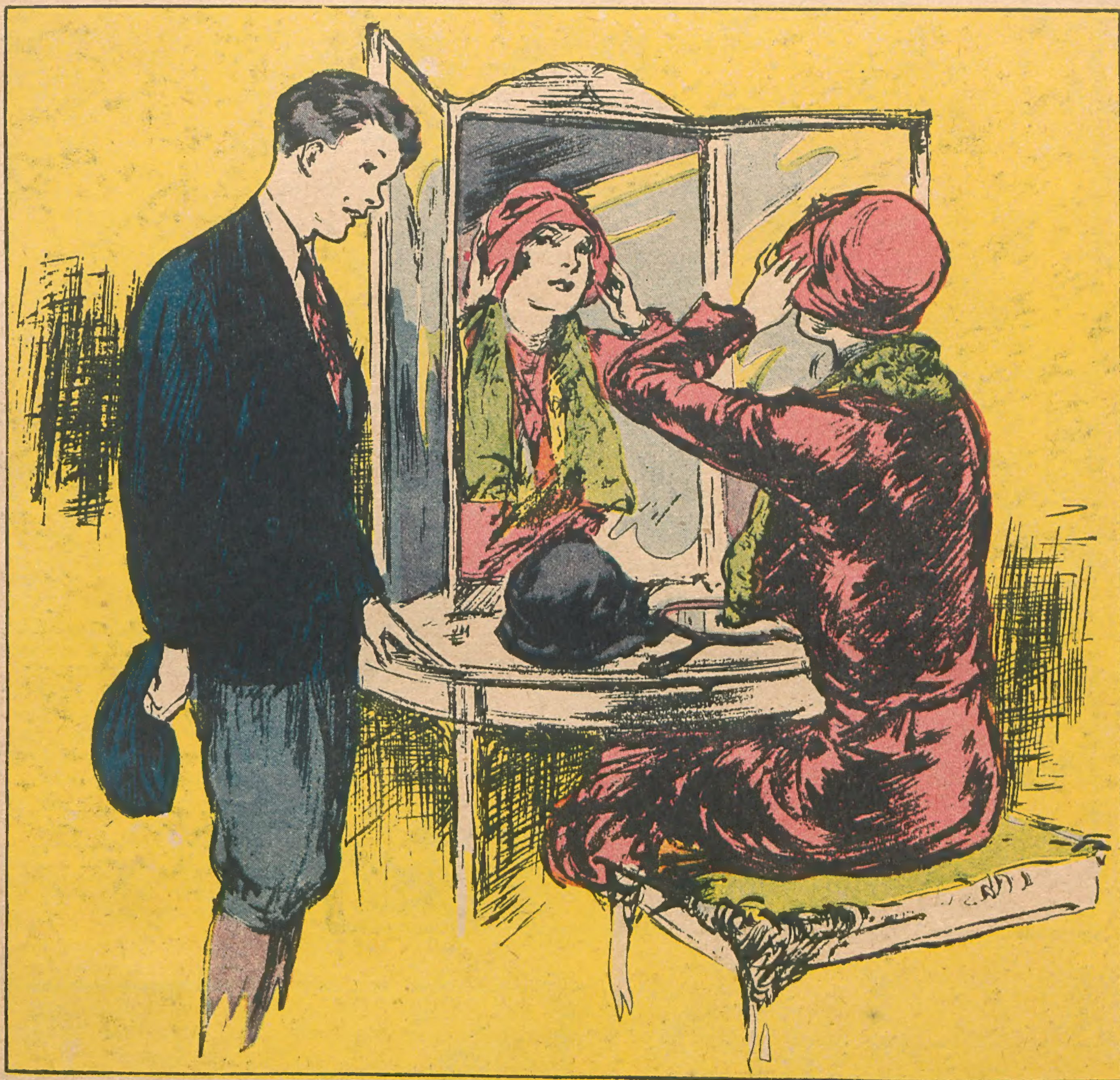
— No puede ser. Me habría gustado ver a Pardales, pues me han dicho que tiene una derecha colosal.

Al comprobar de nuevo la evidencia del egoísmo de Elvira, murmuraba Sara con rabia:

— En verdad, no puedo concebir cómo una madre que quiera a su hijo puede ser así. Ha oído todo lo que han dicho los chicos, pues estaba sentada en la puerta, sabe lo que le habría gustado a Enrique ir al match, y, sin embargo, no ha abierto la boca para decirle que dejarían el teatro para mañana. No; ésta es de las que dicen: "Primero yo y siempre yo."

—¡Ah, sí! Elvira se preocupa más de su

(Continúa en la página 20)



Sentada delante de un tocador de tres espejos, estaba probándose un sinfín de sombreros, los primeros modelos de primavera. Enrique, de pie a su lado, feliz, contemplábala e insistía en que se comprara el más bonito de todos y el más caro, por supuesto.

En el "veldt" africano, erizado príncipe imperial

SU "ENTREGADOR", DESPRECIADO POR LA HUMANIDAD,

SE hizo noche sobre los campos de Sedán y las águilas imperiales cayeron abatidas nuevamente por el plomo y la metralla. Prisionero y desterrado, Napoleón III, el triste vencido del 70, sobrevivió apenas tres años a su caída espectacular. Del ensueño, de la epopeya, no quedó más que una mujer enlutada y entristecida que habitaba un castillo de Chislehurst. Muy blanca, muy hermosa, era Eugenia Montijo, condesa de Teba y emperatriz de Francia. Después de haber conocido todos los halagos de la fortuna y del poder, de haber recibido el pleito homenaje de los príncipes como soberana y el de los hombres como mujer, se vió sola, completamente sola, en el mundo; emperatriz sin trono, viuda inconsolable, mujer desolada... Desaparecido su esposo, una sola esperanza la mantenía y alentaba: en ella cifraba sus ansias de reivindicación: ¡su hijo! ¡Cuántas veces, en las largas noches del invierno inglés, comulgando con su gran dolor, no habría tenido la visión de la gloria, de la restauración, contemplando al niño dormido en las alcobas de su palacio de Camden!

Francia llamó "le Petit Caporal" al ilustre corso. A su descendiente y heredero Luis, Napoleón, Fernando José le llamó "le petit prince".

La madre, secundada por el fiel conde Davillier, caballerizo mayor del imperio, por los médicos Conneau y Carvisart, se consagró a educar a aquel hijo para que un día se hiciera digno de la alta gloria de su estirpe.

Sereno y reflexivo como el padre, pero con arranques dignos de la materna sangre española el "petit prince" reveló desde muy niño raro talento y vivaz inteligencia. Estudiaba en la Escuela de Aldershot cuando falleció Napoleón III. La reina Victoria de Inglaterra lo quería entrañablemente.

Sobre la fachada principal del palacio de Camden, grabada a cincel en la piedra, había la siguiente inscripción latina: "Malo mori, quam foederi."

Frase ésa que traducía bien la idea que obsesionaba a los huéspedes de aquella residencia. Poco antes de morir, Napoleón III le decía a su leal amigo: "No es verdad, Conneau, que en Sedán no estuvimos cobardes?"



La muerte privó a la otrora poderosa emperatriz Eugenia de los dos seres que le eran caros en el mundo, su marido y su hijo. Aquí se la ve embarcándose para Sud Africa en el "German". Al subir a bordo, según se ve en el óvalo, repartió ramos de violetas entre las personas que fueron a despedirla. También en óvalo, lord Barrington besa la mano de la infortunada soberana.

Y esa fué también la aspiración del joven príncipe: salvar el honor del nombre.

Egresado de la Academia militar, se aferra más a la divisa: "Malo mori"...

Cumple veintidós años, y algunos leales van a saludarlo. Él les jura que habrá de intentar la vindicación de su raza. Sabe que en Francia los panfletistas lo atacan con virulencia y hasta lo llaman "l'Aiglon II", "el Aguilucho II", y eso le duele. No quiere parecerse al principillo pálido y débil a quien tiranizó Metternich. Él tiene una espada, es fuerte y sano por su madre, hermoso como un dios y bravo como un león.

Allá en Zululandia los amazulúes se han sublevado contra el yugo blanco. Su rey, Cettiwayo, desde su kraal de Umgugundlovo, lanza sus "impis" sobre el invasor. Embrazados los escudos de piel de hipopótamo y rinoceronte, empuñadas las certeras azagayas y los knobkirries, los guerreros africanos, obedientes a las órdenes de sus feroces "indunas" descienden sobre el enemigo en su curiosa formación militar de media luna. Cettiwayo en persona y su hijo Dinizulu, probados en muchas campañas, guían y conducen a sus tropas. Las cuatro grandes tribus cafres se les han unido; los amafonga, amaswazi, amapanda y amakosa. Son numerosos como las arenas del mar y pelean sugestionados por sus adivinos, que les han pronosticado que la dominación de los blancos caerá.

Lord Chelmsford, jefe del ejército inglés, se encuentra con Cettiwayo en Isandlana, y sufre un grave descalabro. Aprovechando las sombras de la noche, los "impis" rodean el campamento de las tropas reales y entran a cuchillo en él. Mueren trescientos cincuenta ingleses y un francés, Laparet, cocinero del supremo comando, bárbaramente masacrados y mutilados por los cafres.

Los compañeros de estudios del "petit prince" se marchan a Sud Africa. Él también quiere partir. Su preceptor, Filon, aprueba la resolución. La emperatriz la combate frenéticamente. Llora y se desespera. Otra vez los negros fantasmas del pasado acuden a su



La piedad de algún visitante anónimo mandó levantar un cerco de piedras para evitar que fuera profanado el lugar de la trágica muerte. Al fondo, el cerro desde el cual los zulúes avistaron las fuerzas británicas.

su cuerpo de azagayas, cayó el Luis Napoleón

EPILOGO SU VIDA EN TIERRA ARGENTINA

Una tarde del mes de junio de 1879, los guerreros zulúes sorprendieron una partida de exploradores del ejército británico. Mataron sólo a tres, pero entre ellos cayó Luis Napoleón, "le petit prince", hijo de Napoleón III y de Eugenia Montijo. El oficial que mandaba la partida fué separado del ejército por cobardía y terminó trágicamente su vida en el lejano Sur argentino, perseguido por el desprecio de sus propios compatriotas.



Napoleón III con la emperatriz Eugenia y el príncipe imperial en 1864.

mente. Magenta. Solferino. Sedán... Los muertos. El desastre. La huída y el destierro... Su esposo muerto... La muerte, la Eterna Intrusa, en acecho siempre... Y ahora su hijo... Teme perderlo. Él permanece inflexible. Sordo a los ruegos y mandatos de su madre. Acude ella a la reina Victoria, pero la voluntad imperial de la soberana inglesa se estrella ante la férrea resolución del príncipe. Él irá, y si no, desertará del ejército. Por fin, la afligida madre, tras de una noche de oración ante la imagen de Santa Eugenia mártir, se arroja a los pies del hijo. A su lado, de hinojos también, los fieles servidores Pietri, Rouher, Davillier, Conneau, Corvisart, unen su ruego al de la infeliz, a quien la voz se le anuda en la garganta, y, madre antes que emperatriz, exclama en español, tendiendo sus brazos implorantes:

—¡Hijo mío!...

No dice más. No puede; la ahogan los sollozos. Su pena es infinita y patética. El príncipe, conmovido hasta lo más profundo de su alma, levanta a su madre, y, besándola en la frente, murmura:

—"Malo mori quam foederi."

Todavía sus leales tornan a alzar su voz:

—¡Sire!...

Él extiende su mano como imponiéndoles paz y tranquilidad, sienta a su madre en un canapé y sale. Va a entrevistarse otra vez con el primer ministro, lord Cambridge. Éste agota los argumentos de convicción y se ve obligado a acceder; concede un puesto de oficial al príncipe en el ejército de operaciones. El día de su partida, toda enlutada de crespones, Eugenia lo acompaña, y al abrazarlo, le cuelga al cuello una cadenita con medallas y amuletos. ¡Pobre mujer, que confía en que las pequeñas reliquias tornen invulnerable al hijo de sus entrañas!

Llega el príncipe a Sud Africa, se incorpora al ejército, e impaciente, exige que se le envíe a vanguardia. El general inglés accede, pero toma sus precauciones porque se le ha ordenado que vigile cuidadosamente al oficial imperial. Marcha al interior bajo las órdenes del coronel Harrison, y éste lo adscribe a una fuerza de caballería exploradora que manda el mayor Bettington, amigo del príncipe y jefe tan bravo como prudente. Luis Napoleón prestará servicios de ingeniero, que es su especialidad.

Es en los últimos días de mayo. La pequeña fuerza de batidores ha avanzado hasta Umlungavana Umkulu. Desde aquella colina al Norte se tiende el "veldt" africano, en dirección al naciente hasta el río Imbazani. Bettington se ha retrasado, y un capitán, Carey, asume el mando de la partida exploradora. El 30 de mayo el coronel Harrison despacha un chasque con la orden de replegarse sobre el grueso de las fuerzas. Se dice que por aquellas inmediaciones avanza un ejército enemigo, adelantándose sobre un extenso frente. Teme Harrison que el príncipe y sus compañeros sean copados. ¿Qué sucedió? Bettington no recibió la orden. Lo jura posteriormente por todo lo que es sagrado y respetable, por su honor de soldado. Parece, en cambio, que llegó a poder de Carey, y que éste, torpe o algo peor, no adoptó providencia alguna para darle cumplimiento. Ni siquiera tomó las más elementales precauciones militares. Una guardia de gigantescos guerreros basutos acompaña al príncipe. Se la deja retrasar en forma inexplicable.

En la mañana del 1º de junio se efectuará un reconocimiento durante el cual el joven ingeniero tomará apuntes y datos.

A mediodía llegan a un kraal abandonado, cerca del río. Hace calor, un calor africano. El príncipe y sus acompañantes echan pie a tierra, desensillan sus caballos y se disponen a descansar. A las cuatro de la tarde deben seguir adelante. Un rato antes el príncipe toma una taza de té mientras traza algunos apuntes topográficos. El sol desciende rápidamente. No hay crepúsculo en aquellas regiones. El día y la noche se suceden repentinamente, de golpe, sin medias tintas ni luces esfumadas. Un cafre pasa a la carrera; es el encargado de vigilar los caballos. Está asustado, y grita:

—¡Vienen los zulúes!

Explica que los ha visto entre las altas hierbas, agazapados acechando, armados.

El príncipe se levanta. Interroga. Quiere cerciorarse. No es posible dejarse sorprender así...

Carey ya ha montado a caballo, dando la señal de la fuga. Vuelan flechas, suenan tiros. Los caballos, espantados, huyen. Luis Napoleón alcanza su corcel, un árabe brioso y de hermosa estampa. Lo sujeta, le habla, calmándolo. El noble bruto se tranquiliza y el príncipe coloca el pie en el estribo. Ya está a caballo, pero he aquí que la cincha se rompe y la silla se le escapa de entre las piernas. El bridón galopa ya y el jinete cae. Le Tocq, antiguo marinero británico de origen norman-

(Continúa en la pág. 13)



En pleno "veldt", bajo el cielo de Africa, una cruz, mandada colocar por la reina Victoria, señala el sitio en que cayó el infortunado príncipe, luchando como un león contra numerosos enemigos.

EL CASAMIENTO

He aquí el drama de un hombre de ciencia que deja a la mujer que ama para emprender una expedición científica, y que cuando regresa se encuentra con que su novia, creyéndolo muerto, después de varios años de espera, va a casarse con otro. Toda esa tortura moral ha sido hábilmente reflejada por el escritor argentino Félix M. Pelayo, brindándonos un desenlace tan natural como inesperado.



DEBIA yo compadecer a Fanny? En conciencia, ¿podía yo odiarla?

¡Odiar a Fanny!

Pedirme eso, conseguir transformar mi amor en odio, hubiera sido algo tan imposible como agotar el océano o trasladar el Tupungato.

Analizando las cosas, hube de confesarme que sí, que debía odiarla. O por lo menos, despreciarla. No. Despreciarla, no. No hubiera podido despreciarla nunca. Fanny no es una mujer a quien se pueda despreciar.

¡Si tan sólo hubiera logrado que me fuese indiferente! Eso. Indiferente. Con la indiferencia hubiera recuperado toda mi libertad y, tal vez, conseguido humillarla.

¡Oh! Si pudiera humillarla, demostrarle, hacerle ver lo terrible que es padecer un dolor o una angustia que debemos al ser a quien sólo amor hemos dado. Hacerla sufrir lo que yo he sufrido. Pero...

En primer lugar, nunca he sido un hombre cruel. Y después, mi gran amor, mi inmenso amor por Fanny. Pero ¿hubiera sufrido Fanny con mi indiferencia? A veces la duda me atenacea. Otras, una gran esperanza desoprime mi corazón.

Lo cierto es que en concreto nada sé de Fanny, de sus sentimientos, de sus reacciones. Sólo sé que es adorable. Y que la adoro.

Naturalmente, ahora no le digo una palabra de ello. Pero tengo la vaga sospecha que ella lo sabe perfectamente.

Antes, sí; antes le podía decir todo mi amor, cubrirle las manos y los ojos de besos, estrecharla fuertemente contra mi corazón, jugar con ella como un chiquillo o ponerme serio, paternal y protector para tratar de asuntos trascendentales, tales como la carestía de los comestibles, o el orden riguroso que debe existir en un hogar, o la conveniencia de cambiar las fundas de los muebles de la sala. Y otros problemas de no menor importancia, cuyo detalle ahora sería minucioso e inútil.

Digo todas estas cosas para que vayan conociendo algo de Fanny y de mí, y para que comprendan de paso si me asisten razones para quejarme de esa criatura en cuya compañía pasé los diez mejores años de mi vida.

Cuando el otro día Fanny vino a verme, me sobrecogió una emoción tan grande, que durante algunos minutos no pude articular palabra.

Ella advirtió mi congoja, y sin decirme una palabra me tendió su manecita, cordial, tibia, firme a pesar de todo. Esa manecita que yo había cubierto antes de besos y a la que me creí con el derecho de considerar mía para siempre.

Ante ese hecho nimio, el espanto se apoderó de mí. Comprendí que todo había cambiado fundamentalmente en nuestras relaciones. Fanny ya no era más mía. Fanny no tenía ya la intención de volver a considerarse otra vez mía.

Ese gesto la delató. Era seguramente lo que ella deseaba. Lo había meditado perfectamente. Su espontaneidad en venir a verme tenía por único objeto eso: demostrarme que era libre. Que quería ser libre.

Comprendí con horror que Fanny veía en mí a un amigo. A un gran amigo. Que sólo ambicionaba mi amistad.

Fanny me conocía muy bien. Bajo su apariencia frívola y despreocupada ocultaba una gran inteligencia. Me había estudiado día tras día, año tras año, en aquella época feliz de nuestra convivencia. Sabía que yo obedecería a ese mandato mudo, pero elocuente, implorante, pero firme.

Y así fué. Reaccioné de inmediato. Aparenté una gran serenidad y con mis dos manos estreché fuertemente su manecita tibia, de delicados hoyuelos, donde antes hacían nido mis besos.

Sólo mi voz me traicionó a medias cuando pronuncié:

— Fanny, Fanny...

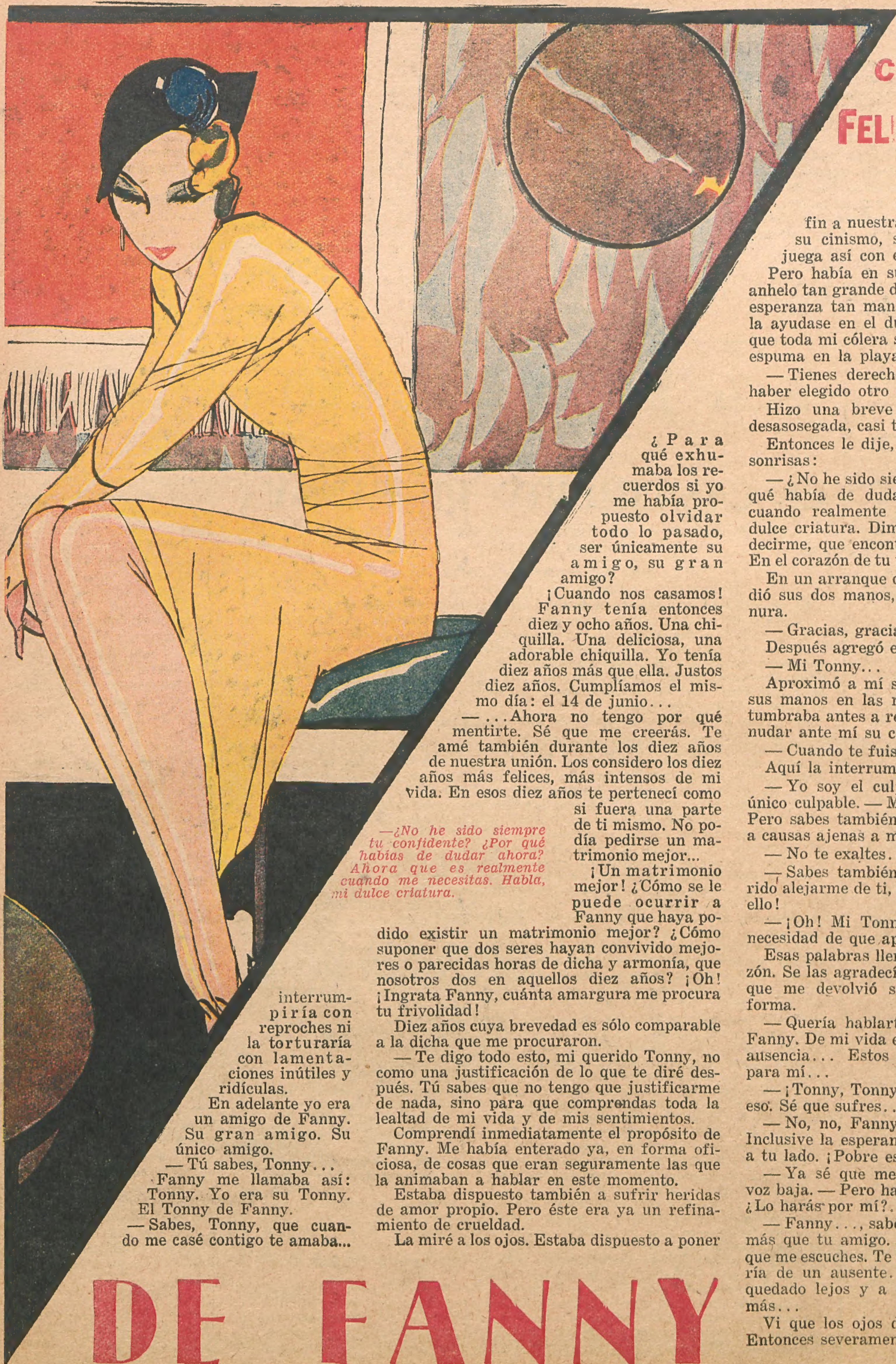
Toda mi emoción contenida tembló en mis labios. Los ojos de Fanny me miraron con reproche.

Tantas emociones violentas debilitaron mis energías y caí sentado en mi silla. Para ocultar mi angustia, sonreí. Sonreí con un deseo sincero y hondo de tranquilizarla, de alejar sus inquietudes respecto a mí.

Algo vacilaba en mi interior; mi aplomo. Algo se derrumbaba: mi ilusión. Pero me propuse ser firme, sobreponerme a mí mismo, a mi debilidad, a mi amor, a mi esperanza. Y lo logré. ¡A costa de qué esfuerzos! Pero lo logré.

Desde ese instante mi semblante cobró una naturalidad indiferente. Mis labios sonreían frecuentemente, mi palabra era serena, mis ojos se entornaban con curiosidad o con interés a cada una de sus palabras. Fanny comprendió en seguida que podría hablarme, en la seguridad que no la

NOVELA CORTA DE FELIX M. PELAYO



DE FANNY

interrumpiría con reproches ni la torturaría con lamentaciones inútiles y ridículas.

En adelante yo era un amigo de Fanny. Su gran amigo. Su único amigo.

— Tú sabes, Tonny...

Fanny me llamaba así: Tonny. Yo era su Tonny. El Tonny de Fanny.

— Sabes, Tonny, que cuando me casé contigo te amaba...

¿Para qué exhumaba los recuerdos si yo me había propuesto olvidar todo lo pasado, ser únicamente su amigo, su gran amigo?

¡Cuando nos casamos! Fanny tenía entonces diez y ocho años. Una chiquilla. Una deliciosa, una adorable chiquilla. Yo tenía diez años más que ella. Justos diez años. Cumplíamos el mismo día: el 14 de junio...

— ...Ahora no tengo por qué mentirte. Sé que me creerás. Te amé también durante los diez años de nuestra unión. Los considero los diez años más felices, más intensos de mi vida. En esos diez años te pertenecí como si fuera una parte de ti mismo. No podía pedirse un matrimonio mejor...

—¿No he sido siempre tu confidente? ¿Por qué habías de dudar ahora? Ahora que es realmente cuando me necesitas. Habla, mi dulce criatura.

¡Un matrimonio mejor! ¿Cómo se le puede ocurrir a Fanny que haya podido existir un matrimonio mejor? ¿Cómo suponer que dos seres hayan convivido mejores o parecidas horas de dicha y armonía, que nosotros dos en aquellos diez años? ¡Oh! ¡Ingrata Fanny, cuánta amargura me procura tu frivolidad!

Diez años cuya brevedad es sólo comparable a la dicha que me procuraron.

— Te digo todo esto, mi querido Tonny, no como una justificación de lo que te diré después. Tú sabes que no tengo que justificarme de nada, sino para que comprendas toda la lealtad de mi vida y de mis sentimientos.

Comprendí inmediatamente el propósito de Fanny. Me había enterado ya, en forma oficiosa, de cosas que eran seguramente las que la animaban a hablar en este momento.

Estaba dispuesto también a sufrir heridas de amor propio. Pero éste era ya un refinamiento de crueldad.

La miré a los ojos. Estaba dispuesto a poner fin a nuestra entrevista, a enrostrarle su cinismo, su maldad inútil. ¡No se juega así con el corazón de un hombre!

Pero había en sus pupilas tal candor, un anhelo tan grande de abrirme su corazón, una esperanza tan manifiesta de que mi palabra la ayudase en el duro trance en que estaba, que toda mi cólera se disipó como se disipa la espuma en la playa.

— Tienes derecho de decirme que podría haber elegido otro confidente...

Hizo una breve pausa. Estaba inquieta, desasosegada, casi temerosa.

Entonces le dije, con la más tierna de mis sonrisas:

— ¿No he sido siempre tu confidente? ¿Por qué había de dudar ahora? Ahora que es cuando realmente me necesitas. Habla, mi dulce criatura. Dime todo lo que tengas que decirme, que encontrarás eco en mi corazón. En el corazón de tu único, de tu gran amigo.

En un arranque de agradecimiento me tendió sus dos manos, que yo estreché con ternura.

— Gracias, gracias, Tonny...

Después agregó en voz baja:

— Mi Tonny...

Aproximó a mí su silla y depositó una de sus manos en las mías. Era así cómo acostumbraba antes a referirme sus cuitas, a desnudar ante mí su corazón.

— Cuando te fuiste, Tonny...

Aquí la interrumpí.

— Yo soy el culpable de todo, Fanny, el único culpable. — Mi tono era vehemente. — Pero sabes también que mi partida obedeció a causas ajenas a mi voluntad...

— No te exaltes...

— Sabes también que nunca hubiera querido alejarme de ti, nunca. ¡Dios es testigo de ello!

— ¡Oh! Mi Tonny, sabes que te creo sin necesidad de que apeles al testimonio divino.

Esas palabras llenaron de dulzura mi corazón. Se las agradecí oprimiendo su manecita, que me devolvió su emoción en la misma forma.

— Quería hablarte de estos últimos años, Fanny. De mi vida en estos cuatro años de mi ausencia... Estos cuatro años que fueron para mí...

— ¡Tonny, Tonny! Te hace daño hablar de eso. Sé que sufres... Te conozco. Calla.

— No, no, Fanny. Quiero contártelo todo. Inclusive la esperanza que me trajo otra vez a tu lado. ¡Pobre esperanza!

— Ya sé que me amas todavía — dijo en voz baja. — Pero hay que olvidar eso, Tonny. ¿Lo harás por mí?... Ya es imposible...

— Fanny..., sabes que soy tu amigo. Nada más que tu amigo. En calidad de tal quiero que me escuches. Te hablaré de mí como hablaría de un ausente... De un amigo que ha quedado lejos y a quien no veremos nunca más...

Vi que los ojos de Fanny se humedecían. Entonces severamente la reprendí.

(Continúa en la página siguiente)

— Nunca me ha gustado que seas sensiblera, Fanny.

— Pero si yo...

— Hay que ser firme y serena. Hay que saber dominarse. El dominio del "yo" es lo que nos puede dar cierta preeminencia en la vida.

— Está bien, Tonny... No te pongas severo. ¿Me perdonas?

— Sí, criatura... — Hice una pausa y proseguí: — Aquella malhadada expedición... ¡Oh! No quieras saber nunca lo que es aquel infierno africano... El clima, la naturaleza, los hombres, las fieras... Entre las fieras cuento los insectos, Fanny... No quieras saber nunca lo que es aquello, Fanny... Y luego, las arenas y la sed. Y el hambre, Fanny, el hambre...

Fanny dejó escapar un gemido de espanto. Su manecita se crispaba sobre mi mano. Estaba aterrorizada.

— Cálmate, cálmate, criatura — le dije. — Sigues siendo de lo más impresionable...

La despojé del sombrero, le di a beber un sorbo de agua, y luego, sentándome de nuevo a su lado, le acaricié los cabellos. Esa era la forma en que antes aplacaba sus nervios excitados y dominaba la inquietud de su espíritu, de una impresionabilidad enfermiza.

— No te hablaré más de ello. Tendrías pesadillas esta noche.

— ¡Oh! No. Prosigue, prosigue — suplicó ávidamente. — Pasaste hambre y sed..., y... y...

— ¡Oh! Eso no era nada, Fanny. Nada en comparación de otros sufrimientos morales. Tu imagen me perseguía constantemente. El recuerdo de toda nuestra dicha tan bruscamente interrumpida por mis obligaciones científicas... ¡Maldita ciencia!... Era algo superior a mis fuerzas. En aquellas noches del trópico, a la luz de las constelaciones, bajo las palmeras gigantes, al monótono compás de las músicas bárbaras, entre esos negros de bocas descomunales y almas de niños, ingenuas y crueles..., tu recuerdo, tu recuerdo siempre. Y una gran angustia. Por todo lo que había dejado. Y eso que aún no sabía las pruebas dolorosas que me iba a deparar el destino...

Un dolor casi físico se apoderó de mí al llegar a la evocación de esos recuerdos. Un sabor amargo me invadió la boca y mi espíritu se ensombreció.

— Te ahorraré toda clase de detalles que te parecerían inverosímiles... ¡Me lo parecen a mí mismo ahora!... Sólo te diré que nuestros guías nos traicionaron, internándonos en lo más espeso de la selva, y una noche, después de haber machacado espantosamente sus melopeas bárbaras sobre sus instrumentos primitivos, abandonaron el campamento, dejándonos solos en torno a las hogueras, en la inmensidad de aquel desierto de árboles y de fieras, sin horizonte y sin esperanza... Días y días anduvimos buscando una salida. Todo fué inútil. Casi desnudos, hambrientos, extenuados, caímos en manos de una tribu aún más bárbara que nuestros guías. Y allí quedamos los que pudimos salvarnos. Partimos veinte: veinte hombres jóvenes, robustos, felices. Veinte hombres amados y llenos de ambiciones. Diez espectros quedaban solamente en manos de aquel reyezuelo que se dignó tener lástima o desprecio de nosotros. La vida del esclavo, del último, del más miserable de los esclavos... Esclavos de hombres para quienes no cuenta ni la vida ni los sufrimientos de otro hombre. De hombres que no son hombres..., que no han salvado todavía el límite que separa al racional de las fieras. Que sólo se diferencian de ellas porque caminan sobre sus dos extremidades inferiores. Y eso no siempre... Tres años así. Tres años en que sólo tu recuerdo me alentaba a vivir, Fanny. Tres años viendo morir a mis compañeros uno tras otro. Hasta que llegó la libertad..., cuando ya no creíamos en ella. Los tres que volvimos al mundo civilizado éramos tres sombras. Más valía que no hubiéramos vuelto, Fanny.

— ¡Tonny, pobre Tonny! No digas eso. Aquella vida debió ser horrorosa.

Vi que se estremecía bajo sus tenues ropas.

— ¡Horrorosa, Fanny, horrorosa!

Se quedó pensativa.

— Tonny — me dijo. Pero vaciló.

Entonces con dulzura la animé.

— Fanny, ten confianza en mí. Dime lo que quieres decirme. Por otra parte ya sé de qué se trata.

— ¿Sabes? — me interrogó anhelante.

— Sí, Fanny. Las noticias penosas son las que se saben siempre con una premura vertiginosa. Dile a tu mejor amigo lo que has venido a decirle.

Nos miramos con un poco de angustia los dos.

— Pues bien...

Pero ni se atrevió a continuar. Entonces traté de ayudarla.

— Cuando yo me fuí, Fanny, quedaste pensando en mí. Me seguiste amando...

Ella asentía con la cabeza.

— ...Lloraste mi muerte cuando se propaló la noticia de mi desaparición... Porque supongo que se propaló esa noticia...

— Sí, sí...

— Esperaste aún un tiempo: un año, dos años...

— Esperé y te lloré, Tonny. No quería, no podía convencerme de tu muerte. Me hacía reproches a mí misma por haberte dejado partir... Pero pasaba el tiempo. Tuve entonces la certeza de que no vendrías más, nunca más...

Fanny estaba realmente seductora con su aire lleno de dolor, con sus ropas claras y sus cabellos siempre rebeldes.

—¡Estaba tan sola, Tonny! ¡Tan sola! Nadie me amaba, sino tú... Mi familia no me quería...

— Ya lo sé, Fanny. Siempre fueron egoístas y malos contigo.

— Y encontrarme otra vez huérfana de ternura... en la soledad espantosa de todos los días... ¡Cómo lloraba aquel amor de mi Tonny! De mi Tonny que no volvería más, a quien reprochaba su ingratitud por no haberme llevado consigo...

— ¡Fanny!...

— Sí. Ingratitud. Quería haber muerto a tu lado. Allá entre las fieras y los salvajes. Pero a tu lado. Dejarme sola aquí... ¿Por qué me hiciste



Félix M. PELAYO

AUTOR DE LA NOVELA CORTA

EL CASAMIENTO DE FANNY

QUE SE PUBLICA EN ESTE NUMERO, HACE PARA LOS LECTORES DE "MUNDO ARGENTINO"

SU AUTOBIOGRAFIA

Ya cuando vine al mundo traía retardo para una fiesta. Y de las gordas. Seguramente estaba invitado para participar en las algaradas nutritivas con que se saluda el advenimiento del Año Nuevo. Pero llegué el 2 de enero.

Como se ve, una falta de puntualidad imperdonable y que me ha hecho pasar verdaderas amarguras. Sí, porque mi cumpleaños se festejaba con los restos de pan dulce, almendras garrapiñadas, mazapán y sidra del día anterior, y de muy mala gana, por cierto, debido, precisamente, a los excesos cometidos con el pretexto de darle la bienvenida al año.

Por eso un día resolví no cumplir más años, y éste es el momento en que no sé qué edad tengo.

El retardo inconcebible de mi debuto — y que por más que quiero hacer memoria no puedo saber a qué obedeció—ha influído, después, en forma decisiva en mi vida. Para todas las cosas llego, siempre con veinticuatro horas de retraso.

Así, en un baile encuentro a las que deben ser mis parejas, cansadas; en un festín, saqueados los manjares; en una mesa de juego, exhausta la banca.

La única vez que pude haberme hecho rico — con la lotería, se sobreentiende, — mi copartícipe en los beneficios se fugó con el billete entero... ya cobrado. De ahí que el que no participó fuí yo, quedando de hecho disuelta la sociedad. El otro se había enterado con veinticuatro horas de antelación del premio: ni lerdo ni perezoso, optó por ser discreto y no decirme nada.

Otra vez, temerariamente, decidí casarme: pues bien, mi novia, la elegida de mi corazón, hacía veinticuatro horas que había cambiado de estado. Y no era yo precisamente el cómplice en la mutación de su existencia. Por lo que se ve también, que no hay mal que por bien no venga.

Por otra parte, las circunstancias que acabo de apuntar no influyeron ni poco ni mucho en mi vocación literaria, pues lo mismo tuve el sarampión poético, que se tradujo en dos libros: "Anfora plena" y "Voces", que se sucedieron con un breve intervalo de un año. Lo suficiente para dar un poco de respiro a la alacranería de mis amigos.

Pasada esta enfermedad, que, bien atendida, resulta benigna y no interesa en nada los órganos vitales — ya que salí inmejorablemente de ella, — caí en otra ya más grave y de carácter crónico, según mi propio diagnóstico. "El talón de Aquiles", cuentos, y "De lo creíble y lo increíble", ídem, son las primeras manifestaciones de ese mal endémico e incurable.

El primero se reveló hace tres años, y seguramente, como mis amigos habían aumentado hasta el extremo de formar falange, el lapso de tiempo de respiro fué más extenso. Lo que demuestra que, a pesar de todo, soy previsor. "De lo creíble y lo increíble" acaba de aparecer. Lo que no quiere decir que termine el alacraneo, sino que recrudecerá en forma visible.

Pero no he pensado ni por un segundo dejar establecida en forma estable esa tregua tan prolongada. Ya para el año entrante tengo dos comedias bien terminaditas... y una tercera en viaje.

Como se ve, cumplo escrupulosamente etapas que yo no me he marcado, pero que parecen estar regidas por el mismo sino que dispuso que llegase tarde a la cena de Año Nuevo. Esto lo consigno por si les interesara a mis problemáticos biógrafos del futuro.

Como en la vida hay que hacer de todo, además de la conscripción, hice periodismo. Y lo peor del caso es que lo sigo haciendo.

Lo que no sé hacer mal ni bien es jugar a las bolitas, al ta-te-ti y al football. Algunos otros deportes bastante regularmente, sobre todo desde que no los practico. Por último, y esto ya como amenaza seria, ando enredado en un asunto que muy posiblemente resultaría una novela. Pero se le puede dar largas, dos o tres añitos. Suficiente, ¿verdad?

tan feliz? ¿Eh? Tú tenías toda la culpa de mi sufrimiento. Cuando un hombre hace feliz a una mujer, no debe abandonarla nunca. Ni un minuto. ¡Oh! Yo sabía que nunca, nunca podría reemplazar el amor de mi Tonny. No hay en el mundo otro ser como mi Tonny. Pero estaba tan sola..., tan triste... tan...

Yo entonces, viendo su situación embarazosa, le pregunté en voz baja:

— Dime, Fanny: ¿él es digno de ti? ¿Te ama?

Me miró con temor. Yo sonreí para desvanecer sus recelos.

— Sí. Me ama...

Luego, a guisa de excusa, me dijo:

— Yo era viuda, Tonny... Soy viuda. Tú estás muerto, Tonny...

No pude menos de reírme.

—¡Oh! ¡Bien muerto, Fanny! Y enterrado...

—¿Cómo?

— Tu corazón me ha enterrado, Fanny. Es el mejor certificado de mi muerte. Y el mejor justificativo de ella también. Sabes que te quiero. Como un amigo. Y yo no prodigo mi amistad.

— Lo sé, lo sé. Y te lo agradezco. Pero volvamos a lo fundamental.

Aquí se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Cuándo te casaste, Fanny?

Me miró. Esta vez en una forma indefinida. Pero no me contestó.

— No temas. Debo ausentarme, ¿verdad... Lo haré, Fanny. Ahora que sé que mi presencia está de más, lo haré...

Adopté un aire de despreocupación y puse gran entusiasmo en mis palabras para ocultar mi amargura.

— Figúrate que se está organizando otra comisión científica para ir al corazón del Africa. El proyecto se trazó en París. Yo sé que mi presencia les será de gran utilidad. Que estimarán mi colaboración si integro la expedición. Claro, mi experiencia del continente africano, mi conocimiento del terreno..., de las lenguas indígensa... El asunto me tienta... ¡Volver otra vez allá! Poder arrancar los secretos que guarda esa tierra misteriosa...

Fanny se asió con angustia a mi brazo.

— Tonny, Tonny... No irás. ¿Verdad? Prométeme que no irás. No quiero que vayas.

Sollozaba. Se hizo un gran silencio. Yo estaba molesto. Fanny no tenía ya el derecho de exigirme que abandonara mis proyectos. Un muerto puede hacer lo que le plazca. Sobre todo si está vivo...

— Yo no estoy casada, Tonny... Yo soy viuda... Debo casarme el mes que viene, Tonny. El 15 del mes que viene. Y si tú hicieras eso, yo no podría..., no podría...

—¿Por qué?

— Es un suicidio, Tonny. Yo sé que quieres morirte otra vez. Y ahora por mí. Me perseguirían los remordimientos. ¡Oh! No; eres injusto..., cruel... saber que mueres por segunda vez, cuando yo debía estar gozando de la tranquilidad y el bienestar, es demasiado. Te juro que no podría resistirlo.

Fanny se levantó repentinamente, con los ojos llenos de lágrimas, tomó su somberito y huyó antes de que yo tuviera tiempo de reponerme de mi sorpresa.

Cuando me asomé a la puerta de calle, ya había desaparecido entre el tráfago humano.

Quería decirle que si tal era su voluntad, renunciaría a mi viaje; que me hundiría en una vida chata, de sufrimiento y anonimato, con tal de verla feliz. Pero, como digo, ya había partido.

Y lleno de encontrados pensamientos, me encerré en mi habitación para poner orden en mi espíritu.

Fanny volvió muchas veces más. Necesitaba asegurarse de que iba a ser feliz con otro hombre. Que mi vuelta no era un obstáculo para esa felicidad. Y también para convencerse de que yo no sufriría demasiado viéndola arribar al terrible momento de alejarse definitivamente de mí.

Porque habíamos convenido que en cuanto se casara, no nos veríamos más. Yo se lo había pedido, y me costó mucho arrancarle su conformidad.

Deseaba eso para tranquilidad mía. Debía tratar de olvidar a Fanny. Una vez casada, requerida por las obligaciones de su nueva existencia, iría dejando de pensar en mí. Y yo, por mi parte, podría alejarme del todo sin despertar sus sospechas ni turbar con temores su espíritu. Era la mejor solución.

Yo hubiera deseado dejar de ver a Fanny desde que supe que la había perdido irremisiblemente para mi amor. Pero fuí cobarde y no supe substraerme al encanto que fluía de su persona, de su acento, de su alma...

Debía sufrir con estoicismo este suplicio de Tántalo. Mi superioridad moral sobre Fanny, mi influjo sobre su espíritu, el respeto que le inspiraba yo y la tranquilidad que le aseguraban mis palabras me imponían ese deber.

Se confiaba ahora en el amigo, como se había confiado antes en el esposo. Era el ser débil que necesita del fuerte. La hiedra que se abraza al árbol para sustentarse y al que muchas veces ahoga, aun sin proponérselo. Con todo el inocente egoísmo de su debilidad.

Un día Fanny me dijo palabras que me llenaron de inquietud. ¡Estaba tan próxima

(Continúa en la página 15)

Los REGALOS del HERMANO

UN CUENTO DRAMATICO de T. BYNUM



Agustín no pudo resistir la tentación y en la tercera noche, olvidando su promesa, jugó al póker.

AGUSTIN Echegaray estuvo enamorado durante dos años de Elena Agüero. Quería casarse con ella, quien, a su vez, quería a Echegaray y también deseaba casarse con él, pero la boda había sido aplazada por el vicio del juego que dominaba a Agustín y por sus celos violentos que se exteriorizaban en arranques de ira. Para congraciarse con ella se vió obligado a jurar que no jugaría más. Tal juramento, a juicio, se refería al póker y a los juegos de dados, pero no comprendía el "bridge"... Elena confiaba en que los celos desaparecerían como transcurren las diferentes fases de la adolescencia.

Se casaron. Echegaray no era agresivo, excepto cuando se trataba de apostar dinero, pero su enlace con Elena despertó en él una suave ambición. Durante un par de años prosperó en los negocios. Elena montó un hogar confortable y en el barrio en que vivían se los consideró una familia modelo.

En el curso del tercer año, Elena fué a visitar unos parientes que vivían en San Pedro y Agustín quedó solo. Ni una sola vez en los tres años transcurridos había jugado a nada, excepto por los aperitivos, pero las noches, con la esposa ausente, empezaron a pesarle, a aburrirlo. Por un amigo supo que en cierto hotel se jugaba al póker y decidió ir como espectador. Dos noches, fiel a su juramento, se abstuvo de jugar, pero a la tercera no pudo resistir el impulso que permaneciera en estado de latencia durante tres años, y se sentó al tapete. Jugó y ganó. A la noche siguiente, y por varias más, continuó ganando, amontonando fichas y dinero. Cuando regresó Elena tenía una gruesa suma en su poder y quería entregársela, pero no hallaba el medio de hacerlo sin entrar en explicaciones. No le convenía que se enterara de que había cedido a la tentación.

En cierto momento pensó en confesárselo honradamente, pero un explicable pudor de hombre que se resiste a la humillación de haber faltado a su palabra, le impidió hacerlo. Tal vez estuviera equivocado, pero guardó silencio y se dedicó a buscar la forma de salir del paso cumpliendo su deseo de beneficiar a su esposa con las ganancias del juego ocultándole, empero, la procedencia. Por fin, se le ocurrió un plan que le pareció sencillo: compró un brazalete de diamantes para regalárselo.

—¿Recuerdas —le dijo a Elena— que te he hablado de un hermano, Rafael, que huyó de casa siendo muy jovencito?

Elena respondió que sí.

—Pues parece —prosiguió el esposo— que se ha enriquecido; que ha ganado mucho dinero. Me visitó durante tu ausencia y porque no te envió un regalo de bodas y no podía esperar para conocerte, me dejó esto para ti.

Al recibir y abrir el estuche forrado de terciopelo, Elena lanzó una exclamación de alegría: "¡Qué suerte tener un hermano tan rico y encantador!" Quiso escribirle en seguida para agradecerle la atención. Agustín se encargó de poner la carta en el buzón. El éxito prestó bríos a Agustín, que siguió jugando. Un par de veces por semana tenía asuntos que lo obligaban a quedarse hasta tarde en el centro. Así pasaron tres meses, al cabo de los cuales, un día dijo a Elena:

—Rafael estuvo en mi escritorio esta mañana. Lamentó no poder llegar a saludarte porque tenía muchas diligencias que efectuar a fin de tomar el tren de regreso a las catorce. Me encargó que te saludara y te anunciara que te envía una encomiendita.

Llegó la "encomiendita", que Elena abrió con explicable impaciencia. Al ver el contenido se puso a saltar, loca de alegría: era un reloj pulsera de oro, constelado de diamantes. ¡Justamente la alhaja que tanto había deseado poseer!

—Me pidió Rafael —dijo Agustín— que te preguntara si te gustan los zafiros.

—¿Si me gustan? —exclamó Elena.— Los adoro, pero, mira Agustín, no me parece correcto ni justo que Rafael gaste tanto dinero en obsequiarme.

—¿Por qué no? No tiene a nadie en quien invertirlo ni sabe qué hacer con tanto como gana. Es soltero y sabe que a las mujeres les agradan estas cositas.

—Tienes que traerlo para que nos conozcamos y yo tenga ocasión de agradecerle sus valiosos obsequios.

—Lo haré en la primera oportunidad.

Sastifecho de que su esposa aceptaba tales explicaciones, Agustín continuó "quedándose en el centro" con relativa frecuencia. Cuando le tocaba la de perder, Rafael no daba noticias de vida por varios meses.

Pasó un año. Elena tenía más alhajas que las que hubiera deseado, pero continuaba

(Continúa en la pág. 59)

EN EL "VELDT" AFRICANO, ERIZADO SU...
(Continuación de la página 7)

do, le dice al pasar:

—¡Apuraos, sire, por favor!

Los zulúes siguen arrojando azagayas que silban en el aire y disparan algunos tiros, pues también poseen fusiles.

El soldado Rogers cae, partido el corazón de un balazo. Otro soldado, Abel, también abre los brazos en cruz, da unos pasos, vacilante y queda tendido. Le Tocq alcanza a Carey y le grita angustiosamente la noticia:

— El príncipe ha quedado a pie.

No oye o no quiere oír el oficial, que sigue huyendo.

Veintiún zulúes acosan al oficial desmontado. Al caer del caballo, su sable se ha escapado de la vaina. Sólo le queda un revólver. De frente a los enemigos que lo rodean, retrocede tratando de reunirse con sus compañeros. Se produce el cuerpo a cuerpo. Dispara dos veces su arma. Recibe una primer herida, y aferrando una azagaya que lo amenaza, tira una vez más. Un golpe de knobkirri le quiebra el brazo derecho. Resbala en la "donga", lecho del arroyo... Es el fin. Las azagayas lo traspasan y expira sin una queja.

El desventurado lord Chelmsford casi enloquece de pena y terror. ¿Qué va a ser de él?...

Primero la vergüenza de Isandlara y ahora la muerte trágica del príncipe imperial... Se niega a recibir a Carey, y arrastra a todos. Es de noche ya. Al día siguiente se encuentra el cadáver en el arroyito Cuicui. Los zulúes lo han despojado respetando tan sólo, por temor supersticioso, la cadena con amuletos, medallas y reliquias que cuelgan de su cuello. Se supo posteriormente que se había batido como un león. Tenía diez y siete heridas mortales.

El cadáver, embalsamado, fué trasladado a Inglaterra y se le dió sepultura al lado del de Napoleón III.

La reina Victoria, profundamente afectada por el suceso trágico, mandó que se erigiera una cruz de mármol blanco sobre el sitio en que cayera el príncipe.

Dos zulúes, sobrevivientes de los que guerrearon en 1879, los hermanos Tulami Kumalo, guardan el monumento. Ellos refieren que los que mataron al príncipe no marchaban en son de guerra y dieron con él por casualidad.

Al año siguiente, la emperatriz Eugenia quiso visitar el lugar en que su hijo fuera muerto. Se embarcó en la primera semana de marzo en el buque "German". Viajó con el nombre de condesa Pirrefonds. La noche del 1º de junio quiso pasarla sola orando al pie de la cruz marmórea. Se respetó su voluntad.

El trágico fin del príncipe produjo profunda conmoción en todo el mundo. En Inglaterra la opinión pública vituperó al gobierno y condenó a los jefes de Sud Africa. Lord Chelmsford pudo sincerarse y se vindicó del todo con la victoria decisiva de Ulundi, en que logró apresar a Cettiwayo y a sus principales "indunas". Harrison y Bettington también probaron su inculpabilidad. No así Carey, que fué sometido a un severo proceso y separado del ejército británico por cobardía frente al enemigo y condenado a expatriarse.

El oficial desterrado se trasladó a Francia, de donde tuvo que salir casi en seguida por exigencias del gobierno. La marca de Caín y del hombre de Keriot pesó desde entonces sobre él. Ambuló por diversos países europeos. Cambió de nombre como de residencia, pero nunca faltó alguien que lo reconociera. Bastaba que se señalara su presencia en alguna parte para que se le negara el pan y la sal. Viajó mucho. Por Africa, por Asia, por todo el mundo. Perseguido por su nefanda reputación pretendió establecerse en Las Palmas, capital de las islas Canarias. Aun allí se descubrió su identidad y se vió forzado a marcharse. Los capitanes de barcos franceses o ingleses se negaban a admitirlo como pasajero. A veces lograba ingresar a un club bajo nombre supuesto, pero en cuanto se sospechaba quién era, los porteros lo arrojaban ignominiosamente a la calle. Sus parientes, sus propios hermanos lo negaron. Era indudable que poseía medios de vida abundantes. ¿Cómo los había obtenido el joven oficial inglés?...

Hace muchos años llegó a Punta Arenas un barco de guerra británico. La brillante ciudad austral se engalanó para recibir y agasajar a los marinos. Desembarcaron y se les invitó a tomar el aperitivo en el club. Sentado a una mesa había un hombre de cabeza cana y expresión amarga. Estaba solo; se le conocía y se comentaba su habitual reserva. El comandante de la nave, viejo lobo de mar, fijó su mirada penetrante en el sujeto silencioso.

—¿Quién es ese hombre?

Le dijeron un nombre, pero él exclamó en voz muy alta:

— No, señor. ¡Ese es Carey, el cobarde, el traidor que vendió al príncipe imperial en Zululandia!...

Y dirigiéndose a sus compañeros, agregó:

— Señores: nosotros, leales marinos de su majestad, no podemos permanecer aquí ni un solo minuto. ¡Síganme!

Detrás de los marinos salieron todos los socios y visitantes del club, y más atrás aún, vacilante, agobiado, baja la vista, salió Carey y se dirigió al hotel en que se alojaba. El portero le cerró el paso, diciéndole:

— Disculpe, señor; usted no puede entrar. En seguida sacarán sus valijas.

— Mi cuenta — balbuceó el réprobo. — Tendré que pagarla...

— No, señor — se le respondió. — En esta casa no se puede recibir su dinero.

Al día siguiente Carey desapareció de Punta Arenas.

Pasaron años. Un día llegó a uno de los puertos del territorio de Santa Cruz un caballero británico que poseía una estancia en el interior. Se decía que era muy rico. Tomó una de las mejores habitaciones del principal hotel. Pocas horas después fué reconocido por alguien que lo viera en Punta Arenas y presenciara el incidente ocurrido en el club.

—¡Carey! ¡Ese es Carey! El traidor...

Se le hizo otra vez el vacío. En el hotel lo obligaron a desalojar la habitación y rechazaron su dinero. Una casa de negocio que lo surtía le cortó el crédito. Nevaba. Carey no encontró un techo que lo cobijara. Se le negó hasta el rincón que se acuerda a un perro. Entonces montó a caballo y se alejó en dirección a su estancia. Llegado a ella, empuñó un viejo revólver de ordenanza del ejército británico, tal vez el que llevara aquel aciago 1º de junio, y se voló la tapa de los sesos. No dejó una carta, ni una explicación. ¡Nada!...

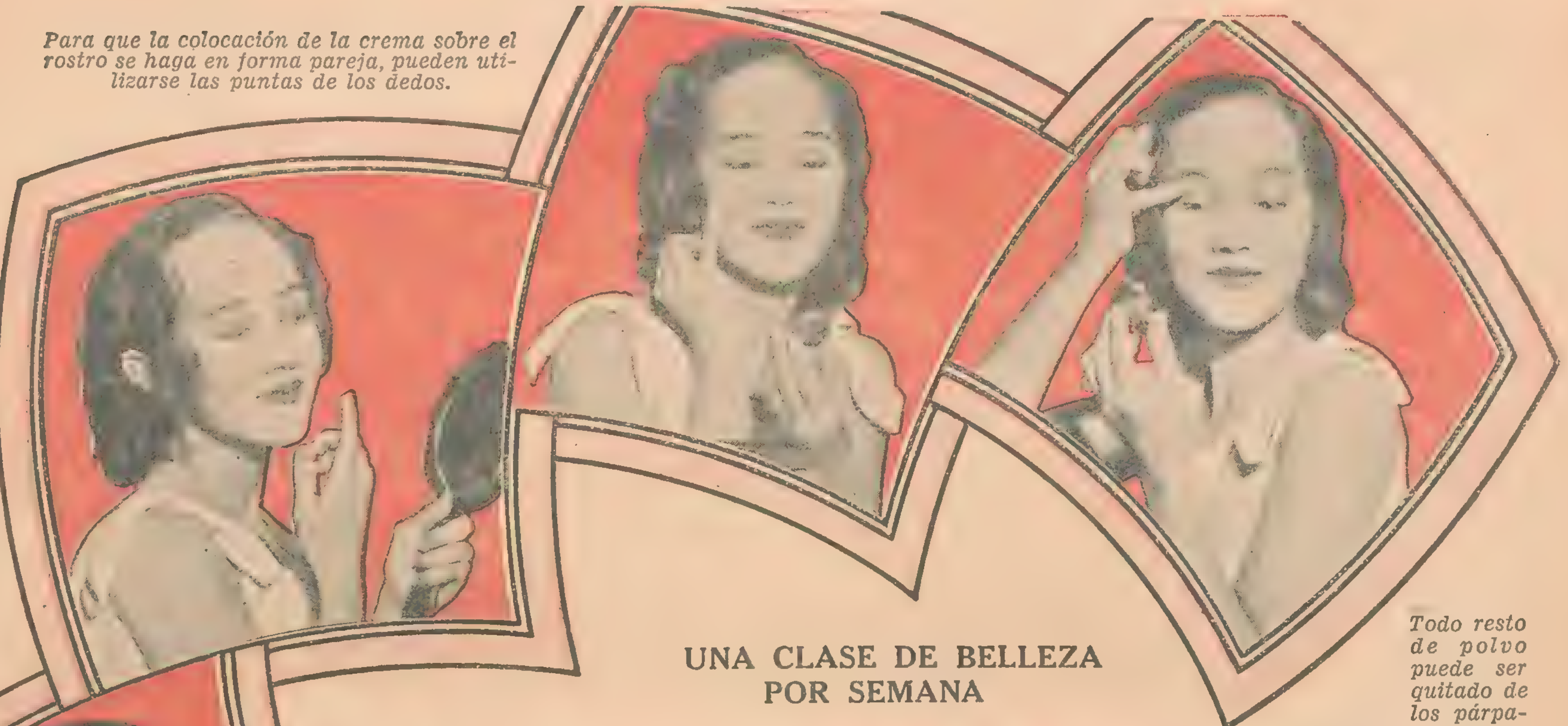
Las autoridades nacionales comunicaron al agente consular británico el fallecimiento de un connacional suyo. Al saber de quién se trataba, el cónsul respondió:

— Ese hombre no era compatriota mío.

— Pero, señor...

— Nada. Ese individuo no era británico. Lo afirmo en nombre de mi raza y mi gobierno.

FIN



Para que la colocación de la crema sobre el rostro se haga en forma pareja, pueden utilizarse las puntas de los dedos.

Otro aspecto de la cuidadosa distribución de la pasta sobre la piel.

Todo resto de polvo puede ser quitado de los párpados utilizando un pequeño cepillo de fino pelo o en su defecto la punta de un dedo.

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

DETALLES de IMPORTANCIA para el ARREGLO FACIAL

Por JOSEFINA HUDLESTON

Los polvos pueden ser quitados fácilmente adoptando un cepillo de pelo muy fino.

Remoción, con la ayuda de un algodón, del excesivo colorido habido en los labios.

ES evidente que el arreglo facial nocturno requiere mayor cuidado que el que se hace durante el día. Para actuar en cualquier baile o recepción nocturna donde la abundancia de luz artificial contituye un peligroso enemigo para el rostro, es necesario cubrirlo de cremas o polvos capaces de contrarrestar con eficacia esos efectos, no tan sólo durante un par de horas, sino durante todo el tiempo que se desee. Voy, pues, a citar esta semana un procedimiento capaz de conformar a mis lectoras. Es necesario ante todo munirse de una toalla con la que ha de protegerse el cabello. Luego que el rostro ha sido cubierto por una capa de crema (me refiero a la que comúnmente usa la lectora en su tocador), debe tomarse un baño tibio de ducha a tiempo que con las manos se hacen ligeras frotaciones sobre el rostro y garganta. Sin secar la piel, póngase una toalla alrededor del cuerpo y tómese un descanso de quince minutos.

Después debe procederse a quitar la crema utilizando otra toalla humedecida en agua tibia. Luego tómese un trozo de algodón mojado en un tónico para la piel (si ésta es seca) y frótesele sobre el rostro y garganta por espacio de varios minutos presionando siempre con movimientos hacia arriba y hacia afuera.

Todo esto, como se comprenderá, es un tratamiento tan sólo preliminar. Veamos ahora los pasos que hemos de dar a continuación. Lo primero a realizarse es la aplicación de una crema básica. Si la piel es seca ya sabemos que la crema usada debe ser abundante, y si por el contrario es aceitosa, se hará todo lo contrario, es decir, su aplicación será escasa. Supongamos entonces que, de acuerdo a estas indicaciones, hemos cubierto la piel con una capa de crema. En este caso debe a continuación ser colocado el rouge en abundancia y sin temor a poner mucho, ya que el polvo que de inmediato lo cubrirá disimulará su colorido. Lamento que la carencia de espacio disponible me obligue a no proporcionar abundantes detalles respecto a la aplicación del rouge, a pesar de lo cual, me atreveré a dar algunos.

Una mujer joven debe colocarlo en la parte inferior de sus mejillas, mientras que otra de mayor edad debe hacerlo más arriba y en dirección a la sien, con lo que conseguirá mejorar su expresión facial.

Luego de la conveniente colocación del rouge, cúbrase rostro y garganta con una abundante cantidad de polvo. No debe jamás ser frotada la piel con el cisne, sino espolvoreada simplemente, ya que de lo contrario se estropearía el rouge previamente colocado. Ciérrense los ojos y hágase llegar el polvo hasta ellos, así como hasta los rincones de la boca y nariz. Cuando está cubierta por una buena dosis, tómese un cepillo de pelo suave y líbrese al rostro y garganta del polvo excesivo. Para quitarlo de las cejas utilícese un cepillo pequeño de los comúnmente usados para ellas, y fróteseles partiendo de ambas sienes hasta llegar al entrecejo. Las pestañas requieren también gran cuidado para librarlas del polvo. Un pequeño algodón frotado suavemente sobre los párpados o simplemente la punta de un dedo desalojará el polvo que haya podido quedar en ellos. A continuación una pequeña cantidad de vaselina aplicada sobre los párpados los colocará en condiciones de recibir un buen retoque. Y llegamos a los ojos, la parte del rostro que siempre más ha preocupado a la mujer. El colorido usado en las pestañas inferiores tiende a arrojar una leve sombra en la parte de piel debajo de los ojos que no resulta agradable. Por supuesto, no pretendo imponer aquí color o forma alguna de embellecer los ojos, ya que en esto, como en muchas otras cosas, existen opiniones y gustos completamente personales e imposibles de desterrar. El sombreado azul en los ojos azules resulta ideal, ya que les proporciona un encantador aspecto de vivacidad. De todos modos, sea cual fuere el tono elegido, aconsejo la aplicación de un poco de vaselina sobre las cejas y pestañas que proporcionará una impresión total de que el retoque ha sido finalizado por entero. A continuación tenemos la aplicación del rouge sobre los labios, que deben estar secos por completo. Si el arco de Cupido es del agrado de la dama, ésta podrá dibujarlo sin pecar en la exageración, pues un par de labios violentamente teñidos o absurdamente deformados, son capaces de echar por tierra el encanto logrado en largas horas transcurridas ante el tocador. Luego de aplicar el lápiz sobre los labios, humedézcase un trozo de algodón en el agua de tocador preferida y frótense suavemente. Esto hará que desaparezca todo exceso aparente dejando tan sólo la pintura necesaria para destacar su colorido, sin por ello pecar en una exageración. La correcta aplicación de la crema para el rostro

es el detalle de mayor importancia en este proceso. Si ésta ha sido bien distribuída sobre la piel, los polvos contarán asimismo con un número mucho mayor de probabilidades para quedar perfectamente adheridos. El sombreado en los ojos y el rouge en los labios completarán esta serie de detalles tan necesarios para el aumento de belleza en toda mujer. ¿Y no es agradable saber que el último baile de la noche hallará nuestro rostro tan fresco y tan lozano como cuando horas antes hicimos nuestra aparición en el salón?

FIN

EL CASAMIENTO DE FANNY

(Continuación de la página 11)

la fecha de su enlace! Tuve que darle consejos hasta sobre el atavío nupcial que debía llevar en esas circuntancias. Me dijo:

—¿Sabes, Tonny, que creo que no amo a Federico?

Federico era su futuro.

Yo impuse a mi rostro, inmediatamente, un gesto adusto.

— Fanny, te prohibo que hagas chiquilladas. Estás por dar un paso trascendental en tu vida. No puedes encarar las cosas con esa frivolidad.

Hizo un mohín caprichoso. Un mohín que yo conocía demasiado para no inquietarme y que antes me hizo sonreír muchas veces a hurtadillas, para no perder el respeto de esa chiquilla.

— Tengo la seguridad que no lo quiero.

— Eres la misma criatura de siempre. No tendrás nunca seriedad. Debes amarlo, tienes la obligación de amarlo.

—¡Qué me importa!... Y después... Yo no soy ninguna chiquilla, ¿sabes? Ya tengo treinta y dos años.

¡Mi Fanny treinta y dos años! Y apenas representaba veinte.

— Y tú, Tonny, eres un viejo: tienes cuarenta y dos años. Un viejo y un antipático.

Y se me colgó del cuello, riendo como una loca, dando pataditas en el aire y restregando su naricilla respingada contra mi narizota tostada por el sol africano.

— Basta. Basta he dicho.

Al decir esto, debía tener yo un aspecto imponente, porque cuando, tomándola de la cintura, la deposité en el suelo, me sacó la lengua y se fué tranquilamente a refistolear entre mis pipas, librotes y pepeles. ¡Este era el caso que me hacía siempre!

Al querer reprenderla, se marchó.

No volvió más. Yo estaba intranquilo. ¿Qué iría a pasar?

Los días volaban, pese a mi inquietud. Leí en los diarios el anuncio de sus esponsales. Hacía un buen casamiento. Faltaban tres días para la ceremonia.

A cada instante esperaba que se abriera la puerta de mi habitación y que apareciera Fanny. No me animaba a salir por el temor de que viniese y no me encontrara. Tampoco podía leer. Sólo mi pipa me procuraba alguna distracción.

Veía llegar el momento en que mi mujer se uniría para siempre con otro hombre, y debía asistir a la realización de este hecho insólito con la mayor tranquilidad y como ajeno en un todo al asunto.

Verdaderamente, es desagradable haber muerto y retornar...

Por fin, llegó el día 15. No lo olvidaré nunca. El 15 de mayo. Y digo por fin porque prefería un desenlace antes que esta angustia constante.

Alimenté la esperanza de que Fanny viniese esa mañana. Pero mis palabras debieron haberla herido en lo más íntimo, porque no apareció. O lo peor de todo, me había olvidado con una facilidad sorprendente.

Quizá por un lado fuera mejor, aunque hería mis más caros sentimientos.

Yo estaba bien muerto en su corazón.

Pasaban las horas de ese día con una lentitud y una indiferencia espantosa. Como si nada trascendental estuviese acontenciendo. El humo envolvía mi cabeza y mi cuerpo se hundía laxamente en el sillón.

Por la ventana se colaban las luces crepusculares. Un gran fastidio me obsedía. "Consumatum est".

Quise despejar mi espíritu. Me lavé el rostro, compuse mi corbata y tomando el sombrero me lancé a la calle.

Las primeras sombras me envolvieron. Hacía fresco. Anduve largas cuadras.

La ciudad me ofrecía un paisaje nuevo, un paisaje desconocido. Era como si viese las cosas envueltas en una neblina. Las casas y los árboles y los seres cobraban formas fantásticas.

Pensé que tenía fiebre. Pero no. Era un estado indescriptible.

Tengo la sensación que anduve horas, largas horas. No podría decir por dónde, porque el mundo exterior era para mí un mundo desconocido, cosa que no dejaba de sorprenderme un poco. Hasta que rendido volví a casa.

Reinaba un gran silencio en los alrededores. Debía ser muy tarde.

Cuando entré en mi habitación, una gran obscuridad me circundó. A tientas busqué la llave de la luz. Y cuando la claridad deslumbró mis pupilas, no podía dar crédito a lo que veía.

En el suelo, dos grandes maletas y sobre la mesa un maletín abierto, que desparramaba sedas y encajes. ¡Ropa de mujer!

Fanny en mi sillón, con los pies sobre un banquillo, dormía con una sonrisa inefable en los labios. Tenía los cabellos más rebeldes y revueltos que nunca.

¡Fanny estaba aquí! ¡Fanny no se había casado! ¡Fanny no era viuda! Fanny era mi mujer. Yo no había muerto.

Entonces, recién entonces, comprendí que nunca más volvería al continente africano.

FIN

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

Argentina, órgano oficial de la Cámara de Comercio Argentina en Francia; número de septiembre de 1931.

La medicina de los niños, de París; número de agosto de 1931.

La Semana Financiera, de Madrid; número 971.

El Oeste, número 130.

El Alba, de Venado Tuerto; número 655.

El nieto, novela por Margarita E. Arsamasseva. Prólogo de B. Sanin Cano. Un volumen de 112 páginas. Talleres Gráficos L. J. Rosso; Buenos Aires, 1931.

Líneas Paralelas, poesías por Juan Manuel Cotta. Un tomo de 64 páginas. Talleres Gráficos L. J. Rosso; Buenos Aires, 1931.

Primer grado inferior, versos por Roberto Valenti. Un tomo de 64 páginas; Buenos Aires, 1931.

Azul de mapa, poesías [illegible] Horacio Rega Molina. Un tomo de 120 páginas. M. Gleizer, editor; Buenos Aires, 1931.

La tragedia de Cristo, por Silvio Bregante. Un tomo de 120 páginas, con teniendo un drama y varias poesías. Editorial Luz; Buenos Aires, 1931.

Riel y Fomento, número 115.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

AL HABLAR A LOS PADRES de su novia para pedir visitar la casa, explíqueles sus intenciones.

Si ellos están mal informados respecto a su persona, hábleles con toda sinceridad, dígales cuál es su verdadera situación, y aclarado el malentendido, no tiene por qué tener temores de un rechazo a su pedido.

Contestando a "Corazón Enamorado", de Capital.

● ●

1º **SI AL DECLARARLE SU AMOR** cree que la chica lo va a rechazar, espere aún que le dé otras pruebas más convincentes para dar ese paso.

2º Las distintas creencias religiosas no pueden influir en la felicidad, siempre que haya tolerancia por ambas partes.

3º El casamiento debe hacerse pidiendo el consentimiento a los padres.

4º En el casamiento por civil debe abonarse la libreta. También hay una cantidad estipulada para el casamiento religioso. Corresponde, generalmente, al novio abonar estos gastos, aunque puede hacerlo también el padrino.

Contestando a "Joven Nervioso", de Capital.

Viva entre goces y bienandanzas,
o gima entre amarguras sin esperanzas,
el Amor es el mismo, triste o dichoso,
o que llore o que ría...
¡siempre es hermoso!
Juan Antonio Cavestany.

SI EL HOMBRE POR QUIEN SUFRE tanto es, como dice, bueno, trabajador y la ama sinceramente, debe cuanto antes dar término a esa falsa situación y casarse con usted.

Si está dispuesto a hacerlo, hable con sus padres y dígales toda la verdad, que ellos saben perdonar las faltas de sus hijos.

Siga mis consejos y no se arrepentirá.

Contestando a "Chingolito Afligido", de Olivos.

● ●

SI SU PRIMO NO LE HA DECLARADO su amor, ni hechó ninguna demostración que le pruebe su cariño, no debe hacerse vanas ilusiones; olvide este fugaz entusiasmo suyo y espere llegar a enamorarse de un joven a quien no la unan vínculos de sangre.

Contestando a "Rubia", de Capital.

● ●

PARA EVITAR TAN GRANDES DISGUSTOS en lo sucesivo, debe cuidar mucho su conducta, así nada tendrá que reprocharle su conciencia y nada tendrá que temer de las habladurías ajenas. Si condenable es el proceder de su novio, más lo es aún por la murmuración que ha suscitado. Sería el ideal que pudiera usted cambiar de localidad, pero como no lo podrá hacer por estar sus padres allí radicados, hágase ver lo menos posible hasta que pase la mala racha. El tiempo hará olvidar lo ocurrido... No desespere.

Contestando a "Calumniada injustamente", de Córdoba.

INTIMO ACORDE

(Fragmento)

Porque sé que en las obscuras realidades de la vida
sólo Amor nos pone cerca de la esencia bendecida,
de esa arcilla superior que formó nuestra argamasa,
según reza en los confusos pergaminos de la raza.
Lo proclamo locamente y lo canto en mis cantares,
y lo elevo hasta la gloria de mis íntimos altares;
ley del mundo, luz del cielo, apoteosis de las almas,
donde enciende los afanes de laureles y de palmas,
como enciende el astro rey en los espacios
las supremas llamaradas de rubíes y topacios.
¡Hombres jóvenes: amad!
Sólo esa senda florida
os llevará a la ciudad
prometida...
Todo es vano, menos eso,
y la gloria está en el beso
que es causa ¡y fin de la vida!

BELISARIO ROLDÁN.

1º **DESPUES DE PEDIDA LA MANO** se efectúa el cambio de anillos. La ceremonia es muy sencilla, algunos realizan fiestas celebrando el acontecimiento, pero en la mayoría de los casos ésta se deja para después de efectuado el enlace.

2º El cintillo que acompaña al anillo de compromiso lo usa la novia siempre que se le ocurre.

Contestando a "Romeo", Ingenio La Esperanza, Jujuy.

● ●

Si es suscriptor de esta revista, encontrará semanalmente la sección que responde a esta clase de preguntas.

Contestando a "Héctor Daghero", Oncativo.

● ●

PARA CONTRAER ENLACE tan poco es lo que hace falta, que deben evitar por eso mismo cualquier nota desagradable. Sean la prudencia y la moderación sus mejores consejeras.

Contestando a "Novia Ruborosa", Encina.

● ●

1º **SU NOVIO VOLVERA SI LA AMA** sinceramente; ese pequeño disgusto no podrá ocasionar una ruptura definitiva.

2º Para traje de novia se usa el satin, fulgurante, georgette, etc.; es a gusto de la interesada.

3º Las medias que acompañan al traje de novia son también blancas.

Contestando a "Rubia desilusionada", Bonifacio.

● ●

1º **SI ESTA DE LUTO RECIENTE**, lo mismo pueden casarse, pero la ceremonia deberá realizarse en la mayor intimidad.

2º Aunque estén comprometidos, no deben tutearse delante de los futuros suegros, guarden ese tratamiento para sus conversaciones íntimas.

3º Debe la madre del novio visitar primero a la que será su futura hija política.

Contestando a "Ordago a la chica", Sevigné.

● ●

EL NOVIO VESTIRA DE SACO para el casamiento por civil y llevará a la iglesia por la mañana si la boda es sencilla, también traje de saco; es preferible que sea obscuro.

Contestando a "Ojos verdes", Rosario.

ENLACE DE LA SEMANA



Señorita Rosa Cabral, que recientemente contrajo enlace con el doctor Juan Carlos Díaz de Vivar, ceremonia que dió margen a una reunión social de destacadas proporciones.

Foto Luis Galassi.

1º **EL DIA DEL COMPROMISO** se dan los anillos.

2º Veremos si en adelante es posible acceder a su pedido.

Contestando a "Curiosa Riojana", de Córdoba.

● ●

SON USTEDES CASI DOS NIÑOS para pensar en un problema tan serio como es el matrimonio. Deben vivir los dos mucho más y poner a prueba el sentimiento que hoy los une antes de formalizar esas relaciones.

Contestando a "Un joven enamorado", Capital.

● ●

LOS ANILLOS se cambian el día del compromiso; no se acostumbra a dar los anillos después de casados.

Contestando a "Manuelita", Tucumán.

1º En otra ocasión no sea tan extremadamente extenso, debo contestar a muchos lectores.

2º Si esa mujer lo amara verdaderamente, le habría dado alguna ocasión para explicarse y entenderse; es una coqueta, pienso yo, por lo que usted refiere.

Busque el amor de una mujer buena y sencilla y ahogue esa pasión que podrá resultarle peligrosa.

Contestando a "Dolor", Los Altos.

● ●

SI SU NOVIO NO LE ENVIA NOTICIAS durante tanto tiempo ni reclama las suyas, será porque alguna razón muy poderosa le asiste.

Asegúrese de que nada malo le pasa, y en ese caso, si el silencio continúa..., olvídelo.

Contestando a "Amor trunco", Pergamino.

● ●

No es como para publicarse su colaboración; mejore.

Contestando a "D. L. F. O."

El amor equilibra todas las facultades, dulcifica las pasiones, es opio del grato olvido contra la adversidad y un éxtasis que reduce la vida a un punto, al objeto amado con el cual se resume el Universo.

Ya no importa la duda, porque al menos, tenemos fe. Ya no importan las ingratitudes humanas, porque tenemos, al menos, una amistad.

Ya no hay realidad de la vida que nos asiste, porque se convertirá en paraíso, con la presencia de la mujer amada.

Se han confundido dos almas, y en su conjunción se ha creado un cielo.

Emilio Castelar.

QUE SU NOVIA SEA CINCO AÑOS MAYOR que usted no podrá ser un obstáculo para su felicidad si ustedes se aman, y durante su noviazgo se han dado pruebas de comprensión mutua.

Contestando a "Acobardado", de Villa Luro.

● ●

1º **EL DIA DEL CASAMIENTO** deberá usar cuello duro.

2º Lo correcto es casarse primero por el civil y después por la Iglesia.

Contestando a "Pomposa", de Juárez.

● ●

SI SU NOVIO ES TAN CELOSO, condúzcase en tal forma que él no pueda tener queja de su comportamiento, así pondrán fin a esas peleas que son una nube en la época feliz del noviazgo.

Contestando a "Nora", de Belgrano.

● ●

PUEDE DIRIGIRSE POR ESCRITO A LA NIÑA a quien ama, ya que es imposible tener oportunidad de encontrarla en reuniones a causa del luto reciente.

Contestando a "Resuelto", de Junín.

Quien no ha amado en su vida, no ha vivido

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

Arturo Silvestre: "Cómo se llega"

Edición del autor. Buenos Aires. — El señor Arturo Silvestre ha reunido en un volumen más de cincuenta reportajes a nuestros "self-made-men": es decir, a aquellos hombres que por obra del esfuerzo personal han triunfado plenamente en las artes, la industria, el comercio y la política.



Publicados en estas mismas páginas, con un éxito que es inútil recordar, los reportajes del señor Silvestre descubrieron al gran público la intimidad de muchas vidas ejemplares: hombres modestos y valientes que resolvieron un buen día labrarse palmo a palmo su propio camino y que consiguieron, al fin, abrirse paso entre los hombres, como quien marcha a través de una picada.

Con la intención de destacar el carácter predominante aleccionador de su volumen, el señor Silvestre ha confiado a un educacionista ilustre, don Ernesto Nelson, las oportunas palabras de la presentación. Y esa es en efecto, la impresión pedagógica que se desprende de sus páginas: el elogio insistente del trabajo tenaz, de la energía siempre en tensión, de la voluntad siempre en vigilia.

Aunque el título pueda hacer pensar en un estudio teórico a las maneras de las obras de Smiles o de Marden, el libro de Silvestre aspira a ser tan sólo un ejemplario. La lección surge de tal modo mucho más nítida y vivaz: los propios actores cuentan sus luchas, sus esfuerzos, sus esperanzas...

Libro sano, optimista y fuerte, contiene además, útiles observaciones sobre la vida contemporánea en la Argentina, y ha de prestar, sin duda, al futuro historiador, una rica colección de esos pequeños hechos significativos, sin los cuales Taine creía imposible reconstruir la temperatura moral de un pueblo o de una raza.

Augusto González Castro: "En el amor del viento"

Editor J. Samet. Buenos Aires. — A ese mismo lector, ¡con qué placer, en cambio, pondría yo en sus manos el bello libro de González Castro! ¡Con qué alegría lo llevaría yo hasta la sombra propicia de algún árbol, mientras la plaza hierve bajo la luz del sol, y le leería pausadamente tan hermosos versos de humo, espuma y viento!



El poeta sutil de "Como agua entre las manos" reaparece ahora con las mismas riquezas de sus alforjas plenas, y es en verdad, regalo como para saborearlo largamente el de escucharlo una vez más entre los gritos estridentes de los vanguardistas y el zumbido monocorde de los adocenados. Como aquel verso que fué trompo musical en los comienzos, este otro de su madurez conserva intacto, a pesar de la destreza y la experiencia, su lozanía envidiable: dispuesto siempre a decirnos — vagabundo con frac,— lo mismo el estribillo de la primera novia, que la emoción de perseguir sobre la arena húmeda los pies ligeros de la luna.

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

Sol poniente, versos líricos, por Manuel Bernárdez. Un volumen de 128 páginas. Talleres Gráficos L. J. Roosso; Buenos Aires, 1931.

El hijo de la ciudad, novela por Sara Etcheverts. Un tomo de 224 páginas. Talleres Gráficos L. J. Rosso; Buenos Aires, 1931.

El hombre que está solo y espera, colección de cuentos, por Raúl Scalabrini Ortiz. Un tomo de 204 páginas. Gleizer, editor; Buenos Aires, 1931.

La Grúa, cuentos y artículos, por Herminia C. Brumana. Un volumen de 220 páginas. Talleres Gráficos L. J. Rosso; Buenos Aires, 1931.

Letras y encajes, de Medellín (Colombia); número 62.

Boletín del Ministerio de Agricultura de la Nación, número 2.

Cartas de hogar y paz, versos por Héctor Carlos Bernádez. Un volumen de 104 páginas; Buenos Aires, 1931.

El mundo en quiebra, por Braulio Mate. Un tomo de 100 páginas.

Los métodos históricos en Francia en el siglo XIX, por Juan Pablo Echagüe (Jean Paúl). Un volumen de 64 páginas. Talleres Gráficos L. J. Rosso; Buenos Aires, 1931.

La rubia de Alberdi, novela por Caro Asturias. Un tomo de 186 páginas; Rosario, 1931.

Proa, de Victoria (Entre Ríos); número 3.

Las más grandes aventuras de mi vida



Ninguna mujer contará en su vida aventuras y episodios más extraordinarios que Rosita Forbes, novelista y exploradora, que se ha pasado varios años recorriendo los desiertos del mundo y sorprendiendo los secretos del alma de los pueblos autóctonos, a veces, y tal vez casi siempre, con riesgo de su vida. "Mundo Argentino" ha adquirido el derecho exclusivo de publicar la narración de las andanzas de esta intrépida viajera, que ha vibrado bajo el peso de las más estupendas emociones, que luego refiere con vivaz colorido.

ME SALVÓ EL FRASCO DE PIMIENTA

Por ROSITA FORBES

EN la vida real es muy difícil saber dónde comienza una aventura; uno se encuentra embarcado en ella sin darse cuenta de que un incidente cualquiera se ha producido y ha determinado el desarrollo de sucesos que se van eslabonando en forma sorprendente.

Tal lo que ocurrió en cierta ocasión en que fuí con varios amigos a presenciar unas danzas en la barriada indígena de Argel. Por cierto que estaba lejos de suponer que esa excursión terminaría arrojándome en brazos de un francés muy agradable, en pleno Sahara.

La casa a que fuimos era uno de los vulgares edificios de los indígenas, con una puerta pintada de azul y una complicación de patios interiores, pero la danza que presenciamos no tenía nada de parecido con las que se preparan especialmente para los turistas. Media docena de negros, desnudos y brillantes de aceite, de cuerpos musculosos y miembros cubiertos de ornamentos de metal, giraban lentamente en torno al cadáver de una oveja. Golpeaban el suelo con los pies descalzos y se movían con la agilidad silenciosa de las fieras, haciendo sonar un par de platillos a compás.

Parecía como si estuviéramos en medio de una selva presenciando una ceremonia tan antigua como la tierra misma. No había contorsiones ni demasiada excitación, pero el ritmo nos poseyó y aceleró los latidos de nuestro corazón en forma tal que, sin darnos cuenta, nos inclinamos hacia adelante, ansiosas, ávidas y agitadas.

Ninguno de los bailarines nos miraba, pero su jefe, un magnífico ejemplar de ébano, miró dos o tres veces por sobre nuestras cabezas. Cuando acrecía el golpear de los címbalos de bronce y la música adquiría un tono más violento, levantó un brazo para saludar a alguien que estaba detrás de nosotros en la puerta. Miré hacia atrás y sólo vi algo dorado y verde en las sombras.

Los negros apresuraron los movimientos. Echábanse atrás y sus gargantas se inflaban y emitían grandes gritos guturales. Una lámpara a nafta reflejaba sombras curiosas en la pared enjalbegada. La tensión se hacía intolerable.

Un grito resonó detrás nuestro y el círculo de espectadores se disolvió, mientras nos poníamos de pie, entre un caos de cuerpos negros.

Nos encontramos sin saber cómo en el pasadizo de acceso al salón de baile, y allí, vestida con todas las galas de las ouled nails, las cortesanas del Sahara, vimos a una joven caída en el suelo.

—Se ha desmayado — dijo alguien. Nosotras, asustadas, salimos de la casa y nos apuramos a llegar a los barrios civilizados de los europeos.

Yo había observado algo raro en las vestiduras color esmeralda y oro sobre las cuales habíamos pasado al huir. Las ouled nails son afectas a la joyería, pero no es corriente que usen dagas de mangos de plata sobre sus corazones, y la que habíamos visto caída tenía una en esa forma. Resolví investigar el asunto y al día siguiente volví a la casa.

Era una historia vulgar: el hijo de la casa había encontrado a la joven bailando en un café y se la había conquistado a fuerza de oro y hermosos vestidos y joyas, pero ella provenía del desierto y era, por lo tanto, de sangre ardiente. El amante la había sorprendido mirando embelesada al nubio, que bailaba como si toda la tierra le perteneciera. Tal vez el negrazo trajera a la mente de la mujer el desierto, libre de leyes, batido por los vientos y quemado por los soles y su corazón, que se había conservado ingenuamente primitivo en medio de su actuación en los cafés costaneros, se inflamó en forma tal, que mereció la justicia de aquel cuchillo con que el hombre lo partiera.

—¡Wallahi! Mira lo que se había gastado en vestirla: ¡una fortuna! — murmuró la vieja que me sirvió café y me refirió la historia de aquel drama, que para ella estaba colocado dentro del orden natural de las cosas. Era la dueña de la casa en que se desarrollara el suceso de la noche anterior. Se me ocurrió comprarle las ropas multicolores de la muerta, sus collares de monedas y amuletos, los grandes aros y la pesada pulsera con garfios que constituye el arma de las ouled nails.



Conservé esos objetos en mi poder durante largas semanas, y un día, influenciada tal vez por el espíritu de su primitiva poseedora, me revestí con ellos una noche en Tugurt, pues estaba cansada de ser turista. Así disfrazada, me agregué a una caravana que marchaba hacia el Sur.

Es dudoso que ningún europeo pueda hacerse pasar por árabe. Para mí resulta extraordinariamente difícil, porque mi estatura aventaja a la de las mujeres de esa raza y mis manos son imposibles. Pero puedo caminar y hablar con la misma soltura e inflexión de voz de las mujeres beduinas, y cuando me tiño el rostro o está suficientemente tostado por el sol, su achatamiento, colocación de los ojos y cejas armonizan con las vestimentas indígenas.

A menudo me hice pasar por circasiana y

Aburrida de la existencia de turista, Rosita Forbes se disfraza con las ropas de una ouled nail, cortesana del desierto, que adquiere en Tugurt, y se agrega a una caravana que se adentra en el Sahara. Su audacia y desparpajo hacen que sea descubierta y detenida por un oficial francés, pero su sangre fría no la abandona y consigue escaparse y perderse entre la muchedumbre de la caravana que se encamina hacia el Sur, compuesta por cientos de camellos y miles de personas.

en esta oportunidad había figuras más raras que yo en la caravana, pues habían corrido rumores de ataques por los tuaregs, y todo comerciante, peregrino, vendedor ambulante o derviche que tenía algo que hacer al Sur, había buscado el medio de agregarse al séquito de un sayed que se dirigía hacia uno de los sitios sagrados del Sahara.

Había familias enteras que marchaban con sus camellos, tiendas y enseres hasta media milla detrás de los dromedarios del personaje cuya fama y esclavos de pelea los protegían. Yo me agregué a uno de los grupos más humildes, y, aunque indudablemente no creyeron una palabra del fantástico relato que les hice para explicar mi necesidad de trasladarme al Sur, aceptaron el dinero que les ofrecí y la responsabilidad de mantenerme y atenderme durante un viaje de tres meses.

Eran personas sencillas y bondadosas. El hombre era propietario de una pequeña tienda en la cual canjeaba toda clase de objetos manufacturados por pluma, marfil, sándalo, y, en forma oculta, alguno que otro esclavo. Su esposa, Mabruka, estaba totalmente absorbida por el cuidado de un hijo de un año que parecía ser la razón de ser, la esencia misma de su existencia. Había un par más de mujeres y un hermano que tocaba una especie de laúd cada vez que había luna, y un ciego que era un eximio cocinero.

Durante la primera semana, al pasar por puestos franceses ligados telegráficamente a Tugurt, nunca descubrí mi rostro. Era probable que se hubiera denunciado mi desaparición y se realizaran investigaciones. Los franceses son administradores excesivamente capaces y aunque son generosos en su ayuda a los exploradores, no era lógico esperar que acepten que los turistas se lancen a la aventura entre tribus cuyas costumbres son tan extravagantes como el aspecto de sus componentes. Hacía votos por que mi posadero de Tugurt se hubiera contentado con el pago de mi cuenta y las explicaciones forzadas que le di, pues si entraba en sospechas y ponía el asunto en conocimiento de la comandancia, era más que probable que mi aventura terminara pronto e ignominiosamente.

Transcurrió un mes sin que sucediera nada. Me había puesto tan morena como las mujeres con quienes viajaba y me sentía tan segura en mi papel, que en una ocasión que acampamos por un día o dos en las afueras de algún pueblo relativamente grande, ayudaba a realizar mi parte del lavado de la familia en los arroyos, y casi ni observé la llegada de un francés.

El niño iba enfermo de fiebre. Había que suministrarle quinina. Yo había proporcionado la poca que llevaba a prevención. Terminaba de retorcer una de las piezas de género de algodón rayado llamadas "barracanas", con que las mujeres se fajan por sobre una cantidad más de prendas de vestir, cuando Mabruka me tironeó de las ropas y me dijo:

—Ahí viene un "franyi". Debe ser, seguramente, un médico. Pídele quinina.

No sé si me movió el diablo o fué simplemente porque me sentía fabulosamente feliz, no contaba más de veinticinco años y quería divertirme en la farsa que representaba, pero el hecho es que envolviéndome en la "barracana" y ocultando en sus muchos pliegues mi rostro, me acerqué al francés, que era joven, fuerte y de aspecto vivaracho, como lo son todos los oficiales del cuerpo de camelleros, e imploré con voz quejumbrosa:

—¡Quinina, un poquito de quinina para un niño que se muere!



El joven médico se ahogaba. Aproveché la oportunidad para arrojarle al rostro el resto de la pimienta...

—A ustedes se les antoja que la quinina sirve para todo. Probablemente ese niño no la precisa, y tampoco la tengo. ¡Voyons! — respondió en una jerigonza mezcla de francés y árabe.

Dió vuelta y se marchó, y yo lo seguí repitiendo mi petición.

—¡Qué broma! — exclamó. Ven a mi casa esta tarde. Ahora estoy ocupado. Luego te daré la bendita quinina.

Encantada con mi éxito, que consideré de buen agüero, regresé al lado de la desesperada Mabruka y le dije que esa tarde debía ella ir a buscar la medicina, pues esa noche, después de la cena, la caravana debía ponerse en marcha.

No sentía ningún deseo de ir a poner a prueba la perspicacia del francés en su propia casa, pero cuando las sombras de las palmeras se tendieron sobre la arena, el estado del niño se agravó; estaba realmente enfermo. Mabruka me rogó con lágrimas en los ojos que fuera a buscar la quinina, pues todos los demás estaban ocupados en preparar algo para aliviar al pequeño, sacudido por los escalofríos de la fiebre. Tuve que ir, y mi valor se desvaneció al ascender la colina y costear las murallas de adobe terrizo de la población en camino hacia una casa solitaria que se alzaba a orillas de un palmar. Cuando llegué tenía el corazón en la boca; ya no me sentía indígena, sino una pobre mujer tonta e imprudente que estaba a punto de ser descubierta.

Recostándome, como lo hacen las beduinas, contra la pared de terrón, llamé con insistencia.

El joven oficial salió; parecía disgustado. Sucede que estaba ocupado en responder a un telegrama del comandante sobre una inglesa vagabunda que debía ser detenida en cualquier forma.

— Bien; voy a traerla — me dijo, y desapareció en el interior de la casa para reaparecer trayendo un tubo de pastillas blancas.

Manteniéndome bien escondida, tendí una punta de mi "barracana" en la cual las mujeres árabes guardan los más preciados objetos y amuletos de su pertenencia. Mi propósito era que el oficial depositara en esa punta de la "barracana" el tubo de quinina. El, empero, lo retiró, y tuve que tender mi mano desnuda. Con la pesada pulsera ferrada parecía muy larga y delgada.

—¿No eres del país?—dijo el oficial con indiferencia.

— No — respondí; pero al tratar de alejarme por entre el palmar, comprendí que había cometido un error. Su curiosidad carecía de trascendencia y pude satisfacerla con cualquier explicación. En cambio, divertido por la extraña timidez de una ouled nail, me siguió, me tomó de un hombro y me hizo girar sobre mí misma, riéndose y exclamando:

—¡Por Alá, señora, vuestra raza no teme, por lo general, tanto a los hombres!

En ese momento, para mi desgracia, la "barracana" se me desató y cayó a mis pies.

El asombro se mezcló a la admiración en su mirada clavada en mí.

—¡Gran Dieu, es la inglesa! — exclamó.

Protesté en varios idiomas, mientras el joven me mantenía aferrada de un brazo, como si temiera que yo fuera un fantasma que pudiera desaparecer misteriosamente. Cuando me di cuenta de que se proponía cumplir las órdenes recibidas de Tugurt, la ira me hizo olvidar los restos de una dignidad ya muy disminuída por mi disfraz. Me condujo hasta su casa y me soltó el brazo sólo cuando estuvimos dentro. Aproveché la ocasión para tratar de huir por la puerta entreabierta. Mi sandalia se enredó en una estera y hubiera caído si el francés no se hubiera mostrado más ágil que yo.

En sus brazos me di cuenta de que un par de ojos se miraban en los míos y unos labios muy rojos estaban muy cerca también de los míos; pero yo estaba tan furiosamente enojada, que por un momento pensé en usar el brazalete ouled nail. Si él hubiera tratado de retenerme abrazada, hubiera cumplido mi propósito, aunque después me arrepintiera, pero me soltó en seguida.

— Lo lamento mucho, madame, pero, ¿qué quiere usted que yo le haga?

(Continúa en la página siguiente)

Me habló de los peligros que acechan en los caminos del sur, de asaltantes tuaregs, de desiertos sin agua, de la posibilidad de una traición, del tráfico de esclavos y de mil horrores más. Yo no lo escuchaba. Recordaba que la caravana había de ponerse en marcha dentro de una hora, de dos, a lo sumo. Tendría que salir de la casa antes de esa hora, pero me convenía esperar hasta el último momento. Si me fuera dado perderme entre la muchedumbre mientras los cientos de bestias de carga o de silla se encaminaban hacia el sur, tal vez me fuera dado escapar, aprovechando la confusión de los últimos instantes, de la carga retrasada, de los gritos y discusiones de la partida apresurada.

Un criado entró trayendo una lámpara.

—Usted cenará conmigo, ¿no es así, señora? Después arreglaremos para su estadía aquí.

Murmuré algo sobre causar mucha molestia y traté de aparecer como si no me preocupara ya de mi libertad.

El tiempo pasaba vertiginosamente. Trataba de imaginarme lo que sucedía en ese momento a orillas del arroyo.

Seguramente que estarían cargando ya los camellos.

Mientras el criado tendía la mesa, yo lo observaba y vi una posibilidad de escapar. Acercamos las sillas a la mesa. El francés se sentó al lado de la puerta. Se burlaba de mí.

—Si usted es de este país, debe beber legbi. ¿Lo ha probado alguna vez?

Se inclinó, garrafa en mano, para llenar mi vaso con el alcohol espeso como jarabe que se extrae del jugo de la palmera.

Nuestros rostros casi se tocaron. Nos observábamos mutuamente.

—Es agradable—me dije.—Es simpático. Sería divertido quedarse. Su mirada burlona, alegre, no se apartaba de mí.

Seguí monologando:

—No. No quiero ser derrotada. Tengo que escaparme.

Sin que él se diera cuenta, me apoderé del frasquito de pimienta molida. Primeramente pensé usarla como vitriolo, arrojándosela a la cara, pero después recordé que cierta vez, unos jóvenes habían probado cocktails con pimienta en lo de Claridge; el resultado había sido catastrófico.

—No puedo tomar legbi solo—protesté.

—Se asegura que a los ingleses les gusta todo, menos el deporte, rebajado y diluído.

Se volvió para buscar agua, y yo aproveché la oportunidad para vaciar toda la pimienta en su copa. No se notaba nada debido a la coloración obscura del líquido.

El levantó su copa y brindó:

—¡Por su valor, señora, y por mi buena suerte!

Respondí algo. Mi rostro estaba rojo y mi voz temblaba. El francés se equivocó, tal vez con razón, pues esa hora, en aquel rincón apartado de la civilización, me había resultado singularmente agradable. Hubiera deseado que se prolongara.

—¡Por nosotros, si usted lo permite! —tornó a brindar y de un sorbo se tragó toda la bebida.

Permaneció rígido por breves instantes. Luego, ahogándose, cayó de bruces sobre la mesa. Me puse de pie con presteza. El también se paró, pero no pudo seguirme porque se sofocaba. Respiraba con dificultad y tuvo que apoyarse contra la pared. Quedaba un poco de pimienta en el frasco y se lo arrojé al rostro.

No lo volví a ver, pero mi triunfo me satisfizo muy poco.

Corrí por el palmar y alcancé a subir en una litera a la cola de la caravana. Tuve que explicar lo que me había acontecido a las otras mujeres, ocultando, naturalmente, mi verdadera identidad.

Sin embargo, esa noche me pregunté más de una vez por qué había huído cuando, probablemente, hubiera deseado más bien quedarme. ¿Por qué?... Misterios del corazón humano.

FIN

LAS DOS MADRES...

(Continuación de la pág. 5)

conveniencia que de la de los otros—asintió Ramón.

En esto se abrió la puerta y Tomás entró, sin dirigir a sus padres más que un leve saludo y marchándose hacia su cuarto con cara de pocos amigos.

—¿Qué prisa tienes, hijo? Siéntate un poquito conmigo, vamos a conversar. Por el diario de esta tarde veo que la casa Dayton va a nombrar un nuevo secretario. ¿Has oído algo al respecto en la oficina?

Impaciente y molesto por haber sido detenido, Tomás volvióse y replicó:

—¡Oh! Hablar, se habla mucho, pero nadie sabe nada...

Al mirar a su hijo, a Sara se le encendió el rostro de orgullosa satisfacción. Este joven era para ella un dios, el amor de los amores.

—Oye — díjole con la voz velada por la esperanza y la emoción: — si te nombraran a ti, estoy segura que ninguno en Dayton podría desempeñar el puesto mejor que tú. Me acuerdo lo bien que me habló de ti y de tu trabajo el gerente.

Al oír esto, Tomás miró a su madre con placer y gratitud. La pobre mujer, que tan pocas veces gozaba de ese privilegio, sintió que su pecho era pequeño para contener los latidos de su corazón, tan grande era su dicha. Todo el día lo viviría feliz, alimentada por este recuerdo. Pero al subir las escaleras que conducían a su habitación, él díjole:

—No se haga ilusiones a ese respecto, madre; ya sabe que no soy el único; somos más de mil entre los que han de elegir...

Pero Sara estaba segura del éxito de su hijo. Siempre había soñado con tal empleo para él, no tanto por el sueldo como por el honor que la distinción significa; pero, ¿quién podía ser más inteligente que él?

—Tiene una cabeza excepcional para los números. Es el mejor en la casa — le había dicho el señor Benítez.

¡Con qué ansia esperó a la mañana siguiente que trajeran el diario para leer la gran noticia! Cuando, por fin, llegó, un temblor nervioso sacudía su ser y una sensación dolorosa oprimía su pecho. Al fin, haciendo un esfuerzo, pudo desdoblarlo y leer, con los ojos empañados por las lágrimas, la noticia anunciando el nombramiento. De pronto, los músculos faciales sufrieron una dolorosa contracción, la ira hizo enrojecer sus ojos, que saltaban de sus órbitas, y con ademán colérico arrojó el diario lejos de sí, pisoteando luego la efigie del joven elegido.

—¡No es justo! — gimió la decepcionada madre. Y miró con rabia la casa de su vecina. Vió que Elvira la estaba contemplando, y que luego, con el diario bajo el brazo, cruzó el césped que separaba las dos casas.

—Siento mucho, Sara, que no haya dos puestos — díjole con voz suave.

Sara fijóse en ella con aire de desafío y le dijo con rabia:

—¿Qué ha hecho usted para merecer tal recompensa? ¡Nada, absolutamente! Y lo sabe bien, mientras que yo he sacrificado mi vida entera por mi hijo. En cambio, usted ha sido una madre egoísta y exigente. Desde que Enrique era un niño le tuve siempre lástima...

Con ojos llenos de afecto, continuó Elvira con la voz temblorosa por la emoción:

—Ya sé, Sara, que siempre usted me ha considerado una mala madre y ha mirado con malos ojos mis métodos.

—¡Sus métodos! — exclamó con ira Sara. — ¿Y qué métodos son ésos?

—¿Nunca se le ocurrió que mis maneras obedecieran a un plan de antemano dispuesto?... Y sin embargo, cuando Enrique era un niño y yo le hacía guardar sus juguetes, ¿no estaba enseñándole que fuera ordenado? Luego, cuando le imponía algunas tareas, ¿no lo acostumbraba al trabajo? Y todavía más tarde, cuando hacía que me considerase a mí primero que a sí mismo, cuando le insinuaba que me comprara chucherías e insistía en que cumpliera con los insignificantes compromisos que teníamos, ¿no le inculcaba yo el desinterés personal, que es la cualidad por la que, según el diario, le han elegido entre tantos para ocupar el puesto que anhelaba usted para Tomás?

Elvira detúvose unos instantes. Luego continuó:

—Hay un viejo refrán que dice: "Quien siembra, recoge". En los primeros años de una criatura, la madre lo es todo para ella. Y como yo quería que mi hijo recogiera mucho fruto en la vida, le enseñé a sembrar, empezando la lección conmigo para que luego la continuara con los demás. Con mis continuos esfuerzos he logrado el premio que toda madre desea, o sea el cariño, el respeto y el bienestar de su hijo.

FIN

INFORMACIONES GRAFICAS DE LA CAPITAL



El día 27 del pasado mes, llegó a nuestro puerto el crucero Jeanne D'Arc, buque escuela de la armada francesa, a cuyo bordo realizan su viaje de instrucción los alumnos de la Escuela Naval de Brest. La fotografía reproduce el momento en que la gallarda nave entra a la dársena A de Puerto Nuevo, donde fué saludada por numeroso público.



Grupo de guardias marinas del crucero francés Jeanne D'Arc, avistando con entusiasmo juvenil, en aguas del Río de la Plata, la proximidad de Buenos Aires.



Alumnas de la Escuela Profesional Nº 5 de Artes Decorativas Aplicadas, rodeando a la directora del establecimiento, señorita Elda Nava, el día de la inauguración de la exposición de las obras de arte realizadas en el año.



Naturaleza muerta, por la alumna Otilia Lorenzo, uno de los muchos interesantes trabajos presentados en dicha exposición de arte.

Fotos Paduuj



El doctor Enrique Loudet, en el acto de dictar su conferencia sobre el tema "Diplomáticos poetas", en la tribuna del Ateneo Femenino de Buenos Aires.

El malogrado había previsto que sería su sucesor

RUDY
El vigoroso galán prematuramente desaparecido, cuyo inolvidable recuerdo perdura aún en la memoria de sus incontables admiradoras, a un lustro de su muerte.

UNA NOTA DE NUESTRO REPRESENTANTE

FUE hace ocho años, en los viejos estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, en la calle Cahuenga, en Hollywood, que Ramón Novarro y Rodolfo Valentino se encontraron frente a frente por primera y última vez delante de la cámara. Estaban filmando "Los cuatro jinetes del Apocalipsis". El malogrado Rudy era ya entonces un astro de primera magnitud, galán indiscutido e indiscutible entre los galanes de la pantalla, dueño y señor de los corazones de todas las mujeres del mundo...

Ramón, en cambio, era apenas un triste figurante perdido entre los comparsas de la película, sin otro caudal que su juventud y su enorme anhelo de triunfar. Era tan incontenible ese anhelo, que cuando se enfrentó con el brillante artista italiano, sus ojos debieron traslucir en el brillo de su mirada el fervoroso anhelo que guardaba en su alma el obscuro mejicanito, y no escapó a la maravillosa intuición de Valentino el presentimiento seguro de que ese otro muchachito podría llegar en un día no lejano a arrebatarle su glorioso cetro. Y fué el instinto de conservación, prevenido y certero, lo que movió a Valentino, protagonista de la película, a suprimir de ella la escena en que aparecían juntos él y Ramón...

Por desgracia, la Fatalidad se adelantó a eliminarlo a Rudy mucho antes de que sus presagios se cumplieran plenamente. Pero ya en 1926, antes de su inesperada y trágica desaparición, Valentino había podido comprobar la exactitud de sus presentimientos. Ya entonces Ramón había comenzado a escalar, lenta, pero seguramente, los primeros peldaños de la difícil y ardua ascensión hacia la fama: "El prisionero de Zenda" y "Scaramouche". Y eso había bastado para cerciorarlo a Valentino de que su instinto no le falló cuando había presentido un rival en el mejicano.

Y solamente Ramón conserva hoy día, como una verdadera reliquia, la fotografía de aquella escena en que aparecían juntos él y Valentino, pero que jamás se vió en la película...

LA MUERTE DE VALENTINO IMPIDIO UN MAGNIFICO DUELO CON NOVARRO

Es una lástima, realmente, que Valentino no haya sobrevivido para brindarnos el extraordinario espectáculo de su lucha frente al avance de Novarro. La pugna de los prestigios de estos dos magníficos galanes habría dado lugar a un duelo cinematográfico estupendo. Por una parte, el apasionado temperamento del gran galán napolitano, tan fogoso y ardiente, que hacía vibrar con rara intensidad al público que contemplaba su labor en las escenas amorosas.

Por otra parte, la suave y exquisita delicadeza de Novarro, lleno de gracia y de fineza, dotado de una extraordinaria sensibilidad que contagiaba hasta la más profundas emociones de su alma.

Rodolfo y Ramón, latinos ambos, poseyendo en el fondo esa esencia común que constituye el caudal sentimental de nuestra raza, representan, sin embargo, dos arquetipos definidos de esa dualidad eternamente triunfadora en el amor. Impetuoso el uno, suave el otro, los dos podían tomarse como símbolos vivientes de las tendencias consagradas victoriosamente en las lides amorosas a través de siglos y siglos de experiencia.

Rodolfo conquistaba por esa prepotente seducción que ejerce siempre en los corazones femeninos un temperamento recio y vigoroso, desbordante en impulsos de pasión.

Ramón, en cambio, ofrece el encanto irresistible de su espíritu melancólico reflejado en su mirada lánguida, llena de sugestiones, reveladora de una vaga e indefinible nostalgia.

El duelo entre ambos habría sido, a no dudarlo, tan singular como interesante. Y lo más formidable habría sido el espectáculo de sus millones y millones de admiradoras de todos los ámbitos del mundo, morochas, ru-



COMO AMABA RODOLFO VALENTINO
Apasionado, impetuoso y ardiente, el malogrado Rudy constituía un bello exponente del amador impulsivo, que se reflejaba en sus besos en la pantalla, donde electrizaba al público con la vehemencia de sus arrebatos.

Rodolfo Valentino Ramón Novarro en la pantalla

RAMON
En una carrera brillante y asombrosa, helo aquí al gran galán mejicano, que ocupa ahora el sitial que dejó vacío Valentino en el firmamento cinematográfico.

EN HOLLYWOOD, ENRIQUE BLAQUIE

bias y pelirrojas, distribuídas en bandos rivales en torno al estandarte de cada favorito.

¿Y quién habría resultado, al fin, vencedor en la contienda?... He ahí una difícil cuestión que sólo la realidad misma, con el juego de sus múltiples circunstancias, habría podido resolver.

EL CINE PARLANTE HABRIA AFIRMADO LOS PRESTIGIOS DE RODOLFO Y RAMON

En primer lugar, habría que tener en cuenta el cambio formidable que a poco de fallecer Valentino experimentó la cinematografía con el advenimiento del nuevo sistema sonoro. En esta época, inaugurada por el film parlante dentro del séptimo arte, entró en juego un factor importantísimo y hasta entonces insospechado: la voz del artista.

Ya sabemos que, en este sentido, Ramón, que es poseedor de una hermosísima voz de barítono, resultó evidentemente favorecido.

Pero falta saber si Valentino no habría igualmente exaltado sus valores con la incorporación de este nuevo elemento artístico. No hay que olvidar que el malogrado Rudy era napolitano de nacimiento, vale decir, de una tierra tradicionalmente privilegiada para el "bel canto", y en la que sus hijos nacen y viven en un ambiente saturado de maravillosa sugestión para inspirarles romanzas y canzonetas de rara melodía, que se han difundido por el mundo entero.

Vemos, pues, que los dos rivales, lejos de definir mejor su posición dentro del film parlante, habrían afirmado su prestigio para seguir equilibrándose mutuamente. ¡Magnífica lucha de calidad ésta en que el tiempo y los cambios sólo podían aquilatar méritos y cualidades!

¡Qué gran duelo pudo habernos ofrecido el "pendant" de estos dos astros en el firmamento cinematográfico!

NOVARRO SIGUE CONSERVANDO PARA LOS LATINOS EL CETRO DE VALENTINO

De cualquier modo, resulta verdaderamente extraordinaria la visión de Valentino cuando adivinó en aquel anónimo extra mejicano, perdido entre los centenares de comparsas de su película, un futuro rival de incontenible arrastre.

Y no hay que olvidar en este caso la importancia que tuvo este encuentro entre el joven principiante y el astro ya consagrado, que dió motivo a una agria disputa entre Valentino y su descubridor, el director Rex Ingram.

Tampoco había escapado a la fina percepción y al ojo clínico de Ingram la posibilidad que bosquejaba la figura de Novarro para trazarle una carrera de éxitos en la pantalla. Y fué así que cuando hubo de decidir el reparto de las películas "El prisionero de Zenda" y "Scaramouche", trató de volver a reunir a los dos actores, con la consiguiente reacción de Rudy, que se puso furioso y exigió la eliminación de Novarro.

Pero el director, que veía tan lejos como Valentino, y que quería crearle un rival para reducir sus exigencias, rompió definitivamente con el astro italiano y se dedicó a encumbrar a Novarro. De ahí el salto inesperado del mejicano.

Por fortuna, Ramón respondió ampliamente a la confianza que había despertado. Su carrera lo acreditó rápidamente como un astro de asombroso fulgor. Y hoy puede considerarse como el primer galán de la pantalla. Pero es lamentable que Rudy no haya llegado hasta nuestros días para luchar frente a aquél en reñido cotejo, cuyas alternativas habrían sido brillantes.

Consolémonos, sin embargo, pensando que, de cualquier manera, nos queda a los latinos la satisfacción de ver cómo el cetro de los galanes de la pantalla se conserva entre los de nuestra raza. Que tanto en la pantalla como en la vida real, el amor parece privilegio de nuestros corazones...



COMO AMA RAMON NOVARRO
Con el irresistible encanto de su indefinida melancolía, Ramón seduce casi sin besar..., con el sólo influjo de su mirada suave y tierna, de sus caricias sedosas y de su exquisita sensibilidad.

La final del campeonato de polo

El desarrollo del campeonato argentino de polo despertó extraordinario interés entre nuestros aficionados, quienes demostraron su entusiasmo en todos los partidos que se disputaron por la conquista del título. En el match final ese entusiasmo fué más evidente y el cuadro vencedor recibió una verdadera ovación al terminar el partido que lo consagraba como el campeón argentino de ese noble deporte. Tanto La Rinconada como el Lincoln ofrecieron un buen juego, bregando con incansable esfuerzo por adjudicarse la victoria, que correspondió al team que mejor supo aprovechar las oportunidades.

La realización de este campeonato ha venido a confirmar que este deporte se arraiga día a día más entre nosotros, pues hasta hace no mucho tiempo eran contadas las personas que asistían a presenciarlo, mientras que en casi todos los matches de este torneo la concurrencia fué considerable, lo cual augura que tendremos grandes días de gloria para el polo argentino.



El team de La Rinconada, que resultó campeón en el torneo argentino de polo, estaba compuesto por Audilio Bonadeo Ayrolo, Martín J. Reynal, José C. Reynal y Manuel Andrada, que lograron un merecido triunfo en la final del campeonato frente a su peligroso rival.



El "gaucho" Andrada se desempeñó a conciencia en el desarrollo del match final, con el empuje y la agilidad que lo caracterizan y que tanto llamaron la atención de los aficionados durante su actuación en los Estados Unidos.



Una jugada del importante match en que se encontraron dos cuadros dispuestos a obtener el ansiado título de campeón argentino. El partido, a pesar de realizarse en un día de trabajo, fué presenciado por muchos espectadores.



El equipo del Lincoln estuvo constituído por Francisco Indart, Andrés Gazzotti, Raúl A. López y Fermín G. Ramos. Gazzotti, que actuó en los Estados Unidos junto a Andrada, fué en la final del campeonato argentino su caballeresco adversario. Los componentes del Lincoln se desempeñaron con mucho entusiasmo, pero no pudieron evitar la derrota.

Fotos Cabada.

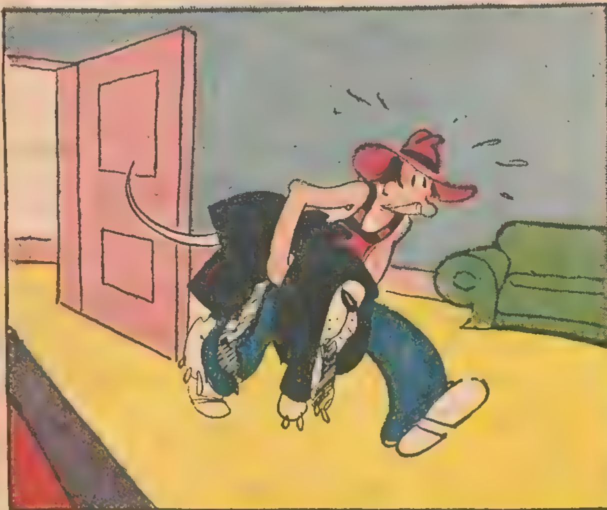


Don Fermín por DANTE QUINTERNO













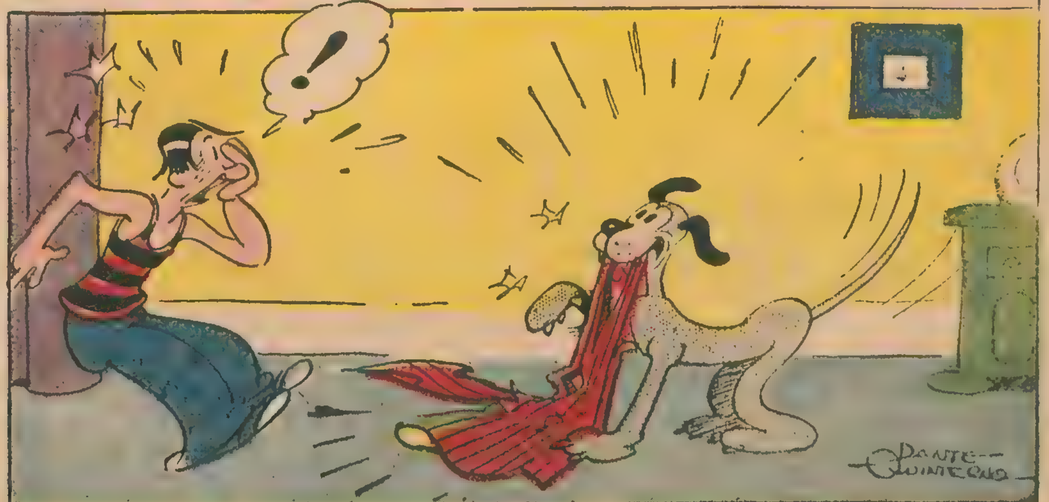


CUAN-DO DES-PER-TÓ









EL LAGO TRÁGICO

Un cuento policial de
ARTURO HOERL

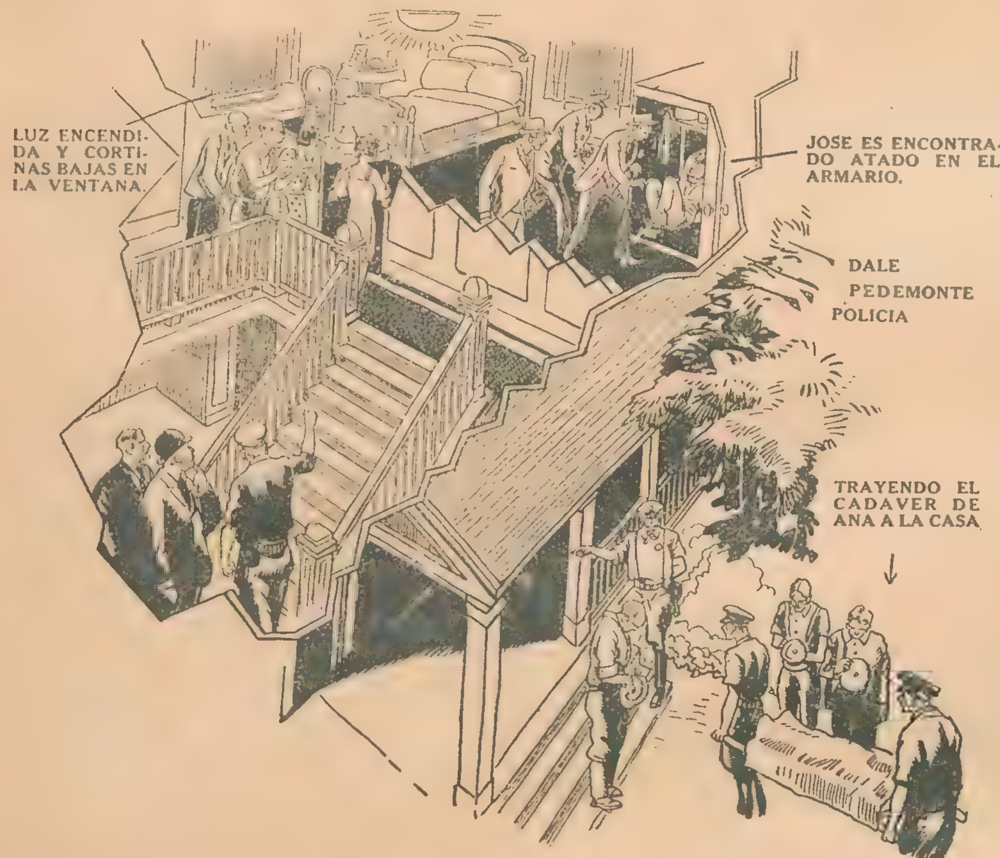
Pedro Gutiérrez, un financista sin escrúpulos, lleva a la ruina a un padre de familia. Un hijo de éste, para reconquistar el dinero usurpado, comete una serie de operaciones dolosas en perjuicio de aquél. Y resulta que, a punto de descubrirse tal delito, Pedro aparece muerto junto a un lago, sin que a su alrededor se descubra la menor huella delatora. Y he aquí el terrible interrogante. ¿Quién mató a Pedro Gutiérrez? El ya célebre Robin Dale, siguiendo su infalibre sistema de deducciones, nos da muy pronto la clave del misterio.

EMPUÑANDO el volante, Robin Dale, el joven detective y periodista, escuchaba atentamente la historia que con voz insegura le narraba Geraldina Ferrer, la bella joven que pocos minutos antes se había presentado en la redacción del "Daily Journal", periódico al cual él pertenecía.

—Probablemente conozca usted a Pedro Gutiérrez, un financista que trabajó siempre con su socio, José Silvano, al margen de la ley. Antes de que este último se asociara a él, Pedro, puede decirse que obligó a mi padre a participar en sus turbios negocios, haciéndolo de tal manera que el día en que fué descubierto, papá fué el único acusado. Pedro poseía todo el dinero y mi padre cargó con la culpa. Pocos meses después de esto, papá, incapaz de afrontar tal vergüenza..., se suicidó.

”Ahora bien, tengo dos hermanos: Jaime, que es el mayor, y Roberto, que amparándose bajo un nombre supuesto, Jorge Ibarra, era el secretario de Pedro. Hizo tal cosa con el único objeto de vindicar a papá, robando a su patrón el dinero. Por supuesto, Roberto no consideró esto nunca como un delito, ya que según él no hacía más que apoderarse de lo que en realidad nos pertenecía. Sin embargo, no hace mucho tiempo Pedro supo la verdad y me invitó a pasar el fin de semana en su residencia, quién sabe con qué intenciones. Yo recién me enteré de su descubrimiento esta mañana. Mucho temo que la ley no se halle de acuerdo con la hipótesis de mi pobre hermano, y éste sea condenado.

”Anoche Pedro me envió una esquela citándome a las once en una pequeña casilla existente no lejos de su casa, que es una propiedad grande circundada por un gran lago, también de su pertenencia. No sé cómo, pero lo cierto es que la esquela desapareció. Buscándola me entretuve, de manera que llegué a la casilla a las once y media. Pedro no estaba ya allí, y no pude verlo sino cuando fué hallado muerto..., asesinado. Poco después que yo llegué a la casilla, Jaime llegó también, trayendo en sus manos una escopeta. Se hallaba nerviosísimo y murmuraba amenazas de muerte contra Pedro, en cuya búsqueda marchó.



”No fué sino poco después de media hora que volví a encontrar a Jaime, a quien hice regresar a la casa apercibiéndome de que ya no llevaba la escopeta consigo. Me dijo entonces que misteriosamente Roberto había encontrado la esquela poniéndolo luego a él en conocimiento del hecho.

”A la medianoche no habíamos podido aún encontrar a Roberto. Recordé que había comprado por la tarde balas con el propósito de ir a cazar al día siguiente, y supuse que había ya partido. Finalmente nos retiramos a dormir, pero yo no pude hacerlo.

”Esta mañana fué encontrado el cadáver de Pedro Gutiérrez a unos trescientos metros de la casilla, en una pequeña playa de arena que circunda el lago. Estaba tendido boca abajo y la policía dice que fué asesinado con una escopeta colocada muy cerca de su rostro. Lo extraño del caso es que cerca de él no había arma de ningúna especie y que además la arena que lo rodeaba sólo presentaba las huellas de un hombre; eran las de Pedro Gutiérrez. No había huella alguna además de ésta. ¿Cómo es posible, entonces, que Pedro hubiera recibido en aquel sitio un balazo disparado tan sólo a pocos centímetros de su rostro?”



En aquel momento el automóvil manejado por Dale, que había escuchado con gran atención el relato, entraba en el camino que conducía a la residencia de Pedro Gutiérrez, la víctima. Entonces algo extraño ocurrió, pues cuando se hallaban apenas a veinte metros de la casa, una mujer, gritando desesperadamente, corrió en dirección al coche. Geraldina apretó aterrada el brazo de Dale, que hundió el pie en el freno haciendo parar de golpe al coche. Al mirar a aquella mujer el detective comprendió que el más terrible pánico la dominaba: el miedo a la muerte.

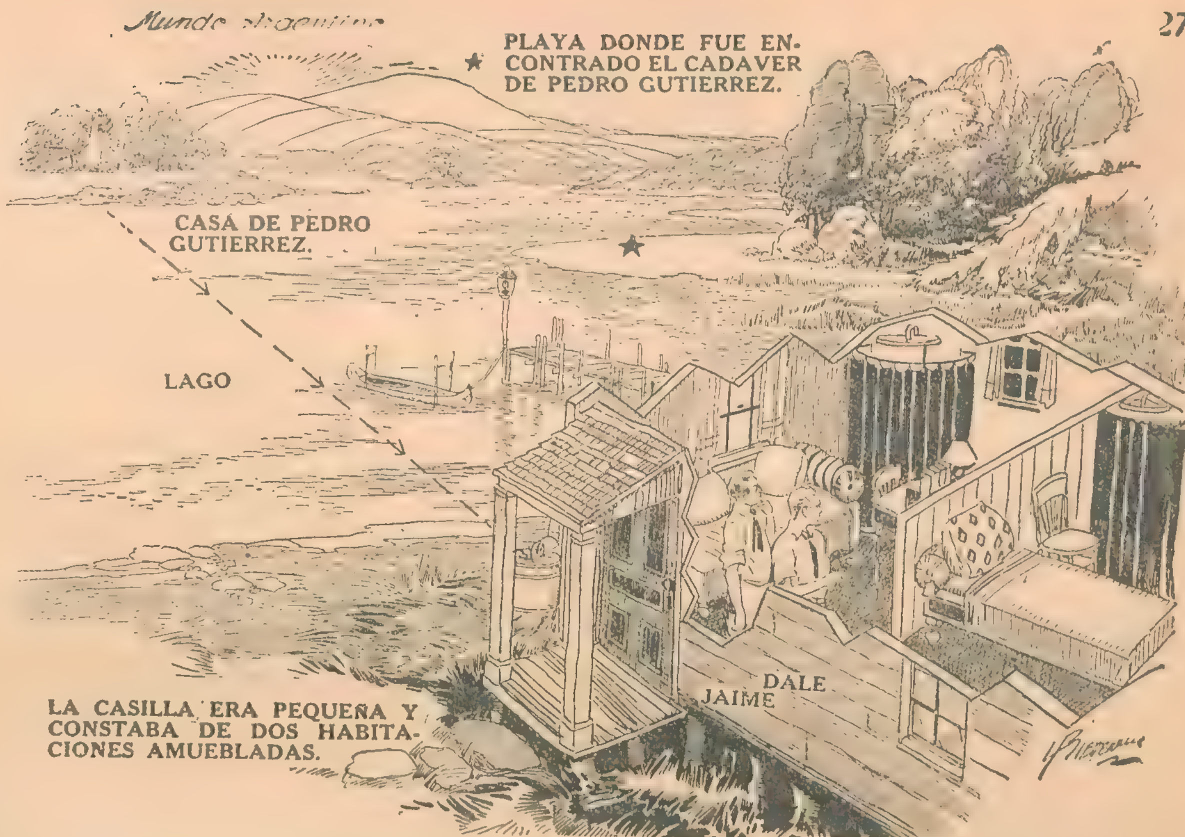
— Es Ana, la esposa de Silvano — murmuró Geraldina.

—¡Es horrible! — gritó la pobre. — ¡Voy a morir! ¡Me quieren asesinar!

Geraldina se encargó de llevarla hasta la casa, sin lograr, empero, que dejara de llorar. José, su esposo, se le aproximó y amorosamente la tranquilizó. Geraldina se encargó de presentar a Dale su hermano Jaime, un joven alto de agradable presencia. Pasaron al interior del edificio. Era de dos pisos, con gran cantidad de dormitorios, destinados a los huéspedes que Pedro se complacía en recibir los días sábados para pasar con ellos el resto del día y gran parte del domingo. Al pasar por una de las habitaciones, Dale observó un caballete en el que se hallaban colocadas varias escopetas, de las cuales una tenía las estrías vacías. El detective hizo como que no prestaba atención a tal detalle y prosiguió caminando al lado de Jaime, que le explicaba los acontecimientos.



— Diez eran las personas que se hallaban allí: Pedro y su esposa, Felipe Casanovas, que es abogado y amigo de Pedro; José Silvano y su esposa, Margarita Darré, la actriz que vino



con los Silvano; mi hermano Roberto, a quien todos conocen aquí con el nombre de Jorge Ibarra; Geraldina, la señora Tabar y yo. Puedo asegurarle, Dale, que los acontecimientos han sido muy extraños aquí, principalmente en lo que se refiere en las relaciones de cada uno de los invitados. Todos sabemos que Felipe y Ana se aman a pesar de que ella es casada...

No pudo continuar porque Dale se alejó de él dirigiéndose a la ventana. Extrañas luces poblaban él lago, dándole un fantástico aspecto. Eran los policías que buscaban el arma con que fué asesinado Pedro, que a buen seguro debía hallarse en el fondo.

— Hay algo que quiero aclararle, Dale — exclamó Jaime con voz vibrante. — Mi hermana tal vez le haya dicho que yo anoche también pretendí matar a Pedro. En efecto. Cargué una escopeta con las balas que Roberto había comprado por la tarde. Cuando fuí a buscarlas, ya faltaba una en el caballete. Lo cierto es que con la excitación regresé sin la mía, que dejé olvidada en la casilla. Sin embargo, esta mañana observé el caballete y pude constatar que sólo faltaba una escopeta.

— Usted me ha dicho que Roberto iba a cazar, Geraldina. ¿Llevó él la escopeta?

— No — explicó la joven. — Cuando él encontró la esquela que Pedro me había dirigido, olvidó por completo la caza.

En calidad de invitado por parte de la viuda, Robin Dale pasó allí la noche, y a la mañana siguiente se dedicó a inspeccionar los contornos. La casa se hallaba situada no lejos


CUANDO SE HALLABAN APENAS A VEINTE METROS DE LA CASA, LA FIGURA DE UNA MUJER GRITANDO DESESPERADAMENTE...

GERALDINA VISITA A DALE EN LA REDACCION DEL PERIODICO.

de un gran lago. Dale y Jaime comenzaron a caminar por la playa hasta que llegaron a la casilla. Era ésta de madera. Había en su interior dos habitaciones, utilizadas evidentemente como casillas para que hombres y mujeres pudieran cambiarse de ropa. Cada una de las habitaciones se hallaba amueblada. Poco tiempo permanecieron allí ambos jóvenes. Al caminar por la playa, Dale observó las huellas de que Geraldina le había hablado. Eran, en efecto, las huellas de tan sólo una persona. La policía había medido ya la longitud de ellas y comparado luego con los botines de Pedro, habiéndose podido comprobar que ambas eran idénticas. No cabía duda que sus botines eran los que habían impreso tales huellas.

No podía ocultarse el siniestro ambiente que rodeaba todo aquello. Ni un sólo árbol había a una distancia menor de cinco metros del sitio donde Pedro fué asesinado. Por otra parte, entre él y el agua había también un espacio de tres metros, detalle éste que hacía malograr la suposición de que el criminal hubiera disparado desde el agua. Dale estudió detenidamente el lugar durante largo tiempo hasta que decidió trasladarse al pequeño islote que no lejos de allí podía verse, en el medio del lago. Tomó una canoa y pocos minutos después se hallaba en él junto con Jaime. Desembarcó y echó a andar lentamente. De pronto se paró y observó la huella inequívoca dejada por la proa de un bote al chocar contra la costa. Fué sin embargo, otro detalle el que ocupó su atención en seguida. Se inclinó y recogió del suelo algo que guardó cuidadosamente en su cartera. Luego, sin decir palabra, se volvió y, seguido de Jaime, regresó.

— ¿Usted oyó anoche el disparo?

— No, y le aseguro que eso me pareció bastante extraño. Lo mismo le pregunté yo a mi hermana Geraldina, pero tampoco ella oyó nada.

— Y, ¿a qué hora vió usted por última vez a Pedro?

— A las diez y media, hora en que todos nos retiramos.

Dale no tuvo tiempo de preguntar más porque en aquellos momentos llegaban a la costa. Varios policías se acercaban corriendo. Habían hallado al fin el arma buscada. El jefe de ellos, el oficial Pedemonte, tenía orgullosamente en sus manos la escopeta. Dale se presentó a él como un simple repórter encargado de escribir para su periódico la historia de aquel crimen. Luego de los cumplidos de estilo, Dale preguntó:

— Dígame, oficial, ¿cómo cree usted que la escopeta fué a parar al agua?

— Pues... siendo arrojada por el criminal — contestó el policía un tanto perplejo por la inocente pregunta de Dale.

— Y, ¿quién la arrojó? — insistió el detective.

— Eso es lo que tenemos que averiguar.

—Pero, según ustedes mismos han establecido, el criminal se hallaba muy cerca de su víctima en el momento de disparar. ¿Qué motivos tenía entonces para arrojar el arma al agua?

El oficial nada contestó, y Dale sonrió. El sabía demasiado que el delincuente había hecho llegar la escopeta allí para hacer recaer sobre otra persona la sospecha.

Era evidente que todo había sido planeado con mucho cuidado. Decidió, pues, actuar con suma cautela. Su primer paso fué dirigirse a la única villa cercana a la casa de Pedro. Tal como lo suponía, encontró allí un almacén que entre otras cosas vendía también balas para escopetas. Una hora después estaba de regreso con el dueño, que aseguró haber vendido el día anterior varias de ellas a una persona a quien podría reconocer si volvía a verla. En efecto, el vendedor reconoció a Roberto como a tal persona. Reunidos en una habitación todos los invitados, Roberto no intentó siquiera negar que en efecto había comprado esas balas aunque con el solo intento de utilizarlas para cazar. Y cuando parecía que nada anormal habría de producirse allí, se oyó la voz de Felipe:

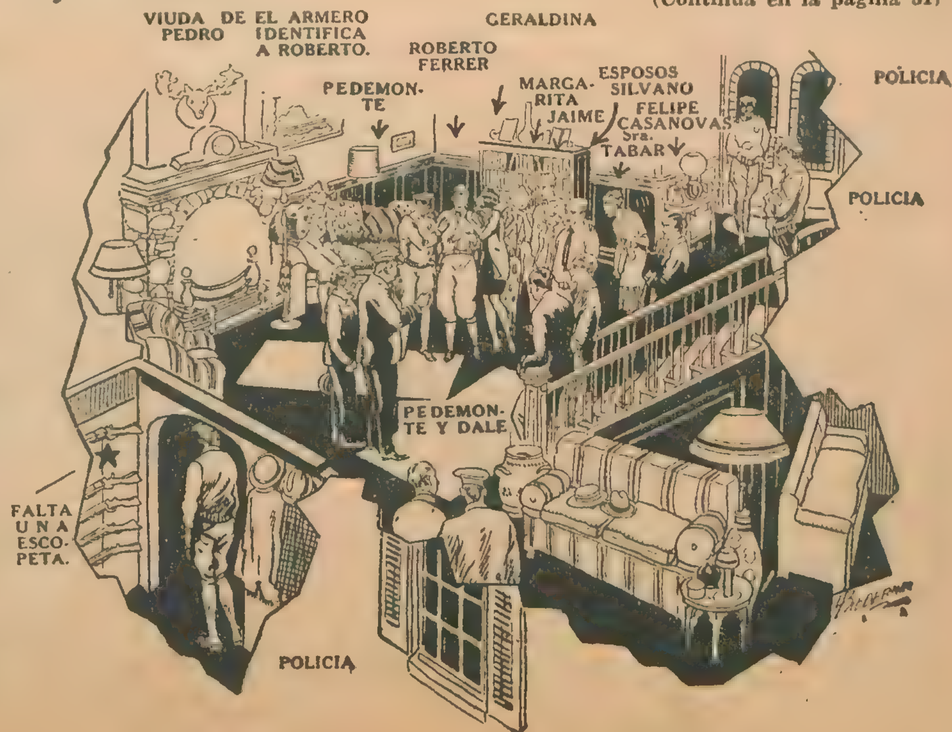
— Había decidido no decir una sola palabra de lo que sé, pero ya que ese hombre será ahora arrestado puedo hablar con libertad. No es Jorge Ibarra el nombre de ese joven. Pedro sabía que él era en realidad Roberto Ferrer, quien desde hace muchos meses venía robándole dinero.

Por primera vez Roberto demostró viva agitación.

— Lo que dice ese hombre es cierto — exclamó,—y habría continuado usando ese nombre hasta lograr recuperar todo el dinero que Pedro le robó a mi madre. Yo no robaba a nadie. Quería simplemente apropiarme de lo que con justicia nos pertenecía.

Iba a continuar y Geraldina se interpuso.

(Continúa en la página 31)



NUESTRO NUEVO FOLLETIN

MISERICORDIA

Novela de WARWICK DEEPING

RESUMEN DE LO PUBLICADO

La esposa del doctor Morales, Carolina, después de haberlo abandonado para seguir a un aventurero, torna a su hogar enferma, implorando que su marido le preste el auxilio de la ciencia médica. Está sin recursos. El doctor Morales la recibe serenamente y hasta le promete que la internará en un sanatorio. Carlos, el aventurero, que también ha llegado a la casa del doctor, confiesa que está sin un centavo y que la situación de ambos es desesperante.

CAPITULO III

EN un caso como éste, es necesario que usted consiga dinero, aun cuando tenga que buscarlo bajo la tierra. Mi consejo es que trate de conseguirlo. Insisto en que la señora debe internarse en un sanatorio esta misma noche. Está muy enferma y no podrá aventurarse a salir con un tiempo como éste. Yo mismo iré a hacer los preparativos; mientras tanto, ustedes podrán ponerse de acuerdo.

Carlos hizo un ademán como queriendo indicar su impaciencia ante las órdenes del doctor.

— Que sea así si usted lo quiere.

Tiró la colilla de su cigarrillo al fuego y se quedó mirándolo, con las manos en los bolsillos, en actitud desafiante.

— Muy bien. No es mi deseo poner trabas. Dígale a Carolina que venga y yo le comunicaré la noticia, mientras usted hace los trámites necesarios.

— Deseo que usted la trate con suavidad...

— Trataré de hacerlo en la mejor forma posible.

— Recuerde que está enferma...

Carlos se quedó mirándolo hasta que la puerta se cerró detrás de él, y en seguida se acercó al fuego para calentarse. El instinto animal que había en él le hacía maldecir su suerte.

—¡Noche de perros! Tengo un frío horrible.

En ese momento ni siquiera se molestó en pensar en la situación en que se encontraba. No había cenado, y para un hombre que solamente vive cuidando de su cuerpo, eso era una ofensa y una provocación.

Una mujer como Carolina podría ser una buena compañera cuando uno se siente contento y con menos frío; pero cuando una mujer comienza a aburrirlo a uno y no se tiene siquiera un centavo... ¿Por qué no podría ella...? Se contuvo. Luego se quedó mirando la cigarrera que estaba sobre la chimenea. Fué hasta ella, y, sacando cigarrillos, llenó su propia cigarrera.

— Bien puedo sacar algún provecho de ese tipo.

Encendió un cigarrillo, y paseándose a lo largo de la habitación, se acercó a la mesa y tomó un libro. "La tisis como problema social" era el título.

— ¡Qué vida al lado de un hombre que se alimenta con esta clase de libros!

Tiró el volumen sobre la mesa y miró el reloj que estaba en el escritorio: las nueve y media. ¿Cuánto tiempo le haría esperar Carolina?

El teléfono estaba sobre el escritorio. Atravesó la habitación y quedóse como escuchando durante unos segundos, y luego permaneció en suspenso. ¿Por qué no habría de buscar la nueva aventura? Había acercado la mano al tubo, cuando la puerta se abrió y entró Carolina. Él se dió vuelta rápidamente, como para ocultar su intención, pero ella había visto y comprendido.

Carolina cerró la puerta y se quedó recostada en ella.

— ¿Qué es lo que pasa?

— ¿Pasa? Nada. ¿Quieres fumar?

— ¿Él te ha dicho?

— ¡Oh! Bien, sí, me ha dicho.

— ¿Ibas a llamar a alguien por teléfono?

— Cuando uno se encuentra en la ruina, es necesario apelar a alguien.

Ella le observaba.

— ¿Estamos arruinados?

— ¡Bastante! ¿No te parece?

— Carlos, ¿qué es lo que él te dijo?

— Quiere que tú te internes en un sanatorio. Ha salido para hacer los trámites necesarios.

— Pero, ¿qué es lo que te ha dicho? ¡Oh, Carlos, estoy tan asustada!...

Él la miró de reojo.

— ¡Pobrecita!

Toda ella pareció contraerse contra la puerta; él se acercó al fuego y se quedó mirándola.

— Ven aquí y siéntate. Debes tener frío y aquí se está muy bien.

— Pero ella se quedó junto a la puerta, inmóvil.

— ¿Por qué estás tan raro, Carlos? Como si...

Él se encogió de hombros. Su voz era casualmente bondadosa. Habló cuidadosamente, como si midiera las palabras.

— La verdad es que hemos recibido un golpe mortal. Es inútil tratar de luchar contra el destino, ¿no te parece? Lo siento muchísimo.



— Legalmente, es aún tu marido. Debe tener mucha plata... No soy ningún tonto. Deseo hacer lo que más te convenga a ti, dejando aparte toda mi sensibilidad.

Carlos no vió la expresión de terror que se pintó en el rostro de Carolina.

— Ese es el caso.

— ¿Qué es lo que quieres decir?

— Él cree que tienes algo en el pecho... Mala suerte... Naturalmente, yo tuve que decirle...

— ¿Qué?

— Que no teníamos un centavo.

— ¿Tú le dijiste eso?

— ¿Podía acaso decirle otra cosa?

Ella se apoyó en la puerta, como si sus rodillas no pudieran seguir sosteniéndola y tuviera miedo de caer.

— No te comprendo muy bien.

Él hizo un movimiento de impaciencia con la cabeza.

El caso es que tenemos que hacer frente a la situación. ¿No has pensado en que en un enredo como éste yo puedo serte de poca ayuda?

— Quieres decir... que porque yo estoy enferma...

— Lo lamento, Carolina, pero tienes que ser razonable; no tengo dinero ni siquiera para comprarte una caja de píldoras. Si tuviera...

Pero ahí tienes. Tenemos que pensar en lo que será mejor para ti.

—¡Razonable! Esa es una palabra demasiado elástica. ¡Carlos, tú no puedes...

—Escúchame un momento. Tenemos que hacer frente a la realidad. ¿No es evidente, acaso, de que yo ya no sirvo?

—¿Realidad? ¿Inservible? ¿Quieres decir que yo, yo, soy la que ya no sirvo más?

—Por favor, no te agites. Ustedes las mujeres...

Ella pareció tranquilizarse algo. Se mojó los labios resecos y habló.

—Carlos, supongamos que esta casa fuera un buque que se estuviera hundiendo. ¿Tratarías de salvarte en un bote y me abandonarías?

—No exageres. Te estoy dejando en un buque. Éste no es un mundo romántico para aquellos que tienen que luchar por una cena. ¿No te has dado cuenta de eso? Deseo serte sincero. No es mi deseo engañarte con palabras melosas. Estás enferma. Tienes que afrontar la realidad. Ármate de coraje y deja que Morales...

—¿Quieres decir que él pague?

—Al menos por el momento. Quizá después yo pueda conseguir algún dinero...

Ella atravesó la habitación, deteniéndose frente a la mesa y posando la mano sobre ella.

—Ahora entiendo. Esa es tu idea. Deberé abandonarme a la misericordia del hombre a quien nosotros...

—Legalmente, es aún tu marido. Debe tener mucha plata... No soy ningún tonto. Deseo hacer lo que más te convenga a ti, dejando aparte toda mi sensibilidad.

—¡Sensibilidad! ¿Crees tú que...?

Pero comenzó a toser, y una vez más la convulsión que casi la ahogaba, estaba fuera de todo dominio. Con el rostro encendido y los ojos enrojecidos por el esfuerzo de toser, se quedó mirándolo como implorando su compasión. Cuando la tos le permitió recuperar algo de su aliento, pudo balbucir algunas palabras.

—Tú no puedes ser tan brutal conmigo, justamente cuando...

Su impaciencia lo vendió: miró el reloj.

—Tu tos es algo que no podré sorportar nunca...

—Lo sé. Te tenía despierto... A mí me daba miedo esta tos, pero a ti te aburría... Sí, ahora estoy empezando a comprender. Yo no quería venir aquí. Fuiste tú quien me obligó a que viniera...

—¡Naturalmente! Quería que las cosas se aclararan de una vez por todas.

—Querías cerciorarte de algo más...

—¿Te parece?

—Si yo te seguiría sirviendo para algo, o si solamente sería algo despreciable, una mujer enferma, un estorbo...

Él se encolerizó.

—¡Continúa! ¡Di todo lo que quieras! ¡Desahógate!

Ella se quedó mirándolo como si esa fuera la primera vez que lo veía en ese estado. La forma como ella lo estudiaba, le turbaba y le irritaba a la vez. En cualquier momento podría regresar el otro hombre.

Habiendo cesado la tos, Carolina podía hablar con más tranquilidad.

—Me parece que ahora estoy viendo las cosas con más claridad. Cuando entré en esta habitación, tú estabas por hacer uso del teléfono. ¿Crees acaso que ignoro que hay otra mujer, un nuevo hallazgo? Sí, comprendo... Yo ya no sirvo... Soy algo que ha pasado de moda... Te has cansado de mí...

Él trató de sonreír estúpidamente. Ella continuó:

—¿Cómo es que nunca me di cuenta de la clase de individuo que eres? Un cínico ladrón de honras; jurando lo que jamás sentiste; una lacra social. ¿Por qué he estado ciega para la realidad? ¿Por qué habré dejado mi hogar para seguirte? ¡Me has engañado miserablemente!

Carlos, que había estado esperando la oportunidad de dar rienda suelta a su cólera, aprovechó ese momento para interrumpirle.

—Eso es todo lo que podía esperar de una... ¡como tú! Te he mantenido durante tanto tiempo para después recibir esta clase de agradecimiento...

—¡Cállate! ¡Me estás tratando en una forma horrible!

—¡Muchas gracias! Pero tú no me consideraste tan horrible cuando abandonaste esta casa de virtud...

Ella, abatida, tuvo que recostarse en la mesa para no caer al suelo.

—¡Vete! Los dos hemos sido egoístas. No hemos pensado sino en nosotros mismos, pero quizá tu tienes más lógica que yo. ¡Vete!

Empezó a toser de nuevo, y Carlos, pasando por detrás de ella, recogió su sombrero y su sobretodo. Su cara tenía una expresión de cinismo y sonreía sardónicamente.

—Ustedes las mujeres se ahogan en un vaso de agua. Yo puedo aguantar muchas cosas, pero después de esto...

Aplastada por lo que acababa de oír de boca de ese hombre que había arruinado su vida, aún tuvo fuerza para decirle:

—¡Vete, miserable! —al tiempo que él desaparecía detrás de la puerta.

CAPITULO IV

Ni siquiera lo vió irse. Se dió vuelta en seguida, y dirigiéndose hacia el fuego, se dejó caer en una butaca. Se inclinó y oyó cómo él golpeaba la puerta tras de sí. Dándose vuelta, clavó la mirada en la puerta cerrada. Un acceso de tos se apoderó de ella en ese momento y trató de luchar contra él, agarrándose fuertemente con las manos de la butaca donde estaba sentada.



—¡Dios mío, me estoy ahogando!

Cesó la tos. Ella se levantó, atravesó la habitación

y pareció vacilar durante algunos instantes; luego apagó la luz del centro. Retornó a su lugar, pero todavía le parecía que había demasiada luz para la disposición de ánimo en que se encontraba en ese momento; así que también apagó la luz de la lámpara de pie y se quedó arrebujada al lado del fuego.

Cuando el doctor Morales abrió la puerta y se encontró con la habitación obscura, a excepción de la luz incierta que daba el fuego, se quedó pensando por un momento en si esas dos sombras del pasado habrían desaparecido nuevamente en la noche. Pero luego pudo cerciorarse de que alguien estaba sentado en su sillón. Vió que era la silueta de su esposa, recortada apenas por las débiles llamaradas que arrojaba el fuego.

Cerró la puerta suavemente, pero ella ni siquiera se movió. Algo en la inmovilidad de aquella mujer le dijo que habría recibido un rudo golpe, y que se sentía sumamente abatida y aniquilada. A la vista de aquella mujer, que en un tiempo fué su querida compañera y esposa, despertóse en él una compasión profunda por la suerte que había corrido y por el estado en que se encontraba. La veía como un pajarito que la inclemencia del viento hubiera estrellado contra la ventana de la vida, y que había quedado allí aturdido y herido de muerte. No había querido sentir lástima por ella, y una hora antes se hubiera enojado contra sí mismo al solo pensamiento de dejarse llevar por un sentimiento de piedad; mas al verla allí, pequeña y acurrucada en su sillón, no pudo menos que experimentar una gran pena.

Encendió la luz del centro de la habitación, para apagarla después, pues pensó que la penumbra era algo así como un manto para ella, que, por lo visto, rehuía la claridad, ya que la había apagado antes de tomar asiento junto al fuego.

—¿Cómo, está sola?

— Sí.

Por el tono de la voz, él creyó comprender lo que había pasado entre ellos durante su ausencia.

— He arreglado todo. Es un lugar sumamente confortable. Me imagino que Carlos habrá ido a buscar sus cosas.

—¿No se encontró con él?

— No.

El doctor se dirigió al centro de la habitación y se quedó esperando. Apenas si podía distinguir las facciones de ella. Solamente veía sus dos brazos tendidos hacia el fuego.

— El no va a volver...

—¿Qué?

— No; le ordené que se fuera. El quería irse... Yo ya no le sirvo para nada... Yo estoy...

—¿Quiere usted decirme que es un miserable de la peor calaña?

Y vió cómo ella, avergonzada, asentía con un movimiento de cabeza.

— Mucho me temo que esa sea la realidad...

El ni siquiera se movió.

— Usted comprenderá que yo me encuentro enferma y aniquilada. Ya no le sirvo para nada. El buscará otra aventura; yo ya estoy terminada para él. El necesita una mujer sana y llena de alegría, una que pueda secundarle en su profesión, ayudándole a ganar dinero. Yo ahora soy una hipoteca para él... Lamento haber venido y le pido disculpa... Ahora me voy.

Se incorporó, llevándose una de las manos a la cabeza. Hizo un movimiento como para pasar frente a él y dirigirse a la puerta, y vaciló.

El se le interpuso en el camino y le habló con suavidad.

— Está bien, Carolina. Siéntese otra vez. Usted no puede...

Después ella se dejó caer a los pies de él. Tirada en el suelo, con la cabeza escondida, con una mano se asió a una pierna de él.

— Ahora puedes reírte, deleitarte con mi derrota... ¡Mi vida ha terminado! No quiero vivir más. No quiero constituir un problema para ti. Sí, me levantaré y me iré. Este es mi castigo.

El se sentía profundamente conmovido. Agachándose, la ayudó a incorporarse. Ella se resistió un poco, de manera que quedó arrodillada en el suelo.

—¡Deleitarme! ¡Deleitarme en tu derrota! ¿Crees acaso que soy esa clase de bestia? Cuando un hombre ha dado años de su vida al cuidado de niños enfermos — sí, ese es mi trabajo actualmente, — no se espera que...

—¡Oh, no, por favor! Yo no soy una criatura enferma. Soy simplemente escoria, fango..., algo que debe arrojarse lejos de sí..., ¡a la calle!

El la tomó en sus brazos, y, llevándola hacia el sillón, la colocó en él. Luego se sentó sobre uno de los brazos del mismo y comenzó a consolarla.

— Todos somos criaturas enfermas algunas veces. Muchas he pensado en que la culpa fué más mía que tuya. Yo era un compañero con el cual te aburrías; tú una mujercita que quería divertirse, ávida de aventuras...

— Déjame que me vaya. ¡Me haces daño, me haces daño!

—¿Qué es lo que te hace daño, querida?

—¡Esta bondad!

Morales colocó una de sus manos sobre la cabeza de ella.

—¿Te hace daño? ¡Lo lamento! Pero a veces tengo que lastimar a una criatura, aun sin quererlo. Tengo un auto afuera. Iremos a buscar tus cosas, y luego al sanatorio.

— No tengo dinero. ¿Por qué no me permites que desaparezca? ¿No piensas que sería... mejor?

El le rodeó la cintura con su brazo fuerte, ayudándola a incorporarse.

— Mi deber es curar. Allí donde te llevaré, serán muy buenos contigo. Nadié ahí sabrá nada...

— Pero ¿después, si me mejoro?

— Deja que el mañana se cuide por sí solo. Lo que tengo que conseguir ahora es que te mejores y te restablezcas por completo.

La enfermera principal, la señorita Smith, estaba acostumbrada a recibir toda clase de pacientes. Era una mujer grande, inteligente, alegre, y que poseía una filosofía propia. Entraba sonriendo en una habitación y sonriendo salía de ella. Su bondad no tenía límites y siempre tenía una palabra de afecto y consuelo para todos los enfermos, los que con el tiempo llegaban a quererla sinceramente y hasta sentían pena al tener que abandonar el sanatorio. Aun el más exigente y malhumorado de sus enfermos no logró jamás llegar a hacerla enojar. Los trataba a todos como si fueran niños caprichosos.

Esta señora que acababa de llegar era un caso excepcional. Había venido a una hora poco usual y con un equipaje nada común, y la enfermera Smith se había quedado levantada hasta tarde esa noche, esperando que ella llegara para ayudarla a ponerse en cama y arreglarle el equipaje. Todo él consistía en una valija deteriorada, cuyo contenido era también ropa vieja y deteriorada por el uso.

—¿Usa pijama?

— Sí.

—¿Este de color rosa? — le preguntó, sosteniéndolo con sus brazos en alto, al mismo tiempo que Carolina, con mirada azorada, le pidió disculpa por el estado en que se encontraba.

— Mucho me temo que ya esté algo... deteriorado. Tuve que arreglar mis cosas con tanto apuro, que me traje lo primero que encontré a mano...

Podía muy bien ser cierto, por cuanto el contenido de la valija había sido echado dentro de ella sin orden alguno.

— No importa. Este le servirá lo mismo por el momento.

Que había algún misterio en el caso de la nueva paciente, no había dudas, pensó la señorita Smith. ¿Una mujer que había quedado abandonada, o quizá de pasado turbio? Pero en una gran ciudad no se podía decir nada respecto a tener un pasado. Las mujeres, en general, parecen tan semejantes en las tiendas, en los parques, en la calle... Aun hasta la más angelical podría resultar un enigma.

Y como paciente, la recién llegada resultaba igualmente un enigma. Tenía un poco de tos, algo de temperatura y el aspecto de una persona mal alimentada; pero la enfermera Smith no la hubiera catalogado entre los casos graves de tuberculosis. Quizá el doctor Morales había hecho muy bien en tenerla en observación; mas como ella tenía sumo interés por sus enfermos y esperaba merecer la confianza de los médicos, esperó y continuó esperando el diagnóstico del doctor Morales.

Este le dijo que el examen bacteriológico había resultado negativo, y ella se sintió muy contenta.

—¡Qué suerte, pobrecita! Seguramente será algún punto en el pulmón solamente. Me parece que lo que le hace falta es una buena alimentación.

Morales era sumamente parco en palabras.

— Sí, esa es. Quería solamente cerciorarme de su verdadero estado. Creo que un mes en las afueras, viviendo al aire libre, le hará bien. ¿Qué tal el carácter?

La enfermera trataba de poner en juego todo su ingenio para descubrir la verdadera identidad de la enferma,



pues sabía que el doctor Morales tenía una reputación poco común. Sabía que en algunas oportunidades había llevado a cabo algunas cosas que el mundo, que no lo conocía, podía considerar como dudosas, y que era sumamente reservado y lacónico respecto a ellas.

—Es muy calladita; no da ningún trabajo. Es callada y triste.

—Aliméntela bien. No la moleste con preguntas, a pesar de que creo que mi recomendación estará de más.

Por otra parte, la nueva enferma era la menos comunicativa de todas, y para alegría de la enfermera, encontró que siempre le mostraba una alegría igual, aun cuando no tan verdadera como la suya. Su vivacidad tenía algo de tragedia. Era como si su exterior sonriera, mientras su interior se resistiera a tomar parte en la alegría de vivir. Cuando se le permitió levantarse, solía quedarse horas interminables sentada frente a la ventana, aun cuando no parecía interesarse en la vida y en el movimiento de la calle. Tenía el aspecto de una mujer que hubiera sufrido un golpe muy rudo y que aún no hubiera podido deshacerse del recuerdo que había dejado en su mente.

Escuchaba las palabras de estímulo de la enfermera como si solamente se tratara de sonidos vacíos.

—Ahora coma esto, querida.

—¿Debo comerlo?

—Naturalmente. No está usted grave, y quizá dentro de un mes ya podrá volver de lleno a la vida.

—¿Es verdad?

—¿Cómo no? Lo que usted necesita es un mes de campo o un viaje, en una palabra, un cambio de ambiente.

—Sí. Supongo que eso es lo que me hace falta y que me hará bien.

La enfermera comunicó sus impresiones al doctor Morales diciéndole que ya había atendido casos como ése y que eran los más difíciles, por cuanto el paciente no ponía nada de su parte para mejorarse; voluntades muertas sin ningún apego a la vida. No quería decir que la enferma fuera una histérica o una neurasténica; simplemente, una mujer que había dejado de querer, o que quería tan profundamente y en secreto, que todo su ser parecía aniquilado y paralizado para otra cosa que no fueran sus propios pensamientos.

—Nadie viene a visitarla, doctor.

—¿Nadie?

—Ni un alma.

—Tendré que hablarle sobre sus asuntos... a solas. Supongo que ella no habrá hablado con usted, ¿no?

—Absolutamente nada. Se limita a sentarse frente a la ventana, quedándose pensativa. Es muy poco comunicativa y no habla más de lo necesario. Probablemente tendrá algún secreto...

—Probablemente.

El doctor Morales encontró a su esposa sentada frente a la ventana, abstraída en sus pensamientos. Cerró la puerta y después la volvió a abrir para asegurarse de que no había nadie en el pasillo, a pesar de que Amelia Smith no era de esas mujeres que se quedan escuchando detrás de las puertas. Carolina tenía un libro sobre la falda.

—Deseo hablar con usted.

Ella encontró su mirada. Sus ojos volvieron a ser los de una mujer que había encontrado ese "algo" esencial en su razón de ser. Abandonaron de inmediato toda expresión de dureza, y mientras él acercaba una silla, sentándose a horcajadas, creyó ver en esa mujer a la Carolina de otros días más felices.

Ella bajó la vista y dijo:

—Me dicen que ya estoy mejor y casi restablecida por completo, lo que quiere decir..., que ya es tiempo de que comience a considerar el futuro.

El la observaba. Tampoco había en sus ojos nada de dureza ni frialdad. Hablaba con calma.

—Quiero que usted tome dos meses de vacaciones.

Ella se quedó mirándolo, inmóvil.

—Pero ¡eso es imposible!

—¿Le parece?

—Usted conoce muy bien mi situación...

—Es verdad. Si yo deseo que mi esposa tenga dos meses de vacaciones en el campo, al aire y al sol...

Carolina lo miró indecisa, y luego, con labios temblorosos, le dijo:

—No. Gracias, no puedo aceptar. Usted sabrá comprender: he pasado aquí un mes, todo un mes para sentir y pensar... Experimento como si de un día a otro pasaran años. Si tuviera que comenzar de nuevo...

(Continúa en el número próximo)

EL LAGO TRAGICO

(Continuación de la página 27)

—¡Jorge, por favor, no digas más! —exclamó con voz insegura.

—¿Quién es usted? —interrogó el oficial Pedemonte.

—Soy Geraldina Ferrer, su hermana.

—¡Ah, el asunto comienza a aclararse un poco! —Y luego prosiguió, a tiempo que sacaba de su bolsillo un trozo de género: —Y esto, ¿qué significa? Lo encontramos colgado de un clavo en la casilla al lado del lago. Es el vestido de alguna mujer que según parece pretendía salir muy apurada de aquel sitio. ¿Es suyo?

—Es posible —contestó la joven con voz reposada. —Estuve en la casilla el sábado por la noche.

—Y yo también —terció Jaime. —Pedro obligó a mi hermana a que le concediera aquella cita. Lo supe y decidí seguirla. Me armé de una escopeta y le aseguro que si lo hubiera encontrado allí lo habría matado. Pero no pude hacerlo. Cuando llegué encontré a Geraldina sola en la casilla.

Pedemonte pareció dudar tratando de buscar alguna pregunta que cambiara el aspecto de aquel interrogatorio. Pareció hallarla al fin y, dirigiéndose a Jorge, exclamó:

—Y usted, ¿dónde se hallaba mientras sucedía todo esto?

—Salí para advertirle a Pedro que anduviera con cuidado, no porque me importara él, sino porque temía lo que podría sucederle a Jaime. Traté de protegerlo, pero no lo encontré.

Dale sonrió y creyó llegado el momento oportuno para intervenir:

—Señora Ana —exclamó con tranquilidad, dirigiéndose a la esposa de José Silvano: —la noche del crimen usted fué como todos los demás a su dormitorio, pero no permaneció en él, ¿verdad?

Ella palideció y luego murmuró:

—No.

—¿Y su esposo tampoco?

—No.

—Entonces usted vió algo esa noche. ¿Por qué no nos dice lo que vió?

—No me sentía muy bien; salí de mi habitación y al llegar a la puerta principal de la casa oí que dos personas conversaban en el jardín. Me pareció la voz de un hombre y la de una mujer, pero no pude entender bien lo que decían. Hablaban en tono muy bajo.

—¿Usted vió algo en el lago, quizá? —continuó Dale suavemente.

Ella hizo un signo afirmativo.

—Sí. Vi a una persona en una canoa, pero no pude reconocer quién era. Entonces me volví. Tenía un miedo atroz de estar sola. Llamé en la puerta de Margarita Darré.

Hizo una breve pausa, que Dale se encargó de cortar.

(Continúa en la página 38)

La ELEGANCIA en las

LAS MANGAS LARGAS

1.—Raramente unidas, jamás derechas, la amplitud o el adorno reunidos en el puño o en el codo, las mangas largas son diversas y constituyen una de las más significativas notas de la actual elegancia.



2 3 4 5

2.—Vestido de shantung coral. Un grupo de pinzas les dan amplitud a las mangas cortas. Pollera con pliegues. Modelo elegante y sencillo.



3.—Modelo en crêpe de China negro, alargado por tres grupos de pliegues. El reverso de la falda se prolonga hacia adelante en canesú.



4.—Elegante conjunto compuesto de un vestido en Mousli-Sinellic con cuello redondo y un saquito derecho en Cotta-Sinellic algo más pesado.



5.—Abrigo gris, cuyo lindo aspecto de capa es muy vistoso. Es cruzado adelante y se anuda atrás. Este tipo resulta la última palabra de la moda.



MANGAS y en los VESTIDOS

LAS MANGAS CORTAS

10. — Aun en los tapados y los sacos, y a menudo en los vestidos y las blusas, las mangas se detienen arriba del codo, y marcan así una de las más graciosas novedades de la moda.





6. — Modelo en crêpe romain verde. El corpiño drapeado se anuda en la nuca y se continúa adelante por uno de los panneaux de la falda. Volados en las mangas y cortes abajo.



7. — Vestido en velo de algodón rojo, adornado de valencianas blancas fruncidas en el descote, en la manga y en la parte baja de la falda. Hace una silueta muy distinguida.



8. — Vestido en crêpe de lana azul marino, con falda plisada en forma abanico. Adornos de estrechos ribetes de piqué blanco y cinturón de marocain.



9. — Modelo en tela granate, cuya falda toma su amplitud de varios pliegues planos. Vainilla en la parte baja. Cuello y botamangas en linón blanco plisado.

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING


Kenneth Harlan

★ **KENNETH HARLAN** nació en Nueva York (Estados Unidos), el 29 de julio de 1895, y **VICTOR VARCONI** en Kirvarda (Hungría) el 31 de marzo de 1896. El cabello de **JOAN CRAWFORD** es castaño en realidad, rubio en los días de fiesta y negro en las veladas nocturnas. ¡Todo un muestrario de tintorería! Me alegro que le gusten las cartas que se publican sobre el lío **GRETA-MARLENE**, agradezco sus elogios, y ya que es usted Jesús, le ruego transmita mis saludos a María y a José. ¡Amén!

a **Jesús.**


Douglas Fairbanks

★ Puede usted estar segura que no he recibido su carta, pues cuando algún lector me hace una pregunta cuya respuesta no puedo satisfacer, se lo digo, como habrá tenido ocasión de comprobarlo muchas veces. De manera que si vuelve a preguntarme algo trataré de conformarla.

a **Chiquita Rosarina.**


Carmen Larrabeiti

★ Estoy en un todo de acuerdo con su manera de pensar, y eso me satisface, pues veo que no todos mis lectores son cortados por una misma tijera. ¡Pero por el momento los marlenistas nada tenemos que hacer! ¡Hay demasiada fiebre garbista en el ambiente! Lo único que puedo decirle de su carta es que es magnífica, tanto por su brevedad como por los razonamientos que en ella se exponen. Escríbame con más frecuencia.

a **Juan T. Norio.**

★ De **CARMEN LARRABEITI** desconozco su edad, aunque sé que es española, casada con Carlos Díaz de Mendoza, y madre de una nena. Escríbale a Paramount Studios, Joinville, Francia. Complacido por su opinión sobre **GRETA** y **MARLENE**.

a **Admirador de Dietrich.**

★ No lo dude, amigo Escarolita. **FRED THOMSON** y **ART ACORD** murieron. El primero el 24 de diciembre de 1928 y el segundo el 4 de enero de 1931. **DOUGLAS FAIRBANKS** tiene cuarenta y ocho años, **WILLIAM FARNUM** cincuenta y cinco y **HARRY CAREY** cincuenta y uno. Hasta la próxima.

a **Escarolita.**

★ **RAMON NOVARRO** habla inglés y castellano. **JOSE MOJICA** castellano solo. En las películas sonoras no existe apuntador, pues las escenas se filman en tan corto espacio de tiempo, que no hay temor a que el actor olvide lo que ha de decir máxime si se considera que ya lo tiene estudiado hasta el cansancio. Persista en su idea, pero no intente nada por el momento, pues sería inútil. Hasta pronto.

a **Un futuro actor.**

★ **ERNESTO VILCHES** debe tener cincuenta años más o menos. **LEWIS AYRES** está solterito, y puede escribirle a **Universal Studios, Universal City, Hollywood, California. GRETA GARBO** nació en Estocolmo (Suecia), el 18 de septiembre de 1905, llamándose Greta Louvisa Gustaffson. Mide m. 1.65, tiene ojos azules y cabello castaño. **MARLENE DIETRICH**, en Weiman (Alemania), un 27 de diciembre. Mide m. 1.63 tiene ojos azules y cabello dorado. Casada con Rudolf Sieber con quien ya tiene el divorcio en trámites.

a **Do you hear me?**


JOHN GILBERT

Lugar de nacimiento: Logan (EE. UU.).
Fecha: 10 de julio de 1897.
Nombre verdadero: John Pringle.
Estatura: m. 1.81.
Ojos. negros.
Cabello: negro.
Soltero (divorciado tres veces).

Lástima grande que su físico sea más adaptable a la interpretación de galanes que a papeles dramáticos, pues es evidente que su fuerte reside en el drama. Buena prueba de ello nos la dió en "El conde de Montecristo" y en "El gran desfile", donde su fina emotividad de artista trágico supo ponerse en relieve. Se le obligó, sin embargo, a plegarse a las filas de los galanes entre quienes descolló netamente por su elegancia y sus modales. Los parlantes no han constituído para él un escollo, ya que, por el contrario, su advenimiento sirvió para demostrarnos que John une a su hermosura varonil una dicción clara y armoniosa.

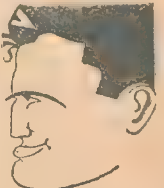
★ ¿Así que los novios de ustedes se parecen a John Gilbert y a Gary Cooper? Pero... ¿Qué hacen que no los mandan a Hollywood? Y, además, ya que ustedes dos se parecen como dicen, a **GRETA GARBO** y a **GRETA NISSEN**, también pueden ir... a despedirlos al puerto y desearles buena suerte. **GARY COOPER** nació en Helena (EE. UU.), el 7 de mayo de 1901, su verdadero nombre es Frank J. Cooper; mide metros 1.85; ojos azules y cabello castaño. **JOHN GILBERT es de Logan (Estados Unidos), nacido el 10 de julio de 1897.** Se llama en realidad John Pringle; mide metros 1.81, ojos negros, cabello negro y está soltero, gracias a que pudo divorciarse tres veces. A **BARRY NORTON** escríbanle a **Paramount Studios, Hollywood, California**, y a **CONCHITA MONTENEGRO** a Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California, con estampilla simple de diez centavos.

a **Pueyrredón 105.**


Greta Nissen

★ Sí, ya veo que su despedida es muy infantil, sobre todo después de ofrecerse para acariciarme la chiva (¿?), acomodarme la corbata, el sombrero, etcétera, y hasta tutearme. ¡Me imagino que debe usted ser una buena nenita.. ¡Aquí tiene el modelo de carta que me pide: **Dear Sir** (si es hombre) o **Dear madame** (si es mujer): **Will you be so kind as to send me one of your photos. I should like to have one and trus admire you the whole day. Yours truly (firma).**

a **Conie O'Brien.**

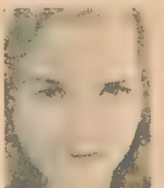

Richard Dix

★ **DOLORES DEL RIO** se llama en realidad Lorita Asunsolo. De nada.

a **Dos chicas obstinadas.**

★ **RICHARD DIX** tiene en la actualidad treinta y siete años y está soltero, y **NILS ASTHER** veintinueve, y casado. Como los dos son muy amigos míos, pronto he de escribirles hablándoles de ustedes. Y no dudo que ambos se vendrán, dispuestos el uno a abandonar su celibato y el otro a divorciarse de **VIVIAN DUNCAN.** De manera que ya pueden ir preparando el ajuar para la boda...

a **Dos viuditas de Devoto.**


Marian Marsh

★ A mí también me ha agradado mucho **MARIAN MARSH**, pues creo que reúne todas las condiciones necesarias para triunfar. Posee mucha sensibilidad, belleza, juventud e inteligencia. **Nació en Trinidad (Indias Británicas), el 17 de octubre de 1913**, contando, por consiguiente, apenas diez y ocho años. Se llama en realidad **Marilyn Morgan; mide m. 1.55, ojos grises, cabello rubio, y está soltera.**

a **Un enamorado.**

¿GRETA GARBO o MARLENE DIETRICH?

(DE NUESTRA ENCUESTA ENTRE LOS LECTORES)

Señor juez:

¿Greta Garbo o Marlene Dietrich ha preguntado alguien?

¡Sólo una pueril pregunta! ¡Infantil diríase! Sólo con mirar los ojos del lirio de Suecia, parece que uno mira el abismo; se sienten vértigos. Ojos languidecientes sobre una boca de labios sensuales. Ojos que parecen reflejar, bajo la marmórea frente, la tenue luminosidad de sus encendidas pasiones internas. Ojos de éxtasis, pero de cruel éxtasis, vertiginosamente cruel, que atraen con la desconcertante atracción del misterio. Los ojos de Greta, la figura gentil y blanca, parecen convidar a beber del amor en la escondida fuente del delirio, cuyas cristalinas aguas nacen del venero remoto de su espíritu. Pero el que bebiera de la encantada fuente de su amor, podría llorar y morir, porque las aguas del llanto y las de aquella fuente del delirio, pueden ser un tóxico mortal; por eso sus ojos reflejan también la tragedia; por eso al mirar esos ojos de esa flor arrancada al seno de los exóticos jardines de Suecia, parece que asoma uno en un mundo sin fin, en el que irradie misterio, sólo manchado por la sombra de sus pestañas.

¿Greta Garbo o Marlene Dietrich... ha preguntado algien? ..., ¡Infantil pregunta!

JUAN CARLOS COLLI.
Rincón 984. Capital.

Señor juez:

¿Greta?... ¿Marlene?... ¿Sugerencia?... ¿Realismo?...

Yo me quedo con Marlene. ¿Por qué?... Voy a explicarlo:

Considero como arte tan sólo a aquel que tiene la fuente de su inspiración en la vida y en las pasiones humanas.

No quiero con esto significar que el arte debe ser una copia fotográfica de la realidad cotidiana. ¡No! Creo sí, en cambio, que la función del arte, para ser tal, debe tener estas dos características: la emotiva y la educativa, es decir, debe llegar a nuestro corazón produciéndonos una emoción, y debe también llegar a nuestro cerebro proporcionándonos una enseñanza. Y no creo que pueda producir emoción alguna toda obra de arte que no refleje las pasiones vitales de los hombres, en lo que éstas tienen de humano y de real, pues son ellas las que mueven la acción de todo el universo. Tampoco creo que pueda proporcionar enseñanza alguna la obra de arte que quisiera dar una solución convencional o cerebral (aunque ésta sea la más poética o atrayente) al choque inevitable de las pasiones — de suyo antagónicas, pues son provocadas y regidas por temperamentos distintos, — ya que al no basarse en la realidad, no podría servirnos para nada, la conclusión a que arriba lo que de hecho, parte de una base falsa.

Pido a usted perdón por esta digresión sobre arte, pero la considero necesaria, pues de ella surge netamente la superioridad de Marlene Dietrich sobre la actriz sueca.

Y es que cada vez que he visto una película de Greta Garbo, he tenido la impresión, de que sus gestos eran medidos, estudiados y que eran incapaces de extralimitarse, porque por sobre todo, y antes que nada, la suprema preocupación de esta actriz, es la de no perder la línea, la de no aparecer incorrectamente (artísticamente hablando, se entiende) ante el público, ni aun en el tedioso desaliño de su Anna Christie, donde su interpretación artística es a mi juicio la más humana.

En cambio, Marlene Dietrich me ha producido siempre una impresión profunda, que no acertaría a definir; algo así como si recibiera un latigazo en pleno rostro, al sentir que ella impone, sobre su belleza física, sobre la atracción irresistible que ejerce como mujer, y sobre la pasión que a su paso despierta, su voluntad y su capricho. Es Marlene Dietrich, la mujer a quien quisiéramos amar, porque su conquista y posesión nos incita a la lucha (que es vida), siendo por lo tanto, su inspiración dinámica y activa, ya que en nuestro afán buscaríamos superarnos, para ofrecerle a nuestra amada, lo mejor que podamos conquistar, y lo mejor de nosotros mismos. En cambio, Greta Garbo nos da la impresión de ser la mujer a quien sólo puede querer un temperamento enfermizo (como el de Amil, por ejemplo), que ama a la mujer, porque se le insinúa como una diosa, pero que al punto dejaría de quererla y se disgustaría enormemente, si viese a su ídolo entregado a la prosaica tarea de comer.

MARCUS SLAVEN.
Petrópolis 866. Rosario.

(DEBIDO AL EXCESO DE CARTAS RECIBIDAS PUBLICAMOS DOS A UN TIEMPO)

★ ¿Quién le ha dicho que a mí me gusta coleccionar mechones de cabellos? ¡Nada de eso! ¿O es que me ha tomado por una adivina y quiere que por los que me ha enviado le adivine el porvenir? ¡Sí que estoy arreglado con las lectoras que me han tocado en suerte! ¡Cualquier día son capaces de mandarme sus medias para que se las zurza por ellas! Bueno; de esas tres mujeres, **JEANNETTE MAC DONALD** es la del medio. **MONA MARIS** mide m. 1.65 y puede escribirle a Fox Studios, 1401 N. Western Ave., Hollywood, California, en castellano. A **LUPE VELEZ** en el mismo idioma a Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. Y que le vaya bien.

a **Kikita.**

★ **BARBARA BEDFORD** hace ese papel en **Sunny**. **RENEE ADOREE** es francesa, de Lille, donde **nació el 1º de septiembre de 1901.** Su verdadero nombre es Jeanne de la Fonte, y está divorciada de William Sherman Gill y de Tom Moore. Puedo asegurarle que Hollywood está plagado de academias cinematográficas. A **POLA NEGRI** pronto la veremos en varias parlantes. En **El rey vagabundo** actúan **DENIS KING, JEANNETTE MAC DONALD, LILLIAN ROTH** y **WARNER OLAND. ANN CHIRSTIE** fué dirigida por Clarence Brown y adaptada de la novela de Eugene O'Neill. Y para la próxima le ruego que no sea tan pródiga en hacer preguntas.

a **Nabucodonosorita.**

★ Comprenderá usted que darle aquí una explicación detallada de cómo se hace para filmar los dibujos animados sería imposible por la carencia de espacio. Sin embargo, en el número 1141 de la revista "El Hogar", perteneciente al 28 de agosto último apareció un artículo en que el dibujante argentino Quirino Cristiani da una explicación muy buena sobre este asunto, ejemplar que podrá comprar en esta administración. Ralentisseur es un aparato que modera y hace más lento un movimiento vivo. Así, luego que la película ha sido filmada a una velocidad vertiginosa se pasa con el ralentisseur y los movimientos son entonces graduados conforme se desea.

a **D. Cutri.**

★ Se ha equivocado, lectora. Porque yo no soy alto, ni buenito, ni simpático. En lo único que ha acertado usted fué en decirme que debo tener ojos de pordiosero, pues, en efecto, los tengo. Y mis ojos, pordioseros como son, le ruegan encarecidamente que para la próxima no vuelva a poner "aserle" por "hacerle", porque eso es horrible. Me alegro que ame tanto a **JOSE CRESPO**, pues ahora que el pobrecito se ha quedado sin contrato, buena falta le hará el consuelo de una porteñita que sepa "aserle" olvidar sus penas. Su foto irá pronto, pues tengo ya varios pedidos iguales.

a **Soy buena yo también.**

★ Pero ¿es posible que mis clientas mendocinas crean aún en ese cuento andaluz referente a la muerte de **MONA MARIS**, de su casamiento, de sus amores con **MOJICA** y otra serie de rarezas más? ¡Sí que vamos bien! ¡Y luego, cuando yo insinúo la posibilidad de que el vinillo que por allí se hace las tenga a mal traer, en seguida se ofenden, chillan, mandan cartas llenas de reconvenciones y hasta me desafían a pelear! Acabemos, pues, y no creamos en semejantes habladurías. **JORGE O'BRIEN** no habla castellano. **POLA NEGRI es polaca, de Bromberg, donde nació el 3 de enero de 1897.** No le aconsejo que confíe en la televisión para poder verme cuando me hable por teléfono. ¡Con decirle que ya me están instalando un teléfono especial en el sótano de la redacción para poder hablar sin que nadie me vea la cara!... ¡Que ya bastante me la ven cuando me escriben!

a **Una mendocina valentina.**

★ La última de su **RAMON NOVARRO** es **Al despertar**, con **HELEN CHADLER**. Actualmente filma **MATA HARI** con **GRETA GARBO**. En efecto, comparto su opinión sobre su hermosura. **ROBERTO REY nació en Valparaíso (Chile), el 15 de febrero de 1903.** Gracias por calificarme de amable. ¡Cómo se conoce que es la primera vez que me escribe! ¡Porque por regla general las lectoras a la tercera carta que me envían ya me ponen de vuelta y media, diciéndome que soy un desatento, que no tengo educación para tratar con las damas, etcétera, etc.!

a **Diez y seis abriles.**

★ La divorciada, con **NORMA SHEARER, CONRAD NAGEL** y **ROBERT MONTGOMERY** fué dirigida por Robert Z. Leonard y estrenada en Detroit (EE. UU.) en abril de 1930. **CONSTANCE TALMADGE nació en Brooklyn (Estados Unidos), el 19 de abril de 1900**, y actualmente está casada con Townsend Netcher. La versión inglesa de **El cuerpo del delito** la hicieron **WILLIAM POWELL, NATALIE MOORHEAD, EUGENE PALLETTE** y **PAUL LUKAS.**

a **Te conozco.**

La naturaleza hace nuevos cutis

(Del "Family Physician")

Es sabido que la piel humana constantemente sufre un proceso de desgaste y renovación. Cuando se avanza en años o la vitalidad declina, dicho proceso se entorpece. Entonces la piel mortecina y gastada permanece tanto tiempo adherida que las personas se ven con decepción cada día más avejentadas por el mal aspecto que presenta un rostro surcado por arrugas y manchas. El sentido común enseña que es inútil pretender revivir con cosméticos o polvos un cutis ya gastado y descolorido. No hay en tal caso procedimiento más acertado que el natural, que consiste en quitar la piel mala. Se ha probado que la cera ordinaria mercolizada, tiene la propiedad de absorber la piel debilitada, y lo hace en partículas tan pequeñas y en forma tan suave y gradual, que no causa molestia alguna. La cera mercolizada — que se puede adquirir en cualquier farmacia — se usa por las noches los mismo que si fuera cold cream y se retira a la mañana con un poco de agua caliente. Si quiere Vd. poseer un cutis hermoso, rosado y fresco, ponga en práctica este sencillo procedimiento.



Desde entonces, Olaf le buscaba, y una noche, después de dos años, le encontró al fin en un café cantante del puerto de Veracruz.

La venganza

Un cuento del mar de

Gente ruda del mar se mueve en esta narración de la escritora argentina, quien describe con certeras pinceladas la existencia dramática de los marinos que sienten las pasiones con la violencia de las tempestades del océano. Olaf es uno de los hombres que viven para satisfacer una venganza, y cuando se presenta la ocasión, pagan con su vida el no haber sabido perdonar.

I

TAL vez sin el barco, hubiera llegado a olvidar; pero cuando veía de lejos la arboladura escueta del velero, con sus jirones de tela podrida como pingajos de carne pegados a los huesos amarillentos de un esqueleto, sentía revivir todo su odio y se juraba una vez más incendiar "aquella puerca carroña" el día en que hallara "la mecha".

Y en verdad el barco estaba inmundo; se le adivinaba podrido a pedazos, minado por las ratas que trepaban por el palo de trinquete o hacían equilibrios en los estayes; crujía a cada embate de las olas, y en torno suyo abríanse en el agua ojos tornasolados. Entre Olaf y aquel velero había una historia, la historia que le había descalificado ante la prefectura del puerto de Brownsville, del que fué vigilante de costas varios años. Desde aquella vergüenza, lo único que sostenía a Olaf era la esperanza de hallar al patrón de la nave, prófugo en algún estado mejicano, y con aquella esperanza el sueco buscaba por los ínfimos cafetines del barrio de Pasteles.

—¡Por mi oreja! — exclamó Olaf después de tres o cuatro libaciones. — Cuando lo encuentre, él y su maldito "Zambo" van a iluminar el puerto lo bastante para que podamos ver desde aquí las ratas del castillo de San Juan.

Y amenazaba con el puño — en alguna parte — al patrón del "Zambo Prieto", un mulato del Sur, famoso un tiempo bajo el apodo del "Manchao Herreros".

Hamersho no era un desecho del mar; no era uno de esos hombres a quienes el mar toma, estruja y vomita luego a la costa y que pululan por todos los puertos del mundo, conservando en tierra el andar inseguro que aprendieron en la bruñida superficie de las cubiertas.

Había obtenido en Goteborg su "brevet" de capitán y en sus mocedades hizo por cuenta propia, con un lindo barco, viajes comerciales a Zanzíbar, a Marsella, a Pandag. Sobre el blanco raso de su piel llevaba tatuada en finos hilillos azules una serpiente que cobraba vida con cada uno de sus movimientos. Y el ofidio simbólico que, rodeándole, apoyaba su cola en los riñones y abría la boca en su garganta, fué durante algunos años la fascinación de cierto elemento femenino de todos los puertos, desde Nain a Santo Domingo, y desde Mombasa a Bombai. Pero su barco tenía mala suerte; cuando él lo compró se lo advirtieron: había arruinado a dos representantes del pequeño comercio marítimo y él fué la tercera víctima de "La Muette". En cuatro o cinco viajes a las Bocas del Misisipí, hubo que rematarlo a causa de un cargamento averiado de algodón y conchas de tortuga. Entonces juró no volver a su patria y aceptó un puesto de vigilante de costas. Pero apareció el maldito "Zambo Prieto" y todo comenzó a andar mal.

La cosa ocurrió a comienzos de 1912. Repentinamente se advirtió en las ciudades portuarias norteamericanas un aumento periódico de población china. Sin embargo, la inmigración amarilla estaba muy restringida. Se sospechó de algunas embarcaciones y se recomendó su captura. La cosa se calmó unos meses, se relajó la vigilancia, y al cabo, con más intensidad aún, volvió a verse hormiguear por las calles grupos de pequeños seres silenciosos, que desaparecerían en los trenes, se instalaban tras el mostrador de los "bares", en las piletas de los fregaderos, tras los cristales de las lavanderías, y que transformados, en pocos meses, comenzaban a balbucir un inglés invertebrado. El contrabando de chinos era un comercio apetecido y peligroso, pero no imposible. Se hacía, generalmente, con transbordo en puerto intermedio de barcos procedentes de Tient-Tsien o Che-fu, mediante el pago adelantado, en oro por cabeza y "sin responsabilidades"; después, los veleros encargados de esto, declarando un cargamento de seda cruda o de pantallas pintadas, llegaban hasta las cercanías de la costa americana, arribaban a uno de los escarpados islotes o arrecifes en

de OLAF

PILAR DE LUSARRETA



aguas de Méjico y se desembarazaban allí, llegando al puerto con su inocente y declarado cargamento.

Por lo común, los pasajeros subrepticios ganaban la frontera a nado o emprendían a través de la costa una peregrinación terrible; muchos perecían, o, desanimados de lograr su intento, se ahogaban voluntariamente en aquella prisión de rocas; pero la mayor parte pasaba. El "Zambo Prieto" era una de las embarcaciones sospechadas, pero no podía probársele nada; seguía yendo y viniendo, grácil, desenvuelto, casi burlón. De su patrón, "Machao Herreros", se tenían los peores antecedentes. "Capaz de meterle a uno el machete en la espalda mientras le abraza." Olía a rosas desde lejos, tenía los dientes blanquísimos y pies y manos "de mujer". Jamás se dejó apresar por las mallas que le tendían las comisarías de todos los puertos donde tocaba con su barco. Y fué precisamente a Olaf a quien se encomendó "agarrarlo en alguna". Se odiaban sin motivo, casi podría decirse por presentimiento. Y la sangre de los Vikings que corría por las venas de Olaf le despertó un entusiasmo de señor medioval por aquella cacería marítima. La cosa comenzó a obsesionarlo y se portó con torpeza; acosaba al barco con múltiples visitas y el "Manchao" estaba siempre en regla.

Entonces Olaf no tenía más remedio que extenderle el certificado, amenazando con su puño enorme, como la maza de Hércules, los dientes albos del sonriente mulato.

Olaf comenzó a beber mucho; Jackson, su segundo, solía calcular el número de días que con aquel combustible en el estómago ardería una mecha metida en su boca. Hasta se llegó a sospechar que entre Herreros y Olaf hubiera, pese a su aparente odio, un acuerdo para negociar. Y la cosa llegó a sus oídos.

— Esto es lo que nunca se me hubiera ocurrido de un compañero, Jackson — dijo, escupiéndose en las manos. — La gente es perversa en estas latitudes.

Un disgusto cósmico saturó su corazón, y, como era parco en sus palabras, lo expresó durante varias horas, escupiendo ruidosamente cada vez que pensaba en aquello.

II

Una noche Olaf Hamersho mandó al piloto virar y dar contramarcha. Acababa de reconocer al "Zambo Prieto" evolucionando a poca distancia de la costa de Veracruz. La luna blanqueaba la cresta de las olas mirando a través de un marco de nubes espesas. Olaf no apartaba el rostro de su anteojo y gritaba impacientemente:

— ¡Vamos, vamos, ahora o nunca!

— Pero es que está en aguas mejicanas — objetó Jackson.

— No me importa. ¡Vamos!

El guardacostas avanzaba directo como una bala hacia el velero, en el cual se advertía cierta inusitada actividad. Pero entonces — como hecho adrede — la luna se ocultó. La noche era cálida, un séquito de corceles de espuma seguía la lancha y un trueno retumbó, mientras, semejante a una manada de elefantes que barritara enfurecida, las tronantes nubes cubrieron el cielo. Luego un chaparrón ceñido abrillantó las cubiertas y hubo que bajar apresuradamente por los impermeables. Cuando Olaf se abrochaba bajo la barbilla el último botón, aseguró que esa vez no se le escaparía. En el mismo instante, el guardacostas llegó, se emparejó al velero y ambas naves chocaron, provocándose. Allá abajo, se oyeron gemidos débiles que pusieron de punta los cabellos del escandinavo; pero, ante todo, estaba el deber. Con sus dos oficiales saltó a bordo del "Zambo". El "Manchao" fumaba, protegiendo con la mano la brasa de su cigarro de chala. Lo recibió cortésmente, como si viniese a visitarlo, y lo invitó a pasar. Durante dos largas horas Olaf Hamersho recorrió el barco desde el botalón al palo de cangreja y de la popa a la proa, sin hallar nada de lo que buscaba. Sólo cuando, ya en el guardacostas hacía conjeturas, advirtió unos cables tensos que pendían de las dos bandas del velero; pero estaba rendido y no hizo caso, y tras de beberse media pinta de pulque, se echó sobre la hamaca y se durmió.

A la mañana siguiente supo que otro guardacostas había logrado atrapar, por fin, al "Zambo Prieto" con un pasaje de ochenta y dos chinos a bordo. El patrón escapó a nado y no pudo dársele caza. Hamersho trató de explicar que, sin duda, cuando él había entrado a bordo, los chinos estarían "como puercas ristras de cebollas colgando de los cables"; no le contestaron nada, pero alargándole una renuncia muy bien redactada, le ordenaron firmar.

III

Desde entonces, Olaf le buscaba, y una noche, después de dos años, le encontró al fin en un café cantante del puerto de Veracruz. El "Manchao" estaba, lo que se dice, venido a menos. Llevaba el pelo sobre los ojos, un pañuelo sucio anudado a la garganta y entre sus bonitos dientes de mazamorra había uno negro y a medias consumido. Olaf se acercó a él, casi con simpatía por hallarle al fin.

Al encontrarse, los dos evocaron tiempos mejores; se dieron la mano, hablaron y bebieron, de codos en el mostrador de cinc. Y en seguida, con esa confianza que otorga a los hombres la borrachera en común, el "Manchao" comenzó a relatar la historia de sus días de tierra. Había pasado unos meses en Jalapa, en una plantación; de allí se fué a un cultivo de vainilla en Papantla, donde le dieron las fiebres; luego, probó el comprar cerdos e ir a Chipunguso a venderlos. Una ganancia miserable.

—La tierra es avara, vulgar, monótona como una mujer...

Ahora había vuelto con proyectos..., pero no los diría. Necesitaba un compañero, porque él sólo no podía realizar nada.

—¿Un compañero? Si quisieras...

—¿Qué estás pensando?

—Podría ser yo...

—Necesito una lancha y...

—Yo tengo un bote a nafta — tentó Hamersho.

Había en todo aquello un cargamento de fusiles y pólvora con destino a Maraibo.

—Buen negocio.

—Mejor que con los chinos y menos peligro — terminó Herreros.

Entonces comenzaron por las noches a reparar el "Zambo". Hamersho figuró como capitán y obtuvo en Veracruz los derechos. Y mientras tanto Herreros iba y venía con la lancha, alojando en la sentina grandes cajones, barriles de agua y cerveza. Persiguieron las ratas, calafatearon la bodega, que había agua a babor, y con el último clavo, Herreros remachó su triunfo y volvió a ser fanfarrón y arrogante.

Al cabo de un mes hasta pareció que le volvía a blanquear el diente. Y listo el barco, una noche concertaron partir a la otra mañana. La tripulación — tres hombres además de ellos dos — estaba ya apalabrada. Hammersho y Herreros dormirían ya a bordo esa noche. El sueco, apoyado en la borda, miraba el creciente de la luna que parecía próximo a segar con su hoz la cosecha de estrellas; estaba impaciente por la partida del barco, y, en verdad, casi había olvidado sus propósitos de venganza. Oyó un cauto pisar de pies descalzos y se volvió. Era el mulato que traía un porrón en la mano.

—No podemos marcharnos sin beber un trago. ¡Por ti, Hammersho!

Aplicó su belfo redondo al gollete de la botella, y después la alargó al sueco; pero éste, antes de beber, la repasó cuidadosamente con un pañuelo sucio. Un rato después, a favor de la ligera inclinación de la nave, el parrón vacío rodó de banda. Y mientras tanto Herreros desplegaba ante su compañero, como un tapiz de muchos dobleces, el proyecto de su viaje. Cuando doblaran el Estrecho de Florida, entonces es cuando comenzarían en verdad a vivir.

—Has hecho tu suerte encontrándote conmigo; eres un verdadero marino, y cuando te conocí, ¿cómo estabas? Siempre a cuatro brazas de la costa... ¡Es como quererse bañar y andar con el agua por el tobillo — dijo.

—El mar es hermoso — suspiró Olaf.

—El mar y los puertos. Llegar es magnífico, y sólo marcharse es mejor...

Soñó cada uno en sus recuerdos: perfumes de mujeres, sabor exótico de cocina, visiones fugaces...

¡Volver a todo aquello en vez de la miseria de la vida en tierra!

Herreros se rió:

—¿Qué piensas?...

—En cosas...

—Yo también pensaba... ¿Quién te hubiera dicho que habías de ser mi segundo?

Hamersho sintió, en un instante de lucidez, que aquel hombre se adueñaba de su voluntad, que sería su esclavo, que le hundiría en el crimen y en la abyección si no procedía enérgicamente. Y el otro continuaba con su voz burlona:

—Ya ves que no andaban tan descaminados los "perros" del p u e r t o cuando te echaron por mí...

Aquello le perdió, porque Olaf recordó sus juramentos.

—Sí, andaban descaminados, porque lo que yo voy a hacer es matarte, ¿sabes?

Y con su mano enorme asió el cogote débil del mulato y de un empujón le hizo soltar el cuchillo que el otro había desenvainado, y que fué a hundirse en el mar como un inofensivo pececillo volador.

—¡Te voy a atar como un salchichón! — aclaró, y asiendo con la mano libre una cabo de amarra y pasándoselo al cuello, comenzó a hacerle lazadas alrededor del cuerpo en el palo de trinquete. El otro, estupefacto, forcejeaba.

—¡Pierdes tu suerte, imbécil! — alcanzó a gritar antes de que la soga le apretara la garganta.

La lengua empezó a ponérsele hinchada y amoratada. Hamersho cantaba mientras le sujetaba con un bonito nudo de su invención. Después trajo de la cala un barril de nafta y regó la cubierta, como se hace en los veleros para matar las pulgas, y luego, asiendo los cables del lanchón al velero y descendiendo a éste, comenzó a remolcarlo a toda marcha, a llevarlo lo más lejos posible del puerto.

La noche era serena y cálida; al cabo de media hora de marcha, Olaf pensó que era tiempo de proceder.

Hizo fuego con su yesquero, se acercó a la borda y arrojó sobre la cubierta su camiseta de lana mojada en nafta y encendida. Después cortó la amarra y desde su lancha se puso a mirar, sin alejarse mucho, cómo el fuego corría y crecía a bordo.

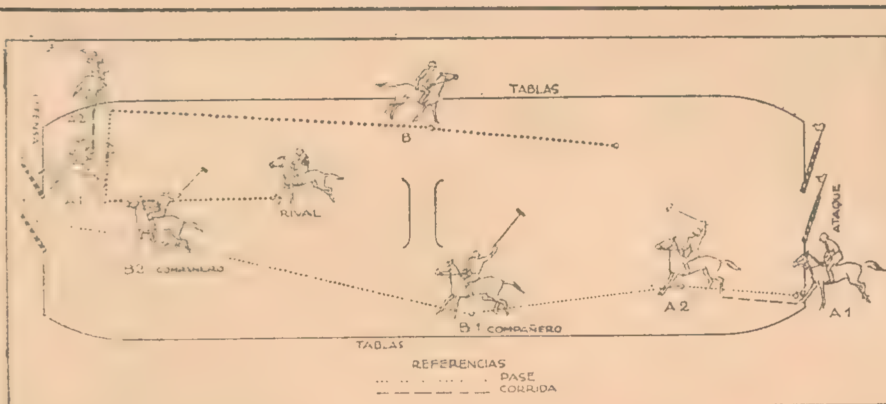
Grandes llamaradas que parecían perderse en la noche iluminaron el barco, crepitaron en las amuras, chasquearon en los palos, lanzando al espacio estrellas rojas, y luego, una sola llama lamió con sus cien lenguas ardientes el aire.

Olaf había parado el motor de su lancha. Si hubiera tenido alguna ilustración histórica, acaso hubiese echado de menos la lira, pero toda su ciencia era náutica y se contentó con silbar un aire melancólico.

Y fué, precisamente, cuando Olaf Hamersho, el antiguo y feliz muchacho, comenzaba a renacer de aquella catástrofe, que en las entrañas del velero hubo un trueno, un estallido formidable: el estallido de las quinientas cajas de pólvora con destino a Maraibo...

Olaf había olvidado aquello, y cuando advirtió su error, volaba ya despedazado por el espacio y arrastrado por la explosión.

FIN



MI JUGADA FAVORITA

Por MANUEL ANDRADA

El gran capitán del famoso equipo de polo Santa Paula, que tanto prestigio goza en Estados Unidos, en donde demostró en varias ocasiones los valores, capacidad y poder del polo argentino, es uno de los jugadores de más fama en el mundo. Entre nosotros Andrada es el as, y tiene reservado en el corazón del pueblo, que lo admira y quiere, un lugar pocas veces conquistado por los cracks. Es su ídolo y hasta su genuino representante, porque el Paisano, como cariñosamente se le llama, nació y vivió la vida de esos héroes humildes e ignorados de nuestras pampas, que sin cesar laboran el prestigio de esas caballadas que tanto admiran los expertos extranjeros, y que, en polo constituyen más del cincuenta por ciento del éxito. El gran "polero" argentino, que es un back formidable, posee características especiales, netamente propias. Desde su puesto de defensa, y hallándose en plena labor, trueca repentinamente su misión para convertirse en un delantero tan peligroso, que sus rhuses no solamente son sorprendentes, sino también emocionantes, porque en el ataque Andrada es algo así como un torbellino que marcha derrochando vigor, pujanza y destreza, buscando la meta con tanto denuedo, que ha de convertir el tanto que busca.

Esa su enorme intrepidez, su valentía y coraje son cualidades preponderantes y merced a ellas pudo consagrarse entre los más afamados jugadores del polo universal.

Instado por nosotros para que explicara desde estas columnas cuál era la jugada que más le agradaba realizar durante el juego, Andrada lo hace con placer, y en vez de una, explicara líneas abajo dos, defensiva una y la otra de ataque. Cedemos, pues, la palabra a quien cabalgando sobre briosos fletes argentinos en campos estadounidenses, ha sabido colocar bien alto los valores, capacidad y técnica de nuestro polo, y a la vez testimoniar la superior cualidad de las caballadas criollas.

"Todos los polistas tienen marcada preferencia hacia el palo o tiro por derecha, en situación de ataque, tomando la bocha por el lado derecho de su caballo. Yo, por mi parte, prefiero, en el ataque, mover la pelota con un dribbling corto de un par de metros, más o menos, para orientarme hacia el goal o hacia mis compañeros mejor colocados, y recién entonces pegar el segundo shot con gran potencia. Esta es una jugada que al par que permite avanzar un poco más, da oportunidad de efectuar el tiro para que pueda ser aprovechado inmediatamente.



"Estando la defensa, y en peligro el goal defendido por mí, prefiero al entrar en posesión de la bocha, en lugar de rechazarla inmediatamente, lo que puede dar ocasión a un adversario para apoderarse nuevamente de la pelota, cortar a la derecha, como ilustra la figura uno, volcando el caballo hacia afuera, antes de pegar. Este es un shot que deja sin chance al adversario, ya que es muy difícil hacer goal desde ese ángulo tan pronunciado en que queda la bocha, y permite también devolverla al centro de la cancha, con el máximun de seguridad y eficacia."

EL LAGO TRAGICO

(Continuación de la página 31)

—Y entonces descubrió usted que la señorita Margarita tampoco estaba en su habitación. ¿No es eso?

Ana no fué capaz de contestar y se limitó a hacer un nuevo signo afirmativo.

—Hay algo más aún, señora Ana, que necesito preguntarle — prosiguió Dale gentilmente. — El domingo por la noche cuando Geraldina y yo llegamos, vimos que se hallaba usted muy asustada. ¿Por qué?

—Me hallaba en una de las puertas traseras de la casa cuando de improviso — la joven comenzó a temblar ante tal recuerdo — vi el caño de una escopeta que me apuntaba. Sobresalía por entre dos barrotes de la puerta y me apuntaba directamente a mí.

Rompió a llorar y su esposo se le acercó. El interrogatorio había terminado. Silvano acompañó a su mujer hacia arriba seguidos por la viuda de Pedro y Felipe. Dale se volvió hacia el policía.

—Ya lo ve usted, Pedemonte — ex-

Cuando empieza a haber granos

Cuando los granos, forúnculos, etc., hacen su aparición, ya hay para una larga temporada, pues los unos se suceden a los otros sin interrupción. Sépase que estas afecciones son originadas por la sangre sucia o viciada y que el modo más rápido para librarse de ellas consiste en depurar la sangre mediante el azufre termado, fácil de tomar y de seguros resultados.

La época actual es la más indicada para iniciar el tratamiento.

El azufre termado es de agradable sabor y se puede tomar solo o mezclado con miel o agua azucarada; no exige régimen ni otras molestias y no sólo limpia la piel de granos y demás impurezas, sino que corrige la causa de estas afecciones.

clamó. — Nadie se hallaba en la casa cuando Pedro Gutiérrez fué muerto. Es extraño, ¿no?

Esa noche las pesquisas no adelantaron absolutamente nada. A la mañana siguiente Dale, que ya tenía su teoría formada, puso en práctica el plan concebido en su habitación. Una entrevista a solas con Felipe fué su primer paso.

— Fué usted muy inteligente ayer — admitió Felipe cuando ambos se encontraron en el jardín. — No haría usted un mal abogado.

— Es posible — contestó Dale con naturalidad. — Empezaré por asegurarle que no creo en lo que declaró anoche. Es posible que Ana también crea lo mismo. Ella probablemente sabe que las personas que conversaban en el jardín anoche eran la esposa de Pedro y... usted.

— El señor parece muy amante de meterse en asuntos que no le pertenecen.

— Y hasta estaría por decir — prosiguió Dale — que Ana sabe que usted estuvo en el lago el sábado por la noche.

—¡Me parece que ya se está usted yendo demasiado lejos!

— No tanto como se imagina, Casanovas. ¿Ve esto? — Dale sacó algo de su bolsillo. — Es la colilla de un cigarrillo de los que fuma la esposa de Pedro. Me tomé la molestia de recogerlo en el islote, y de inmediato supuse, como es lógico, que esa mujer jamás se atrevería a hacerse ver con usted a la luz del día, máxime después del descubrimiento del crimen.

Casanovas empalideció de ira. Sus puños se cerraron y por un momento Dale creyó que sería atacado, pero no fué así.

—¡Tenga cuidado de no ir demasiado lejos con sus averiguaciones!

Diciendo esto, Casanovas se volvió y entró en la casa. Dale vagó pensativo por el jardín y luego entró también. Se paró ante la puerta de la habitación de José Silvano y golpeó. Después de un momento la puerta se abrió impulsada por José.

— He venido a hacerle algunas preguntas, señor Silvano — y sin más preámbulos Dale entró.

— Hablando de todo un poco. ¿Usted confía en Casanovas?

— Era el abogado de Pedro, no mío. Eso es todo lo que puedo decir.

— Está bien, pero no es eso a lo que he venido realmente, sino a hablarle del joven Jorge, el hermano menor de Geraldina. Puedo garantizarle que todo el dinero que él le robó a Pedro y por consiguiente a usted también, le será devuelto si no lo persigue usted ante la ley. Por otra parte, es necesario tener en cuenta su poca edad. ¿Usted no cree que él sea inocente?

— Tanto como eso, no. Fuera de toda duda, creo que lo declararán culpable.

—Perfectamente, Silvano. ¿Cómo andan los negocios de Pedro actualmente? ¿Todos en orden?

— Nunca han estado mejor.

Dale no permaneció allí mucho más tiempo. Bajó, y en la biblioteca halló a Jorge, trabajando en papeles y cartas que Pedro había traído pocos días antes.

— Jorge — dijo Dale luego que se hubo sentado a su lado. — Estoy ansioso por saber cómo hacía usted para... para quitarle el dinero a Pedro.

— No era muy dificultoso — contestó el joven. — Él lo dejaba todo en mis manos. A veces compraba gran cantidad de mercaderías y me dejaba cheques firmados en blanco. Yo los llenaba con la cantidad que había que pagar. Y como él nunca veía las mercaderías que entraban...

— Pero eso tarde o temprano tenía que descubrirse.

—¡Oh, por supuesto! Yo ya lo sabía. Pero para eso tomaba mis precauciones. ¿Ve esto factura? Está dirigida al Banco Nacional, que la recibió ayer. La cantidad estipulada por la compra son cincuenta mil pesos y yo le hice firmar a Pedro el cheque por sesenta mil, suponiendo que él no recordaría la cantidad exacta por haber arreglado el precio hace ya más de tres semanas. Pero lo cierto es que esta vez fracasé. Le di el cheque el sábado por la tarde para que lo firmara, pero el entró en sospechas. Supuse que se dirigiría al banco, pero, aunque a usted le parezca mentira, Pedro no me dijo una sola palabra.

— Y los del banco cuando no se les paga con prontitud en seguida se quejan, ¿verdad?

—¡Oh! De inmediato. Por lo regular envían a un mensajero con la factura.

Dale entretuvo el resto de la mañana en la casilla, haciendo una cuidadosa inspección. Nada encontró sin embargo de nuevo. Nada de importancia aconteció hasta la siguiente mañana cuando Jorge, a la hora del desayuno, entró corriendo en la casa, diciendo que un cuerpo acababa de ser encontrado en el lago flotando en sus aguas. ¡Y era el cuerpo de Ana, la esposa de Silvano!

Cuando el cadáver fué traído a la casa se produjo una gran excitación, que impidió a todos darse cuenta de que José Silvano no se hallaba presente. Fué Dale quien se dió cuenta primero. Se le llamó a grandes voces, pero no aparecía. Su habitación tenía la puerta cerrada, pero sin llave. Cuando Dale y Pedemonte entraron en ella la encontraron vacía, pero, cosa extraña, la luz se hallaba encendida y las cortinas de las ventanas, bajas. Buscando en todos los rincones, Pedemonte llegó hasta la puerta de un pequeño armario que también encontró cerrada. Sobre la mesa, en el centro de la habitación, había en lugar visible una pequeña llave. El policía la tomó y probó en la cerradura del armario. Correspondía a ella. Pero al abrirse la puerta pudo verse en el interior un cuerpo atado. ¡Era José Silvano! Pronto fué librado de sus ligaduras. Su frente presentaba una tumefacción. Algunos instantes después pareció volver en sí, pues se hallaba semiinconsciente.

—¿Ana...? ¿Dónde está Ana? — fué lo primero que exclamó.

Nadie le contestó. Pedemonte, tratando de alejar tal idea del cerebro de José, lo interrogó.

—¿Cuándo sucedió esto?

— Anoche — contestó el herido. — Bajé para buscar un cigarrillo. Mi esposa se había ya retirado. Apagué la luz porque dijo que quería dormir. Quince minutos después regresé... y en la obscuridad algo golpeó mi cabeza. Perdí el sentido y volví en mí.

Hizo una breve pausa, pero de pronto volvió a gritar.

—¿Dónde está Ana?... ¡Ana! ¡Ana!

Un gran silencio invadió por un momento aquella habitación. La mayoría de los huéspedes se hallaban ya allí. Nadie osaba decir a José la verdad.

— Ya debe usted de imaginarse lo que ha sucedido — murmuró Dale haciendo un gran esfuerzo.

—¡No comprendo!

— Coraje, amigo. Ella... ha muerto.

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

El golpe pareció ser demasiado rudo, pues se desmayó. Dale permaneció impasible. Todos se retiraron menos él. Pocos minutos después José recobró el conocimiento.

—¿Cómo? — preguntó débilmente.

— El lago... — replicó Dale.

José dejó caer ambos brazos extenuados. Inconscientemente comenzó a frotar las profundas marcas dejadas por las sogas en las muñecas. Dale bajó lentamente sus ojos. Sabía ahora quién era el criminal. Pero era demasiado terrible para creerlo. Un vampiro. Un perfecto vampiro. Un hombre que mata sin dejar huellas, con escopetas que no hacen ruido y que ahoga a una mujer en las horas de la noche, porque supone que ella sabe demasiado. Dale sabía ya quién sería la próxima víctima. Sería él esa víctima, porque sabía también demasiado. Salió al jardín. Necesitaba estar solo para meditar. Sabía que su parte más difícil en aquel crimen sería el acto mismo de desenmascarar al culpable. ¿Quién lo creería? Era realmente un estudio psicológico lo que él hacía. Tenía la seguridad de conocer al criminal, pero ¿quién le creería? Al entrar en la casa un mensajero llegó. Traía un telegrama dirigido a Robin Dale. Era la contestación de uno que él había enviado la noche anterior. Dale lo tomó y lo leyó. Al hacerlo no pudo evitar un gesto de repulsión. Era tal cual él lo imaginaba. Guardó el papel y entró en la casa. En la biblioteca encontró a Pedemonte reunido con cuatro de sus policías.

— Caballeros — exclamó, — creo que he descubierto al criminal. Necesito reunir a todos los que viven en esta casa, en el comedor. La solución es terrible y les aconsejo que una vez reunidos cierren perfectamente todas las puertas y ventanas. El criminal es un hombre desesperado que no vacilará en matar a cualquiera que intente poner coto a su libertad.

Dicho esto salió a cumplir la última misión que le restaba aún antes de desesmascarar al criminal.

¿Quién asesinó a Pedro Gutiérrez? ¿Quién mató a Ana? ¿Cómo se cometieron ambos crímenes? ¿Con qué motivos? ¿Quién atacó y ató a José Silvano?

Vea el lector en la página 59.



Cuento para los niños

Cómo se cambiaron un mono y un niño

Por ANTONIORROBLES

PUES, señor, este era el niño Cristalito, que vivía en un pueblo llamado Villaflor de los Jardines.

Le gustaban mucho las aventuras, y se iba a cazar lagartijas con una escopeta de madera y metiéndose la boina hasta las orejas, como si fuera cazador de osos.

Y, para viajar, una vez se metió debajo de un asiento del ferrocarril. El tren estuvo casi toda la noche en marcha, y cuando el chiquillo descendió por la mañana se encontró en la misma estación Villaflor de los Jardines, porque lo que había hecho el tren habían sido maniobras. ¡Pobre muchacho! Le dió tanta rabia como si le hubieran hecho burla sus compañeros de colegio.

Pero veréis lo que pasó una vez. Resultaba que por el pueblo de Cristalito pasaba todos los años, en otoño, un húngaro con un oso llamado Margarito y el mono Quesillo. Y resultaba que el mono era muy inteligente: bailaba al son del pandero, se sabía poner los auriculares de la radio y hasta se cosía unos pantaloncitos blancos con lunares rojos, que le ponían para bailar.

Cristalito sentía mucha envidia por aquel animalito, que en un año se recorría unas cuantas naciones; que veía chinos, negros, esquimales y todas las razas del mundo. Y una noche, estando el mono a la puerta de la posada de Villaflor comiéndose un queso de bola, se acercó Cristalito, haciendo como que se le iba su balón, con gajos de colores, hacia Quesillo, y le dijo:

—¡Ay! Perdona si te he pegado. Es que me ha salido una bolea demasiado fuerte. ¿Quieres venir a jugar conmigo, Quesillo?

Y el mono respondió:

—No puedo. Tú no te has dado cuenta de que estoy atado al tirador de la puerta con una cadena...

(Continúa en la pág. 55)

Nuevamente entre nosotros la "Sarmiento"



¡MAMA!...

El beso de la madre largamente esperado se hace realidad al llegar a la patria, después de haberla evocado tantas veveces frente a estos dos infinitos: el mar y el cielo.



Sobre la cubierta de la nave que ha surcado todos los mares, el flamante guardiamarina recibe el cariñoso beso de su madre, que con lágrimas en los ojos estrecha en sus brazos al hijo que vuelve con el bautismo del mar.



Aunque emocionada, la curiosidad femenina es tanta, que hace mirar al fotógrafo a esta novia o hermana del marino de la fragata, que siente brazos afectuosos alrededor de su cuello.



La gallarda silueta de la fragata "Sarmiento" atracando a nuestro puerto, donde corazones henchidos de emoción la recibieron alborozados, saludando una vez más a la nave escuela que todos los años da la vuelta al mundo.



Las primeras palabras con el pibe de la familia, que se vuelve todo preguntas y miradas en que chispea la llama de la admiración.

Fotos Padilla.

¿POR CUAL VOTARIA Vd. PARA





FEDORITA CABRAL, cuyas audiciones radiotelefónicas son escuchadas siempre con agrado.

Una fiesta muy simpática se realizará en estos días en uno de los principales teatros de la capital para elegir a la **REINA DEL TANGO 1931**. Esta elección va a ser hecha por el voto del público, que depositará en una urna el nombre de su cancionista predilecta.

Las más descollantes de nuestras intérpretes de la canción popular han prometido asistir a este certamen que por primera vez se efectúa en Buenos Aires. Y como los organizadores del acto cuiden bien todos los detalles de esta gran fiesta del tango, prevemos que el mayor de los éxitos ha de coronarla.

El tango se ha hecho ya alma de nuestro pueblo. Todo el mundo conoce cuáles son los últimos aparecidos y cuáles los que ya pertenecen a la guardia vieja. Las cancionistas gozan del prestigio envidiable de saberse admiradas por miles y miles de almas que siguen con entusiasmo el desarrollo de su carrera artística. Ellas tienen el poder de prender en el corazón una pena o una alegría con la letra de sus tangos meláncolicos y compadrones a la vez. Todo pueblo tiene su canción popular y sus dignos intérpretes, y nosotros también los tenemos. Es por eso que la elección de la **REINA DEL TANGO 1931** será todo un acontecimiento artístico y popular.

¿Por quién se inclinará el voto del pueblo? ¿Cuál de ellas será la que se honrará con el ansiado título? La elección es bastante difícil, pues ya contamos con una pléyade de cancionistas de méritos indiscutibles, y cada cual dentro de su manera o estilo representa una excelente intérprete del tango. El público, con su seguro instinto, acaso dará un fallo certero, mucho más que el que podría esperarse de un jurado que no siempre ofrece garantías de imparcialidad.

De todas maneras, bien venida sea esta fiesta del tango y ojalá pueda repetirse con éxito creciente todos los años.



SOFIA BOZAN está considerada como una de las primeras cancionistas, habiendo tenido igual consagración últimamente en el extranjero.

TITA MERELLO, cancionista y actriz, goza también de mucho prestigio como fiel intérprete del tango.



MARTA SWANSON ha actuado con éxito en compañías de revistas como "vedette".



MERCEDES CARNE es otra de las cancionistas que cuentan con muchas simpatías.



MERCEDES SIMONE ha triunfado desde el escenario y ante el micrófono, y es una de las que cuentan con más probabilidades de ser elegida reina.

"REINA DEL TANGO 1931"?



DORA DAVIS ha hecho una rápida carrera a través de la onda radiotelefónica, conquistando con su hermosa voz a millares de oyentes.



EVA IRIS comienza a crearse un nombre con sus actuaciones radiotelefónicas.



TANIA es otra de las buenas cancionistas que también se presentará a disputar el título de REINA DEL TANGO 1931.



ROSITA MONTEMAR, aplaudida cancionista que ha actuado en distintos escenarios.





VIRGINIA VERA, vastamente conocida por el éxito de sus interpretaciones, se presentará asimismo como una aspirante al título.



ROSARIO AGUEDA también se ha granjeado la admiración y la simpatía de los entendidos en el arte de la canción popular.

PEPITA CANTERO ha actuado como "vedette" de revistas y tiple cómica, destacándose asimismo como intérprete de la canción popular.



LIBERTAD LAMARQUE es otra de las intérpretes del tango que tiene muchas probabilidades para conquistar el título de REINA DEL TANGO.

NUESTRO GRAN CONCURSO ESCOLAR

SARMIENTO, el gran maestro americano

LOS PREMIADOS DEL INTERIOR



Patricio D. Rodríguez, de Lanús, alumno de tercer grado de la Escuela Nº 2 del Consejo Escolar V.



Ruperto Henjes, alumno de sexto grado, de la Escuela Centenario, de la ciudad de Paraná (E. Ríos).



Noemí María Zunilda Vetere, de Las Flores, alumna de cuarto grado de la Escuela Común Nº 1.



Dalia Azucena Troncha, de segundo grado, de la Escuela Nº 1, "Bartolomé Mitre", de la estación Bánfield.



Débora Ruth Coconi, de quinto grado, de la Escuela Nº 1, de Paraná (Entre Ríos).

LISTA DE HONOR

Margarita Haydee Troncha (Banfield), Rosa González (Capital), Carlos Agras (Capital), Ofelia Bernardello (Capital), Francisco P. Moreno (Capital), Manuel Merillas (Capital), Ricardo B. Zaina (Capital), Leonora Ciliberti (Capital), Rafael Seminara (Capital), Amelia Snidero (Capital), Hermina Conti (Capital), Marta Casas (Alberdi), Rolando René Donato (Capital), Flora Victoria Moreno (Villa Devoto), Julio A. Lapola (Capital), Ofelia Marcos Cambón (Mar del Plata), Horacio Giberti (Capital), Guillermo Pastor Taboada (Capital), Héctor Clavere (Rosario), Eduardo Brugo (Paraná), María Bergonzi (Charata, Chaco), Lía Ester Barzingette (Lobos), Clara Florencia Amézaga (Capital), Ana Romanoff (Capital), América Yolanda Salazar Repetto (Capital), Carlos J. Lotti (Capital), Carmelo Nicola Rodríguez (Santa Fe), Lucía Uroz (Capital), Aurora D. Quintana (Capital), Héctor Sánchez (Capital), José A. R. Valdés (Capital), Hilda Ledesma (Resistencia), Rosa Prado (Capital), R. Miguel Colombo (Capital), Alfredo R. Viscaya (Charata), Margarita C. Langoy (Santa Teresa), María Inés Ricci (Capital), María Malgariños (Capital), Francisco María Palermo (Capital), Juan R. Azqueta (Coronel Vidal), Elsa Ortigosa (Capital), Ernesto Menéndez (Capital), Carlos J. Salgado (Capital), Pura C. Muniagurria (Mendoza), Rosa Bruño (Capital), Juan Alberto Cociolo (Capital), Hebe Marta Fauchild (Capital), Juan Damián Ortigosa (Capital), Hilda Giuliano (Capital), Francisco Néstor Fuertes (Teodolina), Héctor C. Molinc (Capital), Luis Bergonzi (Charata), Amalia Ambrosini (Capital), María Emilia Otero (Sáenz Peña), José Antonio Curia (Capital), Delia J. Fernández (Florida), Justiniano Balmaceda (San Juan), Elsa Marta Mesquida (Capital), Angel J. Pérez (Cruz del Eje), Antonio Luis Cumini Sondero (Paraná), Juan Manuel Jozami (Paraná), Rosa Doterstein (Capital), Aralia Rosa Figueroa (Capital), Victoria Eugenia Oreiro (Capital), Julia Evangelina Salerno (Liniers), Aída Adela Villambrosa (Capital).

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre con ensalada. Bacalao a la española. Milanesas al gusto holandés. Tortilla de pescado. Fruta.	Sopa de gelatina a la maizena. Croquetas de arroz. Fritura de sesos. Jalea de frutas.

JUEVES

Almuerzo	Comida
Ensalada de langosta. Papas sopladas. Guiso de conejo. Puré de garbanzos. Duraznos en almíbar.	Huevos fritos con jamón. Guiso de pescado a la brasileña. Riñones saltados. Ciruelas confitadas.

VIERNES

Almuerzo	Comida
Macarrones al gratín. Berenjenas fritas. Bifes con apio. Postre de Naranjas.	Lomo con hongos. Espinacas con crema. Puré de coles de Bruselas. Bananas a la crema.

SABADO

Almuerzo	Comida
Perdices en escabeche. Sopa juliana. Puchero a la española. Costillitas de cordero a la papillote. Fruta.	Sopa de fideos finos. Hígado a la burguesa. Costillas de cerdo con puré inglés. Dulce de naranjas.

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Fiambre con mayonesa. Ravioles a la crema. Albóndigas de bacalao a la francesa. Ensalada de frutas.	Zanahorias a la Bechamel. Tortilla al ron. Pierna de cordero. Souflé au potiron.

LUNES

Almuerzo	Comida
Sandwiches. Calamares a la marinera. Croquetas de pollo. Fritura de sesos. Fruta.	Alcauciles a la Marechal. Costillas de cerdo con puré inglés. Lengua a la marinera. Dulce de naranjas.

MARTES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Sopa de puré. Ternera mechada. Merluza frita. Manzanas asadas.	Riñones saltados. Mondongo a la asturiana. Espinacas con jugo. Flan.

EL PLATO DEL DOMINGO

RAVIOLES A LA CREMA

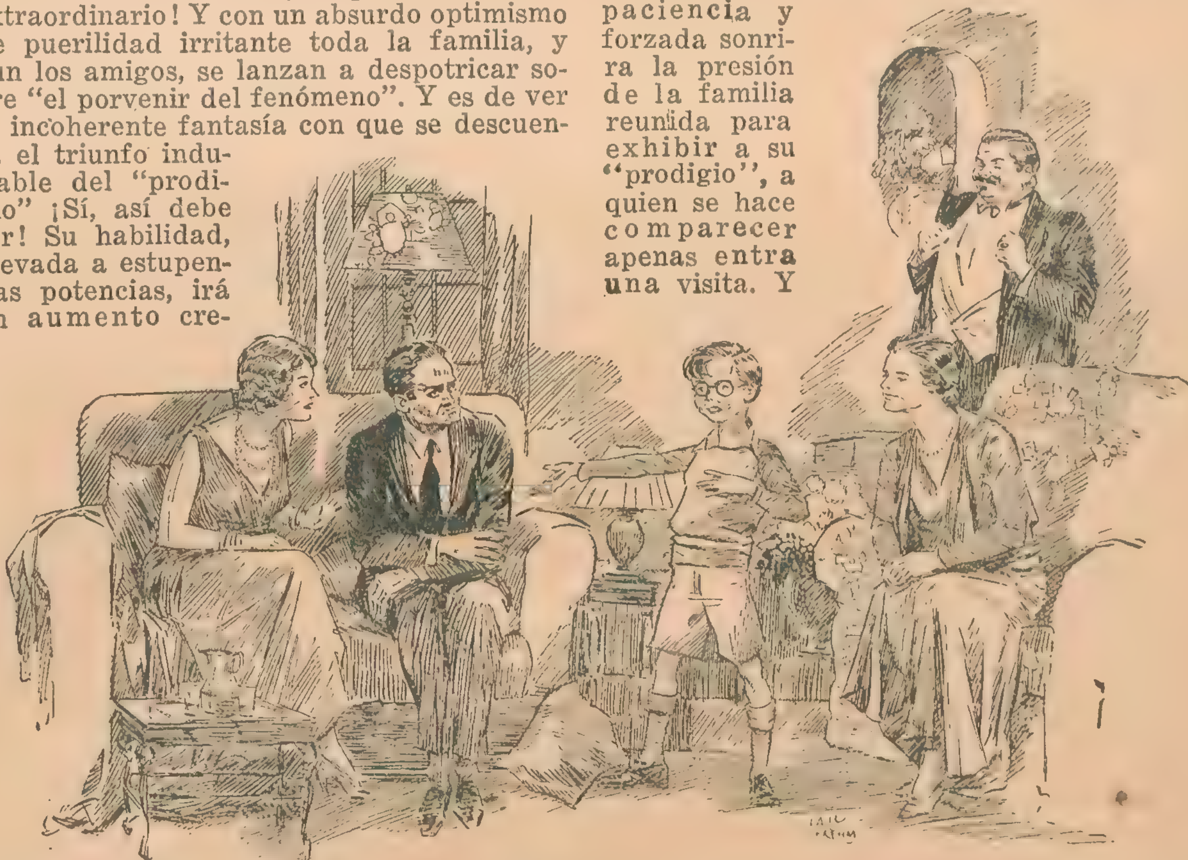
Empieza preparándose la masa con harina, manteca, una insignificancia de sal y muy poca agua. Se amasa y se extiende con el rodillo hasta que la masa quede reducida a su mínimo espesor. Aparte, se preparará el relleno con pedacitos de hígado de ternera, cocidos en la mañana del mismo día, miga de pan bañada en leche y escurrida después y un poco de tocino. Se harán unas albondiguillas que serán distribuídas equitativamente y a igual distancia unas de otras sobre una de las mitades de la masa. Dóblese y cúbrase la masa sembrada de albondiguillas con la otra mitad de la masa. Pásese el rodillo a propósito para cortar o córtese la masa entre los espacios rellenos. Pellízquense los bordes y póngase a cocer los ravioles en agua hirviendo y con sal; déjense cocer unos tres o cuatro minutos. Retírense del agua y déjense escurrir: llévense a una fuente, previamente untada con manteca derretida, y cúbranse con una buena salsa a la crema.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO, *por Misia Remedios*

En toda casa hay un "NIÑO PRODIGIO"

Si se lograran todos "los niños prodigios" que consagra la tontería incurable de los padres, es probable que viviríamos en un mundo poblado casi exclusivamente por genios. ¿Existirá alguna familia que no se envanezca de poseer uno de tales "niños prodigios"? Tal vez no. Generalmente, cada hogar se vanagloria de albergar el niño de genio precoz que honrará a la familia, que colocará muy alto, con su actuación, el prestigio y el nombre de todos. Para él son los mimos, las ponderaciones hiperbólicas, las desmesuradas alabanzas.

El "niño prodigio" tiene brillantes notas en la escuela; todas las semanas lleva a casa certificados sobresalientes de sus habilidades estupendas, de su memoria, sus dotes intelectuales o su habilidad... ¡Y hay que ver a los padres!... ¡Pero si aquella criatura es un fenómeno! ¡Un prodigio! ¡Algo extraordinario! Y con un absurdo optimismo de puerilidad irritante toda la familia, y aun los amigos, se lanzan a despotricar sobre "el porvenir del fenómeno". Y es de ver la incoherente fantasía con que se descuenta el triunfo indudable del "prodigio" ¡Sí, así debe ser! Su habilidad, elevada a estupendas potencias, irá en aumento creciente y lógico — con la lógica ridícula del carrerista que prevé "las performances" de su matungo favorito — para no detenerse más: "el fenómeno", "el prodigio", se encumbrará a alturas insospechadas. Nada lo podrá detener en su ascensión. Y lo será todo, todo lo que a él se le ocurra y se les antoje a sus ufanos panegiristas: general, sabio, arzobispo, ministro, o aunque sea... presidente dé la república.



El "niño prodigio" es el eje, el centro de la familia, polariza y monopoliza la atención y admiración de todos, y en primer lugar de sus embebecidos padres.

Y, sin embargo, "el prodigio" no es, en la mayoría de los casos, más que una criatura de aptitudes y condiciones normales, apenas dotado, aunque se crea lo contrario, de cierta facilidad y agilidad mental. Pero apenas reveló sus dotes de asimilación o comprensión de las matemáticas, historia o idiomas, o su temperamento musical, los padres se apresuraron a proclamar y propagar su fama de "niño prodigio". Orgullosos de su descendiente, se honran enalteciéndolo. "Este niño es mío, nuestro", parecen querer decir." Es nuestra obra. Su talento, sus cualidades, las heredó de nosotros."

Y aquellos necios progenitores pierden apresuradamente la cabeza, y en su vanidad exacerbada, no hacen más que ponderar, venga o no al caso, al infortunado niño. No llega pariente o amigo a la casa que no tenga que soportar los ditirámbicos elogios, a quien no se le ponga en la mano la libreta de clasificaciones deslumbrante de "sobresalientes", o se le someta a la tortura de tener que soportar la recitación de "El Nido de Cóndores", "Milongas clásicas" o "El Temulento"... Eso cuando no se le obliga a soportar una tanda de tangos cantados dificultosamente por el infeliz niño, que así se va familiarizando con el vocabulario infame del hampa. Y si no es el canto, es el talento inventivo o matemático lo que se exhibe con ufanía. El amigo o pariente debe aguantar con paciencia y forzada sonrisa la presión de la familia reunida para exhibir a su "prodigio", a quien se hace comparecer apenas entra una visita. Y menos mal que no se le ocurra al padre o la madre decirle al visitante:

— Fulano, pregúntele usted algo de quebrados, o cálculo infinitesimal, o declinaciones de los verbos alemanes.

La invitación se hace así nomás, como si fuera la cosa más natural del mundo y como si todos viviéramos en constante trato con Euclides, Newton y Descartes, y como si nos fuera de lo más familiar el idioma del ex káyser y de Marx y del presidente Hindenburg y de Erick Remarque. Y gracias que el "prodigio" no se destaque en el estudio de las lenguas muertas, como ocurría en la infancia de los que hoy peinan canas.

A veces, en un tardío impulso de pudor, se le ordena "al prodigio" que se retire para que sus mayores queden en libertad de ensalzarlo. Naturalmente, el niño, que sabe por qué se le invita a marcharse, se queda detrás de la puerta y escucha.

Y así el niño inocente, erigido en "prodigio", se convierte en una pesadilla, en una verdadera peste, y sus dotes normales se someten a una deformación y abultamiento

(Continúa en la pág. 61)



EL CARIÑOSO NOMBRE DE NATASCHA

Un cuento de

MIGUEL ANDREEVICH OSORGUIN

Las hondas inquietudes sentimentales del protagonista de este cuento son de pronto sacudidas por el sugestivo nombre de una nueva marca de cigarrillos. Estos cigarrillos, que se llaman "Natascha", despiertan en él su latente amor paternal; amor que muchas veces estuvo a punto de estallar en jubilosos arrebatos de felicidad, pero que siempre el destino, incansable burlón, se complació en ahogar sin piedad, dejando su vida envuelta en las eternas tinieblas de los anhelos fracasados.

En el año 1925 los dueños de las fábricas nacionales de tabaco de Francia, con el fin de ayudar en algo a los fugitivos rusos, lanzaron a la venta los nuevos cigarrillos "Natascha", con la boquilla de cartulina.

Sin demora compré una cajita, y, mientras dejaba escapar anillos de humo maloliente, empecé a cavilar acerca de este nombre, que se asociaba a mi vida con tantos recuerdos conmovedores.

Ninguna Natascha adulta había amalgamado su existencia con la mía; mis recuerdos no son, pues, de esta índole.

Pero hubo varias pequeñas Nataschas rubias, reales y creadas por mi imaginación, que hubieran podido llenar de luz las sombras de mi vida.

¡Hubieran podido!, pero desdichadamente no lo hicieron.

Cuando el sol de mi existencia rayaba en el cenit, quise adoptar un niño para tener por quién y para qué vivir. Hallábame a la sazón en Roma, y un día, entre las cartas recibidas de Rusia, hallé una proposición singular que llenó mi alma de inefable dicha. Se me presentaba la ocasión de ser padre adoptivo. La pobrecita Natascha, una compatriota mía, acababa de perder a su madre, víctima de la tisis; su padre se hallaba en presidio. Me proponían que me hiciera cargo de su educación. Esto ocurría en 1907. Si bien es cierto que la niña podía haber heredado el terrible mal, confiaba en que el clima de Italia la arrebataría del círculo de la muerte. En cuanto a la preocupación que podía suponer el ser hija de un presidiario, la desecharía si se trataba de un criminal; mas si su delito era político...

Respondiéronme que, en efecto, el padre era marxista. Sin pérdida de tiempo contesté:

"No; no me atrevo a adoptar la niña; sería una responsabilidad enorme"...

He aquí por qué esta primera Natascha no fué mi hija.

Transcurrió algún tiempo. Vivíamos en una hermosa casita de campo a orillas del Mediterráneo, en un pintoresco pueblecito de pescadores italianos. Era primavera. Mi escritorio antes había sido una pequeña capilla. Allí trabajaba solamente de noche. El día era tan bello, el sol tan luminoso, que me atraía irresistiblemente hacia el mar. ¿Cómo escribir, entonces?

Vivíamos en la casa de huéspedes como "en familia". Con nosotros sólo vivían dos matrimonios. Una noche, mientras escribía, entró de improviso una muchacha un poco turbada. Se sentó a mi lado y me dijo:

—Tío Mischa (1), si me gusta un hombre, ¿qué debo hacer?

Yo no era su tío; pero sí el mayor de toda "la familia". Le respondí:

—¿Y le gusta mucho, de veras?

—¡Muchísimo!

Como estaba leyéndolo en sus ojos, no pude menos que decirle:

—Entonces no hay por qué preocuparse. De todos modos quererse es la cosa más natural del mundo. Quizá sea una tontería, pero el ser humano es así.

Mientras se alejaba, reflexioné: "¿De modo que ya empiezan a pedirme consejos en estos asuntos? Es halagador y triste a la vez. Quizá hablo de envidia..."

En cierta ocasión me sorprendió el amanecer engolfado en mi trabajo. El sol comenzaba a esparcir sus tibios rayos, y decidí dar un paseíto por el jardín antes de acostarme. Al regresar ahuyenté a alguien que estaba en el vestíbulo. Trató de ocultarse en la escalera. Llevaba el cabello suelto y en sus ojos se advertía algo extraordinario. A mí no me engañan...

A mediodía me levanté para sentarme a la mesa. Una gran fuente de tallarines, preparada para quince personas lo menos, humeaba en mitad de la mesa.

—¿Hay vino? — pregunté.

—Sí, hay dos botellones.

—Llenadme la copa entonces; voy a brindar por nuestros simpáticos amigos Olga y Boris.

Ambos enrojecieron como dos tomates. En tanto, los demás bebimos en su honor. Además, habíamos cambiado nuestras piezas para que las de Olga y Boris estuvieran en el mismo piso. Al llegar el otoño partieron a París. Boris tenía pasaporte, pero Olga no. En Italia no lo necesitaba, mas en París se exigía "permis de sejour". Para que no perdiesen el tiempo en procurarse uno falso, les cedí el mío, donde figuraba con mi esposa. Boris se convertía en mí, y su mujer en la mía. Poco tiempo después me escribían: "Felicítenos: tenemos una hija. Hubo que inscribirla en el pasaporte de ustedes, pues todavía no tenemos documentos. Le hemos puesto Natascha."

Heme, pues, convertido de nuevo en padre. Apenas había transcurrido un año, cuando Boris regresaba a Rusia, terminado ya el plazo de su confinación. Olga, por su parte, volvía a Italia con la niña, y se radicaba en un pueblecito próximo. Tuve ocasión entonces de visitarlos, y vi a la rubia y blanca Natascha, que ya sabía decir "papá". Me lo decía a mí, puesto que el suyo se hallaba lejos. La separación arrancaba lágrimas a la pobre madre. No podía vivir sola. Alejada de Boris y sin trabajo, se desesperaba la menuda y frágil ex terrorista, que, evadida de la cárcel, no podía ahora regresar a Rusia legalmente. Algo difícil y complejo pasaba en su alma.

No lo indaguemos. Lo cierto es que resolvió irse a París, que era entonces el centro de los emigrados políticos rusos. Una vez allí se ingeniaría para regresar a Rusia. El único obstáculo era la nena. Pero para eso estaba el tío Mischa. Y mi paternidad subsistió por algún tiempo.

Digo por algún tiempo, pues no fué duradera. Al marcharse, la madre me devolvió mi pasaporte, donde estaba inscripto mi nombre, el de mi esposa y el de "nuestra" hija...

Pero era evidente que mi felicidad tenía que ser breve. La madre no pudo soportar la ausencia de su rubiecita, y el cariño materno venció a la causa revolucionaria. Regresó. Y entonces me limité a visitar a la pequeña en calidad de padre nominal, y a escuchar el nombre de "papá", dicho para mí solo.

Por eso ahora, al fumar los nuevos cigarrillos "Natascha", acaricio suavemente un gran sobre amarillo que tengo en la

Miguel Andreevich Osorguin, el autor de este cuento, es abogado de profesión. Pertenece al grupo de escritores rusos que desde la revolución viven fuera de su patria, colaborando en las más importantes revistas rusas que se editan en París y en Berlín. Después de vivir por espacio de algún tiempo en la capital alemana, Osorguin, en su afán de disfrutar de nuevos ambientes, se trasladó a Italia, estableciéndose en Roma, donde, después de estudiar las costumbres del pueblo, dió [illegible] libro de [illegible] titulado: [illegible] (Días) [illegible] (En el exilio). [illegible]

(1) Diminutivo de Miguel.

mano. En su interior hay otros sobres más pequeños que contienen rizos de los cabellos de la niña. En los sobrecitos se lee: "Los cabellos de Natascha, al cumplir un año; al cumplir los dos; al cumplir los cinco; al cumplir los siete..."

¿Qué queréis? Yo sé que soy muy sentimental; pero no lo puedo remediar. Es que nunca fuí padre, y por eso tengo tanta ternura paternal latente. Todas estas reliquias estaban guardadas en mi archivo de Roma. Fuí a buscarlas, las traje, y están en un cajón de mi escritorio.

Pero ¿dónde está ella, mi hija? No lo sé a punto fijo. En Rusia. Pero ¡Rusia es tan grande!... Y acude a mi memoria el regreso de los últimos emigrantes que volvieron en 1917.

Suena el timbre. Abro. ¡Entran madre e hija!... ¡Qué alegría más grande hubiera experimentado, si no reparara en la expresión de terror y desesperación que vagaba en el rostro de Olga!

—¿Vienen directamente de la estación?

—No. Hemos estado antes en otro sitio...

En tanto que lavan y peinan a la niña en la habitación inmediata, Olga, deshecha en llanto, me narra lo que le ha ocurrido.

—No me lo previno. Quizá le fué imposible, por la irregularidad con que marchan los correos. Cuando al tocar el timbre y salir a abrir la sirvienta, pregunté por él, ésta respondió:

"—Ha salido de viaje; pero está la señora.

"—¡La señora!... ¿Qué señora?

"—La señora, la esposa del señor...

"Tomé a la nena de la mano, y nos vinimos aquí."

—Pero escúcheme —dije.—¿Por qué no vino usted, como le dije en mi última carta, aquí?

—Pero, ¡papá Mischa! A mí me pareció la cosa más natural del mundo volver a mi casa. Como Boris no me había avisado nada, ni me advirtió que no debía volver...

Permaneció en silencio unos instantes y luego añadió:

—Usted creerá que le guardo rencor a Boris por eso. No; no se lo censuro; lo que no le perdono es su falta de valor para decírmelo. Le telegrafié en el trayecto. Creí que iría a esperarme. Y él, en cambio, huyó cobardemente. Llego, toco el timbre... Lo peor es que la nena es muy perspicaz.

"—Mamá, ¿no está papá Boris? —me preguntó rápidamente.

"—¡No!... —Y la saqué de allí. —¿Qué voy a hacer?"

Trajeron a Natascha ya arregladita, pero triste.

—He aquí su hijita, papá Mischa. Nena, mira; éste es tu papá Mischa.

Pero yo estaba predestinado a serlo por muy breve tiempo.

Lejos de mi casa, la tempestad estallaba horrísona en aquellas dos almas. Y en los momentos más culminantes, acudían a mis puertas. Ya era Boris que se presentaba pálido y desgreñado, ya Olga hecha un manojo de nervios y adelgazada por el sufrimiento.

Yo los escuchaba atentamente. Ambos temían encontrarse juntos en mi presencia. Los amaba yo con delirio, pero con frecuencia tenía que enviarlos al diablo. Tanto me cansaron, que al fin les dije:



—¿Y por qué quiere que sea yo el padre de su hijo? ¿Acaso me conoce usted?
—No; pero he leído su libro "Mi hija", y he resuelto que tenga usted una hija verdadera.

—Son ustedes un par de locos que me tienen harto. Lo que siento es haberles dado mi bendición el día que brindé por ustedes frente a los suculentos tallarines, con un buen botellón de vino. Y ahora ¿qué pretenden de mí?

Para poner fin a tan embarazosa situación, les di cita a una misma hora. Concurrieron sin saber, recíprocamente, que lo hacían juntos. Entonces abrí la puerta que comunicaba las habitaciones en que éstos se hallaban, y haciendo entrar al hombre pálido y desgreñado donde estaba Olga, les grité fuera de mí:

—¡Ya están frente a frente! Peleen, bésense, divórciense, únanse de nuevo, ¡pero déjenme en paz!

Y dando un portazo, los dejé solos. Una hora después volví, y los encontré con las caras estúpidas de los flamantes enamorados. Me sentí indignadísimo. Eso era abominable...

Los tórtolos me dieron sus explicaciones con tono reposado y fingida indiferencia. Yo, por todo comentario, saqué de un cajón del escritorio la partida de nacimiento de Natascha y la entregué a sus "nuevos" padres. El hombre desgreñado insinuó poco después la conveniencia de que el escribano extendiera el testimonio en que yo renunciaba mis derechos a favor de ellos.

—Por más ridículo y paradojal que parezca, usted tendrá que darnos su consentimiento para adoptar nuestra propia hija.

Afortunadamente yo soy abogado. Yo mismo escribí el documento y lo confirmé en el juzgado. Más paradojal y ridículo era todavía que yo, que toda mi vida había acariciado la idea de tener una niña blanca y rubia, la cediera ahora a esa pareja de locos. Se la llevaron y no la volví a ver más.

Coleccioné los cuentos que había escrito para otros niños y los edité en un volumen, con el título de "Cuentos y cuentos", precedido de la siguiente dedicatoria:

"Te dedico este libro, mi pequeña Natascha, mi hija adoptiva, mi inolvidable heroína. Estas páginas, como tú, han nacido en el exilio. En ellas, como en ti, se mezcla lo infantil con lo que ha dejado de serlo. Aunque no fueron escritas para ti, pues entonces tus pies no habían hollado todavía la tierra, los he reunido para que te sirvan como de tierno reclamo para que vuelvas a mi lado a Rusia, y poder leerte este libro escrito en aquel maravilloso país donde nos calentábamos bajo los rayos de un sol extraño."

Varios años después, al volver al destierro, supe por casualidad que mi libro había sido traducido al italiano y editado en Milán. Compré un ejemplar, y quedé asombrado al leer en el prólogo del traductor que "el autor del libro había partido a la guerra, donde desapareció". No formulé la más leve inculpación al traductor ni a la casa editora, por haber dispuesto de la obra sin mi consentimiento. Me consideraba, por el contrario, muy dichoso al leer el nuevo título que le habían dado: "La golondrina Natascha", tomado de uno de los cuentos que se titulaba así.

Mientras fumo el cigarrillo francés "Natascha", rememoro estos hechos ocurridos en época ya lejana. Ahora estoy a punto de revivir el pasado con la aparición de una nueva Natascha...

Es que la dicha y la desgracia del escritor consisten en poder disolver en tinta sus emociones y estamparlas gota a gota con la pluma

(Continúa en la página 49)

FIN DE LAS CARTAS DE AMOR



La HISTORIA DE DOS VIDAS

SEGUNDA PARTE

Por JOSUE QUESADA



RESUMEN DE LO YA PUBLICADO

Con la publicación de las cartas que hoy se dan a conocer, termina esta novela epistolar, en la que se ha reflejado la historia de dos vidas jóvenes: la de Horacio y Graciela, figuras modernas que encarnan, por así decirlo, un tipo casi normal de nuestro ambiente. En contraposición a ellas, han perfilado también rasgos interesantes, Marinés y Alberto, que representan, a su vez, el núcleo de los que no creen en el matrimonio. Luego, Diva, cuyo paso por la existencia de Horacio llegó a ser en un momento un verdadero y angustioso interrogante, ha sido el eje en torno del cual han girado los acontecimientos sentimentales de esta novela. Cada uno de estos protagonistas, sacudidos por una emoción, dejaron de ser lo que creían y se mostraron en su verdadera personalidad.

El epílogo de la novela es, por lo impensado y humano, la única solución que correspondía frente al desarrollo de los hechos producidos.

DE GRACIELA A MARINES.

Querida Graciela: Estoy en la estancia desde hace tres días. Después de lo que acabo de hacer, sólo me quedaba este camino. Claro está que no he dicho una palabra a los míos de todo lo que me ocurre y sólo les he dejado adivinar que mi visita obedecía al propósito de pasar con ellos unos días, aprovechando un imaginario viaje de Horacio a... cualquier parte. Pero la verdad es otra, querida gorda: he hecho abandono del hogar — como se dice en términos jurídicos — y sobre el escritorio de Horacio, he dejado la carta explicativa... Pero no vayas a creer que es una carta como esas que se escriben por fórmula, para justificarse ante la conciencia del esposo ultrajado. No, querida; mi carta es, ante todo, el espejo de mi alma y en cada línea he puesto toda la sinceridad de que soy capaz.

Comienzo por decirle en ella, que él sigue siendo, a pesar de todo, el gran amor de mi vida; le refiero mis ensueños en la época de nuestro noviazgo, los primeros meses de gloria que compartimos junto en la realización de aquellas esperanzas; las primeras horas largas que me tocó vivir esperándolo, las dudas de cada tarde cuando él demoraba en llegar; sus triunfos y su egoísmo, cuando se olvidaba de mí, para trabajar sin una tregua. Después le refiero el comienzo de mi largo calvario, frente a frente a la realidad más espantosa. Le nombro por primera vez a Diva y le cuento cosas que él mismo ignoraba.

El sabe ahora, por mi carta, que en mi desesperación yo utilicé todos los recursos imaginables y que fuí yo, la que a riesgo de perderlo todo, habló con el padre de Diva y le dió a conocer su tragedia. Procedí así porque consideré que era la única manera de provocar la reacción necesaria. De nada valieron anónimos, ni bromas telefónicas; mientras no hubiera quien diera la cara, aquel buen señor seguía creyendo que todo era una vil calumnia.

Le pedí una entrevista, y en ella, sin atreverme a mostrarle toda la realidad, le narré mi dolor frente a la conducta de Horacio. Pasaron algunos días y nada supe; sin duda, el padre de Diva adoptaba medidas para comprobar la verdad de cuanto yo había afirmado. De pronto, la noticia del viaje a Europa vino a poner punto final a todo. A todo no, sin embargo, porque entre mi visita al padre de Diva y esta resolución, se había producido lo imprevisto. Yo había pagado bien cara mi osadía y Ricardo Vargas estaba ahí para acusarme.

Conoces ya lo que ocurrió: yo caí tontamente en uno de esos minutos trágicos que se presentan de tarde en tarde en la vida de una mujer. Creí enloquecer y sentí sobre mí el peso de mi culpa; me consideré indigna de Horacio y un aniquilamiento total, como una gran derrota, se anidó en mi espíritu. Fué inútil que Horacio, ya despejado el camino, intentara reconquistarme; yo no podía alejar de mi pensamiento aquel minuto culpable.

Fué entonces cuando comenzó para mí la verdadera tortura. ¿Debía confesar a Horacio la verdad? ¿Recuerdas que en una de mis cartas te refería la intensa lucha que estaba soportando? Horacio volvió a ser el de antes y, seguro de mi perdón, me brindó Mar del Plata, se hizo el compañero inseparable en teatros y cines, y hasta gustaba quedarse largas horas en casa, bajo un pretexto cualquiera. Ya no tenía — según era evidente — aquellos "enfermos" que tanto le preocupaban de "seis a ocho de la noche" y el cine no le resultaba una cosa desagradable. Pero yo no era la misma y él atribuía mi conducta a la sospecha de su indignidad.

Mil veces estuve a punto de decirle todo, pero te confieso que me faltó coraje para hacerlo; otras tantas me senté a escribirle una carta en la que le dijera todo, absolutamente todo... Tampoco pude lograr mi propósito, y fué entonces cuando decidí dar término a esta existencia torturante. Me resolví volver a la estancia, junto a los míos y explicar de cualquier manera lo ocurrido. No quise irme sin dejarle unas líneas que explicaran mi conducta. Sabiendo que después no habría de volver a verlo, me sentí con mayor fuerza para ser sincera y fué así cómo pude escribir sin que sintiera vacilar mi pluma.

Nada quedó que le ocultara; mi conciencia se fué aligerando del enorme peso y hasta mi propio delito fué quedando impreso en el papel con la misma extraña facilidad con que yo estuviera refiriéndome a otra persona... Cuando cerré el sobre, me pareció que tenía alas, tanto era el alivio que experimentaba con mi confesión. Tan limpia estaba de toda culpa, que me consideré honesta y digna. Sabía, sin embargo, que ya quedaban cerrados para mí todos los caminos; pero ¿qué me importaba si no era tampoco posible seguir viviendo así?

Es probable que tú, criatura moderna, condenes mi actitud, y como tú, todos; pero en estas cosas no es fácil establecer recetarios, ya que cada cual procede de acuerdo a sus propios sentimientos. Tú sabes bien que mi falta no revela en mí a la mujer que delinque conscientemente. Yo creo en la fatalidad como en el sino de mi vida.

Horacio sabe ahora la verdad. Sabe también que estoy en la estancia, donde floreció nuestro amor, y no ignora que aguardo su perdón y que lo espero con las mismas ansias con que él llegaba en la época de nuestro noviazgo. Solamente aquí, querida gorda, podremos reiniciar juntos nuestra dicha, como si recién lo hiciéramos por primera vez. Dirás, sin duda, que estoy soñando y que otro, bien distinto, será el porvenir; no quiero suponer nada. Esta soledad, estos caminos arbolados, la vieja glorieta que escuchó nuestras charlas ingenuas y adorables, renuevan en mi espíritu todas las esperanzas... ¡Lo quiero, Marinés, lo quiero ahora más que antes, redimida como me siento por mi propia culpa! Y cada tarde, cuando llegan con las cartas y todos se precipitan sobre la cartera que trae el peón, yo siento desde lejos acelerar los latidos de mi corazón, porque confío en que la buena Virgencita habrá querido escuchar mi plegaria de todas las noches...

Te besa fuerte.

GRACIELA.

DE DIVA A HORACIO.

Horacio: Ha transcurrido un mes sin que supiera de ti y... no he muerto. ¡Qué tontas y qué infantiles somos las mujeres cuando no logramos disimular una pasión! Y, ¡qué vanidosos e insoportables se vuelven los hombres cuando saben que una mujer ha derramado por ellos una lágrima! Esta carta, que debiera ser como un largo reproche, sentimental y trágico, es, en cambio, apenas, un envío cordial de agradecimiento.

De no haber sido tú el hombre cobarde que se negó a dar el paso decisivo en aquel momento de locura en que tu nombre y tu amor lo eran todo, a estas horas mi horizonte se hubiera reducido a los límites de tu egoísmo. Sabes bien que he debido sufrir lo indecible; pero el dolor me castigó con mayor intensidad, mientras lo alentó la esperanza de que habrías de escucharme. Pero sordo a mi llamado, me dejaste partir... Bien dice tu amigo Alberto que los viajes son el mejor remedio para el olvido; yo he podido experimentarlo, porque entre el estruendo de la vida de a bordo, los

panoramas de los puertos, las ciudades que desfilan frente a nuestras pupilas absortas, van borrando los recuerdos y es el pasado como una niebla que envolviera suavemente la angustia de los desengaños.

Ahora me parecería ridículo derramar una sola lágrima por ti; me he materializado tanto, que en esta transformación me he encontrado a mí misma. Estoy en París, como si siempre hubiera vivido en sus grandes avenidas, en sus teatros, en sus dancings. Esta existencia un tanto desorbitada te ha reemplazado con ventaja; tú fuiste, cuando yo llegué de mi lejana provincia, el médico que se asomó a mi espíritu y advirtió que estaba enfermo. Le infundiste tanta vida, que lo has hecho fuerte para sobrellevar sin vacilaciones los contrastes del destino. La violencia del castigo me hizo ver la realidad y es por ello que te estoy agradecida. El precio de mi dicha lo he pagado bien caro, es cierto, pero no me arrepiento. Un mundo nuevo, donde cada hora tiene un matiz distinto, me ha cautivado por completo; París es mi médico, es mi amigo, mi confidente. Estoy enamorada de él y no ha de ser como tú, que no supiste devolver en un gesto de hombre, un átomo del gran amor que inspiraste en mí.

Te tiendo, sin embargo, mi mano.

DIVA.

DE GRACIELA A MARINES.

Querida Marinés: Desde hace tres días, gorda querida, Horacio está en la estancia...

....

....

....

....

Ya ves cómo también los hombres saben perdonar cuando ellos quieren.

Te besa con toda el alma,

GRACIELA.

FIN DE LA NOVELA

EL CARIÑOSO NOMBRE

(Continuación de la página 47)

sobre las blancas cuartillas del papel. La cigüeña se negó a traerme una hija. En vano la he buscado bajo la hojarasca de mi vida, por ver si la zancuda había depositado allí su preciosa carga. Sólo hallé mi propia imaginación, que creaba una Natascha ideal. Nació de mi matrimonio con la quimera. La eduqué a mi modo, y a mi modo fuí dichoso. Para que nada le faltara, escribió por sí misma "El diario de Tucia, mi tesoro". Le hablaba a ella nacida bajo el cielo de Italia, de la blanca nieve, de los bosques de pinos, de la liebrecita que tenía siempre estirada una orejita, del río con sus lirios acuáticos, semejantes a tacitas de porcelana sin asas; de nuestra lejana patria que conocerá algún día. Le di por entero todo mi amor; todo mi amor de padre; le testimonié todo el cariño que le legó su difunta madre, aquella que nunca fué mi mujer y sí sólo mi amiga espiritual. Y así vivíamos juntos, separados del resto del mundo, que nos servía de marco inevitable pero inútil.

Y de repente sucedió algo inverosímil y horrible. Podéis leerlo en mis cuentos. Tucia enfermó. Me pasaba los días y las noches interminables al lado de su camita, luchando por arrancarla de los brazos de la muerte, que quería arrebatarme la hija de mi imaginación. Logré que sobreviviera algún tiempo; pero falta de fuerzas, agotada, no pudo volver a levantarse para contemplar el mundo de sus alegrías infantiles: la blanca nieve, el río con sus pececillos, el bosque de pinos, la liebre que tenía siempre estirada una orejita. Se extinguió lentamente mi única hija, la hija de mi imaginación. En la aurora de un claro día, desde el lejano horizonte de nive se acercó un blanco trineo y los blancos caballos se la llevaron para siempre.

Los escritores — se dirá — tienen creaciones fantásticas; pero es lo cierto que todos ellos, aunque sea una sola vez en su vida, han de vivir intensamente sus elucubraciones. Creo que eso es inspiración.

Confieso que después de haber escrito durante dos años la historia de Natascha, sufrí horriblemente cuando enfermó. La veía muy enferma, y sin embargo aún no sabía si podría arrancarla de las garras de la muerte. Los últimos capítulos fueron un martirio horrible. Me diréis que así no es posible escribir; que el arte exige tranquilidad, reposo, objetivación. Ahora, después de algunos años de escrita, veo los defectos de mi obra. Pero antes, cuando la escribía, estaba tan connaturalizado con mi Natascha que reconocía sin titubear los más ínfimos detalles de su pertenencia: su lunarcito, sus uñas rosadas, todo. Era la hija de mi imaginación, y sin embargo, la quería como se quiere a una hija de carne y hueso.

Por eso escribí "Mi hija". Después de releerlo por última vez, tomé el manuscrito, me dirigí al correo central y lo despaché a Rusia para editarlo. Cuando regresaba a mi casa, entré al café "Aragno", célebre en Roma porque en él se reunían los literatos de todos los países del mundo. Allí conocí a un periodista búlgaro, hombre alto, serio y reservado. Al marcharse éste, me dijo la persona que me lo había presentado:

— Este búlgaro suele venir de vez en cuando a mi casa, pues su hijita, una chiquilina rubia y blanca, llamada Natascha, es muy amiguita de mi nena. ¡Lástima que sea un hombre tan brutal! La maltrata sin compasión y desea deshacerse de la criatura si encuentra a quien darla...

— ¿Maltrata a su propia hija?

— Sí, y la chica es un encanto, cariñosísima...

— ¿Qué edad tiene?

— Cinco años apenas.

Me quedé pensativo. Así era la blanca y rubia hija de mi imaginación. También tenía cinco años cuando la muerte me la arrebató. Sus ojos eran celestes. Pero yo era mejor padre para mi hija...

Al día siguiente fuí al café en busca del búlgaro. Lo hallé solo. Me acerqué a su mesa y le dije:

— De modo que, según me han dicho, no está usted solo en Roma. Tiene usted una nena encantadora, ¿verdad?

— Sí, la chica es buena.

— Se llama Natascha, ¿no es así?

— ¡Sí!...

Por lo visto le desagradaba la conversación. Para abreviar, terminé:

— Escúcheme. Soy un solitario. Me gustan las criaturas con delirio, y vivo desahogadamente. He oído decir que está usted dispuesto a buscar quien se haga cargo de la chica. Si es así, yo la adoptaría...

Me contestó secamente:

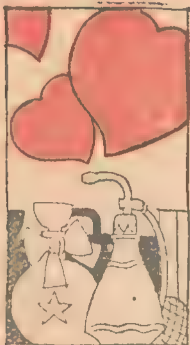
— Sí, así es.

— Pero ¿está usted dispuesto a separarse de ella definitivamente? ¿no le importa nada que lo olvide? En ese caso, me haré cargo de la niña; pero ha de comprometerse a no volver a verla hasta que sea ya grande. Arreglaremos el asunto ante los consulados ruso y búlgaro. Soy un emigrado ruso; pero puedo arreglarlo todo satisfactoriamente.

Reflexionó durante unos momentos, y exclamó con resolución:

— ¡Bien! ¡Aceptado! No quiero negarle a usted, puesto que ya lo sabe, que mi hija me estorba. Nació en Pe-

(Continúa en la página 52)



Por qué las mujeres deben

Un artículo especialmente escrito

Por MAURICIO DEKOBRA

Mauricio Dekobra, el famoso literato francés, ha escrito especialmente para MUNDO ARGENTINO este artículo en que, con su chispeante ingenio, examina la situación del bello sexo frente al eterno problema del amor y llega a la conclusión de que la época actual nada ha agregado a los dominios del dios ciego. De paso, nos hace conocer una receta que deberán emplear las jóvenes para atraer a los hombres, garantizando su infalibilidad y condensándola en unas pocas frases.



CONVIENE que la mujer aparezca más joven de lo que es?... Naturalmente, que sí. Ese es un problema que no admite dos soluciones. Y ya que vivimos en una época de fórmulas, me permitiré agregar un axioma más al postulado de Euclides: **Toda mujer elegante debe parecer, por lo menos, diez años menor de la edad que tiene.**

No me propongo tomar en consideración casos tan excepcionales como el de Ninón de Lenclós, que a los sesenta y cinco años representaba apenas treinta y cinco o el de Fanny de Tessancourt, a quien, debido a los efectos de un filtro mágico que le suministrara Sergio de Lens, se le atribuían veintidós años cuando en realidad contaba setenta.

Sin embargo, es hecho corriente y de general aceptación en los círculos sociales del mundo, que una mujer de cincuenta años parezca tener sólo cuarenta, y una de cuarenta, treinta. Evidentemente no nos es dado forzar esta premisa a su conclusión lógica, porque entonces una joven de veinte representaría diez y una niñita de diez la edad de una criatura recién nacida.



No habrá hombre que no convenga conmigo en que es deber imperioso para toda mujer parecer más joven, porque sólo a ella le asiste el derecho y disfruta del privilegio de engañarnos sobre sus condiciones.

La fórmula resulta un poco cínica y tal vez yo no debiera considerar la sonrisa de una mujer bonita, el atractivo de un "escote" o la esbeltez de una silueta como armas. Nos consta que una mujer jamás comercia con su sonrisa o sus encantos físicos. A lo sumo, los canjea. Así debe declararse, empleando una frase cortés. A veces los canjea por una tira de papel que se arranca de una libretita, se firma y se le da el nombre de cheque; o bien por un delgado hilo de seda en que se hilvanan pequeñas bolas iridiscentes y graduadas que llamamos perlas, o, también, por un "solitario" para su dedo del corazón. ¿No es extraño que una "soirée á deux" se termine con un "solitario"?...



La mujer no comercia con sus encantos; los canjea...

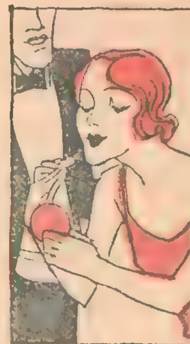
En cualquier forma, el rol de las mujeres en la sociedad moderna es agradar al hombre mucho antes de llegar a la mayoría de edad. Acontece así, en primer lugar, porque no es tan desagradable para una mujer ser amada por un hombre, y en segundo término, porque el amor constituye, con el pirograbado y el bridge, uno de los sistemas más sencillos de matar el tiempo que han inventado los seres humanos en los últimos seis mil años.

La mujer joven o hermosa tiene por misión hacerse amar. Tarea fácil, por cuanto el hombre se pesca con cualquier cebo, especialmente si se le presenta en forma de una boquita tentadora.

Al hombre, en la mayoría de los casos, le place ser amado por sí mismo.

tratar *de no* parecer *viejas*

para "MUNDO ARGENTINO"



Esa es una ilusión de profundo arraigo y la mujer inteligente jamás intentará destruirla. Más aún, no escatimará esfuerzos para confirmarla.

Nada hay más fácil que proporcionar a un bípedo barbado, en trance de Don Juan presuntuoso, la impresión de que se lo ama por sus bellos ojos.

Una señal casi imperceptible al pasar, una sonrisa atractiva, un golpecito en las mejillas, un pellizco furtivo, lo convencerán de que no le es indiferente a la que se lo propina.



Existe una colección de frases consagradas que impresionan invariablemente a los fatuos, los tontos y los necios, que forman la mayoría de la humanidad, siempre que se las pronuncie en tono adecuado y con voz de timbre agradable. Yo me atrevería a extender una garantía escrita sobre su infalibilidad, porque he caído fácil víctima de ellas en infinidad de casos. Helas aquí:

1. — **¡Ah, usted no es como los demás hombres!**
2. — **¡No me mire así, porque me pierde!**
3. — **¡Déjeme...; no quiero sufrir!**
4. — **¡Qué maravillosamente besa usted!**
5. — **¡Ah, júreme que nunca amó a otra mujer antes de encontrarme a mí!**
6. — **¡No está bien lo que hacemos!**
7. — **¿Mi marido?... ¡Pero si apenas he vivido cuatro años con él!**
8. — **¡Sólo usted me conmueve de esta manera!**

Tales frases, bien pronunciadas, rendirán el corazón más rebelde y darán el triunfo a la mujer en su lucha contra el hombre. Porque en verdad el amor se asemeja tanto a un combate entre enemigos como la fagocitosis dentro de nuestro organismo.

Poetas y novelistas han idealizado el amor, pero en realidad no es sublime ni despreciable. No entraña una ascensión a alturas siderales ni un descenso al arroyo. Simplemente, constituye una función natural. El hombre que se acerca al amor con la idea preconcebida de que lo convertirá en un dios, comete un craso error. Es posible que el amor engrandezca al hombre, pero sólo parcialmente y en el sentido abstracto del término. Desechemos, pues, las frases altisonantes y la fraseología vacía al tratar el tema.

El amor es de tan antigua data como el mundo mismo. Existió siempre y es pueril creer que nosotros, los modernos, lo hemos perfeccionado. No nos engañemos sobre los milagros de una pasión que tiene por eje al eterno masculino. Aceptemos con cierta dosis de suspicacia esos fantásticos relatos en que se nos exponen las ciento y una formas de hacer el amor, que se nos sirven en recetas o fórmulas semejantes a las del arte culinario.

Y ya que discurrimos sobre tema tan eterno, permítaseme manifestar nuevamente que el amor nunca es más delicioso que cuando una de las dos personas que intervienen en el lance está convencida de que el asunto no es unilateral.

Por consiguiente, ninguna mujer inteligente debe adoptar una actitud de resistencia pasiva. Muchos ironistas se han burlado de la muerte de Luis XVI, que parece ser el prototipo del amor fingido. Cuando esos caballeros intentan reflejar la neutralidad de una mujer aburrida de su amante, declaran que en el acto de entregarse al rito sublime, recuerdan el fin triste del infortunado monarca.

Durante años he intentado vanamente descubrir el origen histórico de la clásica frase: "Está pensando en la muerte de Luis XVI." Inútil ha resultado mi minuciosa búsqueda en los anaqueles de la Biblioteca Nacional para aclarar ese obscuro concepto.

¿Qué consecuencias se pueden deducir de todo esto?... Si me fuera dado enseñar lo que es amor a una clase adelantada de jovencitas (tales cursos serán cosa corriente dentro de cincuenta años), les diría a mis alumnas:

"Haced todo lo posible para que vuestros maridos crean que los amáis."

Les enseñaría cuándo debían exclamar: "¡Ah!", por primera vez; las iniciaría en el arte del juego ventajoso de los ojos, de las palpitaciones simuladas del corazón y los párpados, y en la forma de apretar los dientes y morderse los labios para agradar a los hombres.

De lo dicho se infiere que las mujeres deben tratar siempre de postergar en lo posible el momento de la vejez, por cuanto es incompatible con el amor, ¡por lo menos para el bello sexo!



EL CARIÑOSO NOMBRE DE NATASCHA

(Continuación de la página 49)

tersburgo, cuando yo era estudiante. Su madre es rusa. Nuestra unión era secreta, y hemos podido ocultar a los padres de mi mujer el nacimiento de la criatura. La hemos tenido oculta en casa de una buena mujer. Hace poco que la tengo conmigo. Pero es el caso que yo me casé en Bulgaria, y la madre de Natascha también contrajo matrimonio en Petersburgo. Hemos acabado con el pasado ya hace mucho. Fácilmente comprenderá usted que debo ocultar que tengo una hija. En una palabra, que me estorba ¿La quiere usted?

—Ya lo he dicho hace un instante. Sí. Y para finiquitar el asunto, vengan usted y la nena a almorzar mañana conmigo.

Al día siguiente en la casa del modesto empleado público donde yo alquilaba tres habitaciones, reinaba una agitación inusitada. Mi inolvidable sirviente y amigo Serafino, gordo, descuidado, pero atento, servicial y cariñoso como una niñera, al saber que de un momento a otro había de llegar la pequeña visitante que quizá se convertiría más tarde en mi hija adoptiva, andaba de un lado para otro casi tan nervioso como yo.

El agua para hacer los tallarines hervía; el piso había sido cuidadosamente barrido hasta debajo del sofá; sobre el escritorio sonreía sempiternamente una muñeca. En el comedor, brillaban sobre la mesa tres cubiertos, y habíanse colocado dos botellones de vino: tinto el uno y color ámbar el otro. Antes de que dieran las doce, me paseaba de un extremo a otro del escritorio; arreglaba los libros en los estantes, abría y cerraba el tintero y fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

—Esté tranquilo, que pronto vendrá.

En efecto. Poco después sonaba el timbre. Me siento en el sillón y trato de tranquilizarme. Oigo los pasitos infantiles, y en seguida, adelántandose al padre y a Serafino, aparece la nena. Sonrió graciosamente y corrió hacia mí. Era ella, mi Natascha, la heroína de mi novela. No solamente yo la reconocí: nos hemos reconocido mutuamente. Se aproximó, cabalgó sobre mis rodillas, rodeóme el cuello con su bracito, y se apoderó de la muñeca. El hombre alto y serio, permaneció de pie en el umbral. Serafino estaba enternecido y tenía los ojos húmedos.

¡Ella era! No había duda: sus mismos ojos, sus cabellos dorados, su risa de cristal, su ternura. Era la Natascha que yo creé; aquella a quien le hablaba de la blanca nieve, del bosque de pinos, del río, de la liebrecita que siempre tenía estirada una orejita. Durante las dos horas que permaneció a mi lado, no extrañé ni uno solo de sus ademanes; todos me eran familiares. El búlgaro era allí un testigo mudo y desconocido de nuestra felicidad. A veces me parecía sorprender a través de sus barbas, una sonrisa burlona.

Embebido en mi amor paterno, no crucé con el padre de la niña una sola palabra. Estaba demasiado ocupado con la criatura para acordarme del asunto en sí. A tiempo de despedirnos, fijamos una entrevista para el día siguiente, en el café. Natascha se fué estrechando entre sus brazos la muñeca y dejándonos su encantadora sonrisa.

Mucho antes de la hora fijada, estaba yo en el café. Mientras llegaba el padre de Natascha, me entretuve con la amena charla de un amigo italiano que hallé: el director de la Biblioteca Pública, rusófilo y conocedor del idioma ruso. Confieso que no podía seguir el hilo de nuestra conversación, preocupado por la idea fija de aquella entrevista; tanto es así que para desahogar mi impaciencia, terminé por hablarle de ella a mi interlocutor. Apenas hubo oído el nombre del búlgaro, exclamó:

—¡Ah, sí, lo conozco! Pero no digas a nadie lo que voy a confiarte. Mira que me comprometerías. El tal búlgaro va a ser arrestado de un momento a otro. Me explicaré. Tú sabes que, por mis conocimientos del idioma ruso, suelo traducir algunos documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pues bien; hace pocos días se me confió la versión italiana de unos papeles remitidos desde Rusia. Se trataba de recomendar a la policía italiana la captura del sujeto en cuestión, periodista búlgaro acusado de extorsión. La nena, su hija, es fruto de sus amores con una niña de abolengo de Petersburgo, la cual ha contraído matrimonio, sin que su esposo sepa nada de esto. Valido de su situación, el búlgaro la conminó a que le entregara cierta suma de dinero, con la amenaza de referírselo todo a su esposo. Ella accedió, y así viene explotándola desde hace algún tiempo; pero no pudiendo soportar más el estado de cosas, terminó por confesar todo al marido. Este, según parece, es un hombre bueno; la ha perdonado, y ya que no tienen hijos desea reconocer la niña. Para castigar al búlgaro, hicieron entrega de sus cartas y telegramas a la policía rusa, la cual, por intermedio de la embajada en Italia, solicita la detención de éste.

Al escuchar su relato, quedé anonadado. Pocos minutos después entraban varios periodistas que traían la noticia de la prisión del búlgaro.

—¿Saben ustedes? En este momento han arrestado en el telégrafo al búlgaro que estuvo el otro día en este café. Fué en el momento en que enviaba un telegrama a Petersburgo.

No pude menos que preguntar:

—¿Y su hijita Natascha?

—Debe estar con algunos conocidos. ¡Pobre criatura!

Esa noche no pude dormir. Al día siguiente, muy temprano, me dirigí al Consulado de Rusia. El cónsul se extrañó sobremanera al verme por allí a aquellas horas. Me expliqué:

—Ayer arrestaron en Roma a un periodista búlgaro conocido mío. Poco me importa su suerte, pero sí la de una criaturita que tiene consigo. ¿Saben ustedes dónde está?

El cónsul permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

—Esta clase de averiguaciones no se hacen en el consulado.

—Señor cónsul. He visto a la niña un par de veces, y pensaba adoptarla. Piense usted que la criatura se queda desamparada, sola...

—No, señor, no se queda sin amparo. Ya tiene tutor. Precisamente irá a vivir con su propia madre, pues el padre adoptivo ha estado aquí a reclamarla, y se la llevarán a Petersburgo.

—¡Me quitan a mi hija! ¿No podría al menos enviarle algunos juguetes, verla por última vez?

El cónsul miró el reloj.

—Mucho me temo que no. En este preciso instante sale el tren. El tutor tenía mucha prisa. Nada puedo hacer en este asunto. Lo siento mucho...

Salí del consulado. Mi hija, mi pequeña Natascha, acababa de irse para siempre.

....

Extraigo de la cajita azul el último cigarrillo, y me quedo contemplando la tapa donde el dibujante francés ha representado el invierno ruso. El tabaco es pésimo; pero los cigarrillos se llaman "Natascha". La dirección de las fábricas es muy amable. ¡Gracias!...

La chica de que os hablé, debe tener ya diez y siete años. Sin duda alguna no la hubiera reconocido, y ella no recordará tampoco el caserón de Roma, donde ya se había elegido un sitio para su camita, y donde dos hombres solitarios, el día de su partida, envueltos en el humo de sus pipas, evocaban su imagen.

Estos hechos traían a mi memoria lo que me ocurrió en Moscú, en tiempos del comunismo, durante la epidemia de tifus. Estaba detrás del mostrador de una librería en el pasaje Leontiev. La clientela menudeaba y las manos se cansaban de envolver y atar paquetes de libros. En esto se me aproximó una muchacha, no muy linda, pero con una expresión franca y muy agradable.

—¿Podría hablar con usted?

—A sus órdenes.

—Pero no aquí. Necesito decirle algo a solas.

—Entonces haga el favor de esperar un instante, que ya termino.

Teníamos en el piso alto una salita. Subimos.

—Siéntese usted, señorita. ¿En qué puedo serle útil?

Ella sin bajar la vista, enrojeció y mirándome fijamente me dijo:

—Yo quisiera que usted fuera el padre de un hijo mío.

Imposible describir mi asombro, aunque en Rusia, en aquella época, estábamos acostumbrados a no asombrarnos de nada. La muchacha agregó rápidamente.

—No me juzgue mal. Comprendo su extrañeza al decírselo sin rodeos. Soy una niña, pero...

—En efecto, ¿qué edad tiene usted?

—Diez y ocho años.

—Y ¿sabe usted lo que está diciendo?

—¡Claro que lo sé!

—Y ¿por qué quiere que sea yo el padre de su hijo? ¿Acaso me conoce usted?

—No, pero he leído su libro "Mi hija", y he resuelto que tenga usted una hija verdadera.

—¡Bah! Es usted muy criatura. Deje de pensar en esas cosas.

—¿Le ofende acaso mi proposición?

—De ninguna manera; pero repito que es usted demasiado criatura... ¡Ah! ¡Si no lo fuera!...

—Es que no soy ninguna criatura. Sé bien lo que digo.

—¿Cómo se llama usted?

—Natascha... Y mi hija podría tener el mismo nombre...

—Bien, Natascha, bajemos. Es usted una chiquilla muy ocurrente...

Mientras la acompañaba traté de cambiar de conversación; bromeaba, pero con cuidado, para no ofender a esta muchacha tan rara. Le pregunté por su amigo que la acompañó a la librería y que resultó ser un antiguo cliente. En el negocio ella distraídamente miró los libros, y al despedirse dijo con mucha seriedad:

—Conste que no soy ninguna criatura como usted cree. Sé muy bien lo que digo.

Pasaron tres semanas. Vino varias veces el amigo de la extraña muchacha, pero ella no apareció. Una vez le pregunté por aquella amiga con la cual había venido cierto día al negocio.

—¡Ah Natascha! Es muy buena chica y no es nada tonta. Conozco a su familia y a ella desde chica... Es algo soñadora, romántica... Pero, ¿sabe usted? Está enferma y bastante grave...

—¿Qué es lo que tiene?

—Parece que es tifus y muy fuerte. ¡Qué lástima! ¡Pobrecita!

Un par de días más tarde nos encontramos en la calle. El me detuvo:

—¿Se acuerda usted de aquella muchacha por la cual usted me preguntó?

—Sí. ¿Cómo está? ¿Cómo sigue?

—Murió ayer. ¡Qué desgracia! Tenía diez y ocho años. ¡Pobrecita! ¡Quién iba a decirlo!...

Permanecimos callados un rato. Nos estrechamos fuertemente la mano y nos separamos. La muerte reinaba en todas partes y el oído estaba ya acostumbrado a semejantes noticias. Contingencias horribles esperaban a todos a cada paso... Tifus, fusilamiento... ¡Qué diferencia! La vida estaba llena de casualidades... de casualidades raras.

La colilla me quema los dedos. La arrojo en el cenicero. Sin querer llevo la mano a los ojos. Los noto húmedos... Es que unas lágrimas rebeldes han brotado de ellos...

FIN

La ropa íntima *debe* acompañar *a la* toilette

Emancipada de todas reglas clásicas, la ropa íntima de la mujer sigue las indicaciones impuestas por las toilettes que ella debe acompañar. Cada estación nos pone en presencia de una ropa interior nueva, pues la moda actual necesita interiores flous, fantásticos, llenos de los más sutiles refinamientos.

Los modelos de esta página responden a las exigencias de esa moda y están realzados por una personalidad llena de gracia.

Es necesario ingeniarse para confeccionar estas lindas prendas hacia las que toda mujer se sentirá inclinada. Hay para todos los gustos y todos los géneros. La originalidad del corte no le cede un ápice a la finura de los adornos y detalles.

Si la combinación sigue siendo siempre el elemento principal de la ropa íntima, ello no quita que el calzón unido a ella sea su complemento indispensable para esta estación. De allí que las colecciones vengan nutridas de calzones independientes. Hay calzones largos, cortos, estrechos, anchos, etc.

Los colores preferidos son los rosas y los amarillos pálidos. El rosa té, sobre todo, domina el campo. Luego viene el marfil, el durazno. Por último, el azul muy suave también se emplea en la ropa interior, así como el malva ligero y el verde Nilo. No obstante la gracia de estos colores, la ropa blanca, siempre tan fresca y fácil de llevar, hace su aparición adornada de encajes ocres, y tiene mucho éxito, pues es de suprema elegancia y resulta la mejor moda de la hora actual para la toilette femenina.

1, 2 y 3. — Conjunto tres piezas en crêpe de China rosa, adornado de plisados y encajes ocres.

4. — Deshabillé en muselina limón. Incrustaciones muy ricas en encaje ocre.

5. — Pijama de última moda en crêpe satin adornado de bandas cruzadas y encajes.

6, 7, y 8. — Conjunto tres piezas en crêpe satin rosa vieja ornado de festones.

9. — Saquito de lectura en georgette rosa combinado con encaje dorado.

10, 11, y 12. — Conjunto tres piezas en georgette blanco, adornado de pliegues finos y encajes amarillo oro.



PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

EL ALIMENTO

Indudablemente que un niño que tiene ya un año y que sólo se alimenta de leche, está mal alimentado. Hay muchos alimentos eficaces para niños de esa edad, pero tratándose de un caso en el que por prescripción médica ya una vez se le retiró el alimento, el único que puede ser consultado para ello es el mismo médico anterior, que posee las causas de su proceder.

Llévelo usted en seguida, porque el que en tres meses no haya variado su peso indica a las claras que esa criatura no progresa en forma debida.

Contestando a Amalia B. de Rivarola, de San Luis.

✣ ✣ ✣

LOS NIÑOS DE PECHO

Hay muchos niños que al acostumbrarse al pecho de la madre, juegan con el, mamando unos minutos seguidos, dejándolo, curioseando a todos lados para volver a mamar con fruición nuevamente. No debe esto preocupar en absoluto a las madres. Es perfectamente sabido que esos movimientos activos y reiterados de succión tienen la ventaja de favorecer y apresurar el establecimiento de la secreción de la leche.

Las fotografías de los niños deben ser enviadas a esta dirección: Página de las madres. Concurso de fotografías infantiles. Redacción de MUNDO ARGENTINO, Río de Janeiro, 300. Capital.

Contestando a Gatita Blanca.

EL NIÑO ADQUIERE CON FACILIDAD LA TUBERCULOSIS. ALEJELO DE TODA PERSONA QUE TOSE O QUE SE SOSPECHE ENFERMA DEL PULMON.

LOS OJOS

No se puede nunca diagnosticar una enfermedad de la vista sin ver el enfermo. Hay miles de causas distintas que pueden llevar a la equivocación y ser la causa de que una leve enfermedad pueda convertirse en incurable por causa de la ligereza con que se obra. Cualquier trastorno en la vista que presente una criatura, aconsejamos la visita inmediata al especialista. Un descuido puede costar la vista de un niño.

Contestando a Chela, de Junin.

✣ ✣ ✣

EL LLANTO

El nacimiento de un niño es generalmente acompañado con un llanto chillón y pertinaz de la criatura que asusta y pone en convulsión a toda la familia, inclusive la madre.

Dejadlo que llore. Al contrario, si no lo hiciera hay que castigarle para que lo haga. El llanto le es de todo punto beneficioso. Le obliga a respirar profundamente, dilatándose así sus pulmones, que se hallaban comprimidos por su posición en el vientre materno, llenándose en esta forma de oxígeno, el elemento más indispensable para su vida.

Contestando a Mariquita de Salta.

HE AQUI UN CUADRO EN EL QUE PUEDE APRECIARSE LA APARICION DE LOS DIENTES DE ACUERDO A LA EDAD



Enseñemos a los niños desde que comienzan a asomar los primeros dientes, el especial cuidado que éstos necesitan. Si este consejo se llevara siempre a cabo no habría que lamentar tantas bocas echadas a perder por la falta de esta precaución.

(Los dientes que se hallan rayados son los que ya quedarán permanentes)

UNA TABLA PARA LA ALIMENTACION DEL NIÑO

Primera comida, a las cinco y media de la mañana.
Segunda comida, a las ocho de la mañana.
Tercera comida, a las diez y media.
Cuarta comida, a las trece y treinta.
Quinta comida, a las diez y seis.
Sexta comida, a las diez y ocho y media.
Séptima comida, a las veintiuna.

Contestando a Meticulosa, de Monte Grande.

✣ ✣ ✣

DIFTERIA

Enfermedad grave, muy grave, debido a la presencia de un microbio en la garganta, de los niños principalmente.

Estos microbios dan lugar a la producción de placas blancas que se extienden a veces a las fosas nasales, laringe, etc., e intoxican el organismo por los venenos que segregan, produciendo fiebre y haciendo muy difícil la respiración.

Siempre que se observen en los niños estos síntomas: placas blancas en la garganta, fiebre y dificultad en la respiración, llamar al médico, que hará la inyección de suero antidiftérico, UNICO capaz de salvarlos.

✣ ✣ ✣

Ruégole lea la contestación a Lita G. de Borras, que nos ha hecho la misma pregunta que usted. En cuanto a las manchas no podemos indicar sin verlas, aunque lo probable es que sean el producto de alguna picadura.

Contestando a Meche, de Santa Fe.

CATORCE SANOS CONSEJOS PARA EVITAR LA FIEBRE TIFOIDEA

1º Siempre que exista agua corriente debe beberse el agua filtrada, y en los sitios que ésta no exista conviene hervirla.

2º La manteca debe comerse cocida.

3º Siempre que no pueda beberse la leche recién ordeñada, debe hacérsela hervir previamente.

4º Antes de comer una legumbre cruda, debe sumergírsela en vinagre con agua.

5º No debe abusarse, aunque sea muy fuerte el calor, de las bebidas excesivamente heladas.

6º Evitar en lo posible las comidas pesadas e indigestas.

7º No comer nunca en la misma habitación de un enfermo.

8º La pieza donde habita el enfermo debe ser aseada y ventilada diariamente.

9º Lavarse cuidadosamente las manos antes de sentarse a la mesa.

10º Mantener aislados a los convalecientes durante un mes, que es cuando recién deja de ser peligrosa su compañía.

11º Al entrar en la casa del enfermo, depositar las ropas de vestir y también las de cama en vasijas con soluciones antisépticas.

12º Arrojar diariamente en el inodoro de los w. c. la siguiente solución: hipoclorito de cal, 0,25 centigramos; agua, un litro, y esencia de toronjil para aromatizar, 0.50 centigramos.

13º Las personas adultas deben hacerse inocular la vacuna antitífica, que siendo inofensiva, preserva de la enfermedad.

14º Es deber humanitario de todo habitante denunciar a las autoridades sanitarias del país la existencia de un enfermo.

NO DEJE BESAR A SU HIJO. QUIEN SE LO BESE EN LA MEJILLA O EN LA BOCA ATENTA CONTRA LA SALUD DE SU HIJITO.

EL ALIMENTO

Teniendo una criatura ya ocho meses, y recibiendo como único alimento, leche pasteurizada, y hallándose el niño en buenas condiciones (atención con el peso, calidad y cantidad de los pañales) podrá empezar a tomar una vez por día, por la mañana, una sopita lactofarinácea. Se prepara de la siguiente manera: Tómase una cucharadita de harina de trigo y se la hace diluir y hervir en seguida veinte minutos (no menos), en doble cantidad de agua a dar (por la ebullición queda reducida a la mitad). Agregar el azúcar y hacer hervir nuevamente con la leche otros tres minutos. Hay niños que le prefieren ligeramente salada. Ensaye usted. También en vez de azúcar puede ensayar añadiendo miel de abeja, de caña o de uva.

Contestando a Lita G. de Borras y a N. C de la Capital.

EL CORREO DE LAS MADRES

MUNDO ARGENTINO contestará en esta página toda pregunta que le sea dirigida de cualquier punto del país, referente al cuidado de los niños en sus primeros años, pudiendo la dirección dar fe de la seriedad con que se llevarán al cabo las respuestas de este correo.

Hablarles mucho a los niños es hacerlos charlatanes

COMO SE CAMBIARON UN MONO Y UN NIÑO

(Continuación de la página 40)

— Yo te desataré—respondió el niño.

Le desató y se pusieron a jugar. Uno se ponía entre dos árboles y el otro tiraba los goals. Hasta que, al fin, se cansaron y se volvieron a la puerta de la posada, por si el húngaro salía.

Fué entonces cuando Cristalito dijo:

— Estoy pensando una cosa, querido Quesillo. Voy a ensayarme este año a ser mono, y cuando pases por aquí al otoño que viene, nos cambiamos: tú haces de niño y yo de monito. Estamos así un año entero, y después volveremos a lo mismo. ¿Te parece bien?

— Muy bien — respondió Quesillo.

Y así lo hicieron. Se marchó el mono con el húngaro y el oso a seguir dando vueltas a la tierra, y Cristalito se pasó el invierno estudiando posturas, gestos y bailes de mono. Todos los días se pasaba una horita delante del espejo, cuando no le veía nadie, haciendo simplezas; pero que tenía cierta razón para hacerlas.

Llegó el otoño, y un día se oyó de lejos un pandero. El niño se puso muy contento y sintió una gran emoción, como si se le hubiera encendido una bombilla luminosa en el corazón.

Quesillo le vió, y no se dijeron ni una palabra mientras les veía alguien. Pero cuando, por la noche, ataron al mono a la puerta de la posada, llegó Cristalito, se abrazaron, se puso en la cintura el cinturón del mono, se ató él mismo al tirador de la puerta y dió a Quesillo su traje y un papel. En este papel estaba escrito el horario del niño, para que el animal hiciera las mismas cosas del niño y en su casa no notaran en nada la falta.

— ¿Y no verán que soy un mono? — preguntó Quesillo.

— No, no lo verán — respondió el muchacho; — porque yo hacía en casa los gestoso de mono que había aprendido, que serán los que tú hagas. Además, ahora viene el invierno y te puedes tapar la cara con el tapabocas.

Resultó que lo hicieron muy bien los dos. El chico bailaba con el oso, oía la radio y se cosía los pantalones que le dió el mono, y de este modo vió chinos, negros y esquimales. Y hubo un chino que en la China se cortó la coleta y se la regaló al mono Cristalito (que no era mono) para que saltara a la comba. Y hubo un negro que en Africa le tomó de un brazo y le tiró a lo alto de un árbol, para que le echara frutas. Y, en fin, hubo un esquimal que cerca del polo, tomó una barrita de Viena y le hizo un bocadillo de nieve. Pero para cada pedazo de pan, o uvas, o azúcar que le daban, le daban demasiados puntapiés o castañazos.

Entretanto, a Quesillo, que estaba hecho un niño, aunque era un mono, le traían el café a la cama y lo llevaba la doncella al colegio, bien tapada la cara con la bufanda para no llamar la atención. En el colegio alcanzó el número uno en historia natural, porque se sabía divinamente la vida de todos los animales; pero, en cambio, tenía el último lugar en gramática, porque en su vida había conjugado, ni siquiera el verbo bailar.

Jugaba al paso con los demás colegiales; pero para una hora de recreo que tenía, tenía cinco de clase, tres de estudio, una de aseo y otra de gimnasia. Por cierto que en gimnasia también iba el primero, porque se subía a las anillas con la agilidad que ya conocemos todos en los monos de la Casa de Fieras.

Además, en el recreo, siempre le estaban regañando porque pisaba la hierba, porque daba demasiadas voces y chillidos de alegría.

Pasó un año más, y de pronto se oyó sonar el pandero del húngaro. Sonaba siempre como muy lejos, aunque ya estuviera cerca.

Detrás, atado por la anilla del hocico, venía el oso, y detrás, con la cadena a la cintura, llegaba Cristalito, andando con pies y manos, como los monos. Sonaban las hojas secas como barquillos al pisarlas, porque era en el otoño.

Quesillo, que en aquel momento estaba en la clase de escritura, sintió el soniquete, y al escribir no hacía más que culebrillas inquietas, como si le llevara la mano un viejecito sin pulso; tal emoción tenía.

Luego tuvo una clase, y otra, y otra. Y, ya de noche, salió del colegio.

Inmediatamente se fué a la puerta de la posada, donde estaba atado Cristalito, esperando a su amigo.

Se vieron y se abrazaron largo rato, con lágrimas de alegría en los ojos. Tan fuerte se abrazaron, que tuvo que venir el botones de la posada a deshacerles el nudo que se habían hecho con sus brazos.

— ¿Qué tal te ha ido? — preguntó el mono.

— Bien, bien — dijo el niño —; he visto mucho mundo; pero la caridad me parece que es muy poca. Para un mendrugo que me daban, me atizaban buenos castañazos en la coronilla. Ahora volveré a ser niño. Pero siempre que me pidan limosna la daré, si tengo algo que dar. Porque he visto que es muy triste que le dejen a uno con la mano vacía.

Y el mono dijo:

— Pues yo he tenido la satisfacción de ser el primero en algunas clases; pero, amigo, para una hora de recreo que tenía eran muchas de obligaciones. Yo creo que a los niños hay que divertirlos más. Ahora volveré a ser mono, y siempre que vea chicos bailaré, les haré gestos para que se rían. Porque es muy triste que los niños, que deben ser la alegría de la vida, no sean siempre felices.

Buenas enseñanzas sacaron de su cambio. Y, además, se hicieron tan amigos, que hasta se mandaban postales.

FIN

Lea en el próximo número

RIVALES

NOVELA CORTA DE

LITA IGUAL

ALGUNOS BONITOS



1. — Vestidito en georgette de lana. Adornos de crêpe de seda blanco y galones obscuros.

2. — Vestido bolero en lanilla cuadriculada. Como adorno, bandas dispuestas en sentido inverso. Cuello de piqué blanco.

3. — Delantalcito de niño en tweed. Camisa de shantung. Corbata de tweed.

4. — Vestidito en lanilla moteada formando pliegues sobre el costado. Cuello en piqué blanco.

5. — Modelo en georgette de lana claro. Puntos bordados de un tono más obscuro. Cuello blanco.

6. — Vestidito en lanilla inglesa de fantasía. Cuello de terciopelo negro.

7. — Modelo en crêpe marocain azul claro. Originales adornos en crêpe marocain rosa pálido.

8. — Vestido de tennis en tela blanca. Hechura bolero, sin mangas. Cinturón de cuero rojo.

MODELOS PARA NIÑOS



9. — Vestido en tela amarilla. Como adornos, aplicaciones blancas pespunteadas.

10. — Conjunto de niña en tela blanca combinada con tela azul en forma muy original.

11. — Otro conjunto de niña en seda uniforme combinada con seda impresa. Cuello de piqué blanco.

12. — Vestido de niña en seda lavable moteada. Como adornos, seda blanca y ribetes en el color de las motas.

13. — Vestidito en crêpe de China blanco. Adornos muy originales compuestos de biais y nudes rojos.

14. — Vestidito en sedita obscura, de forma asimétrica. Plegues dispuestos irregularmente. Cuello blanco.

15. — Modelo en crêpe lavable rosa. El pl[illegible] organdí blanco recortados en dientes.

16. — Vestidito de niña en tela blanca. Canesú de líneas inéditas. Cinturón y borde de la falda en la misma tela del canesú.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

GUARDE SECRETO. — Con respecto al duelo, el Código Penal establece que los que se batieren en duelo con intervención de dos o más padrinos, mayores de edad, que elijan las armas y arreglen las demás condiciones del desafío, serán reprimidos con prisión de uno a seis meses al que no infiriere lesión a su adversario o sólo le causare una lesión insignificante, y con prisión de uno a cuatro años al que causare la muerte del adversario o una lesión importante, como ser la inutilización de alguno de sus miembros.

●●



D. Domingo Faustino Sarmiento en el año 1861.

MAESTRA.—El libro de Sarmiento, tan lindo y tan poco conocido, "Vida de Dominguito", fué escrito en 1886 por su autor. Antes había sido publicado en un periódico y luego en un folleto. Sarmiento recibió la noticia de la muerte de su hijo en Wáshington, donde tenía nuestra representación diplomática.

●●

PENSADOR. — Su carta revela en usted nobles preocupaciones sociales, pero, después de haberla leído varias veces, no acertamos a saber qué desea usted que le informemos. Vuelva a escribirnos.

●●

MANUEL ALLENDE. — El dinero que ha sido depositado en el banco en carácter de sueldo por los servicios prestados por usted es suyo, y puede cobrarlo en cualquier momento, aunque haya pasado ese tiempo, pues no se opera prescripción alguna. Puede usted iniciar los trámites judiciales, si cree necesario o hay algún inconveniente. Diríjase, si carece de medios, al consultorio jurídico de cualquier diario, donde será asesorado gratuitamente.

●●

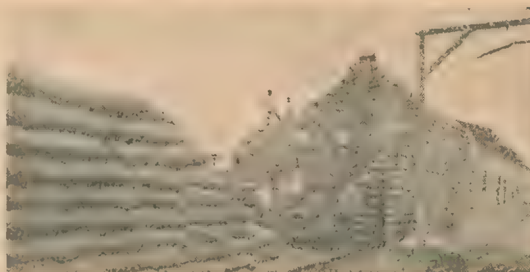
MARIA DE PAVON ARRIBA. — El dulce de naranja dulce se hace de la siguiente manera: se rallan muy poco las cáscaras y se parte en cuatro porciones, se les saca el jugo y se les deja un par de días en agua, renovando la misma dos o tres veces. Luego se exprimen bien y se ponen a cocer. Se hace un almíbar poniendo igual cantidad de azúcar que el peso de la fruta, y cuando está casi al punto se le agrega la naranja y se deja en el fuego, que se pase bien.

●●

NORMALISTA. — Los textos que tratan la materia dividen la didáctica en técnica y práctica. Didáctica técnica estudia los principios fundamentales de la enseñanza y el plan de las lecciones. La práctica enseña a transmitir los conocimientos a los alumnos, es decir, "enseña a enseñar".

EPPUR SI MUOVE. — Le han informado mal los que le aseguran que Italia produce más trigo que la Argentina. En cuanto a su otra pregunta, carece de interés, en absoluto.

●●



En las zonas agrícolas del país las pilas de bolsas de trigo esperan ser embarcadas.

IVONNE. — El dulce de huevo a que usted se refiere y que le sale mal, se prepara en la siguiente forma: "Se baten bien doce yemas con dos claras; se hace un almíbar con medio kilo de azúcar y vainilla; cuando esté a punto se retira, se le pone el huevo poco a poco y se vuelve al fuego, revolviéndolo hasta que tome punto."

●●

BACHILLER. — En la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires hay un curso para técnicos en el servicio de museos, que dura tres años. Puede usted inscribirse a él y solicitar más datos en la secretaría de dicha facultad, Viamonte 430.

●●

ESTUDIANTE. — El 27 de diciembre de 1927 la población de nuestro país se calculaba en 10.646.814 habitantes. El Censo Nacional de 1914 arrojó 7.903.752.

●●

A. M. G. — No podemos darle ningún informe acerca de la eficacia de ese específico para el cabello, por estar ello fuera de los propósitos de esta sección.

●●

JOSE GALANTE. — "Leit motif" es la idea, el pensamiento, "el aire" dominante en una pieza musical, un canto, una poesía, etc.

VALENTIN. — Esa corrección está bien hecha. Macizo se llama, geográficamente, al conjunto de montañas que irradia desde un núcleo central. Se cita como ejemplo el macizo de Atacama.

●●

REFALE B. — El 22 de julio de 1767 se publicó en la ciudad de Corrientes el bando acerca de la expulsión de los jesuítas de la misma. El 25 de julio fueron éstos embarcados en el puerto de Corrientes y llevados hasta el puerto de las Conchas, hoy el Tigre. Los bienes dejados por los jesuítas fueron cuantiosos y se levantó un inventario de los mismos. En él figuraron cerca de 40.000 cabezas de ganado vacuno y 30.000 de yeguarizo. Los campos eran los más extensos de la jurisdicción.



Vista antigua de la ciudad de Corrientes.

●●

J. E. GONZALES. — Su pregunta no está claramente formulada.

●●

REBECA. — El autor de "La Columna de Fuego" estrenada por Podestá en el Teatro Nuevo, es Alberto Ghiraldo.

EL ARTE DE CONTESTAR

A. PAGURA. — Primera pregunta: Ya que ningún remedio da resultado, y, al contrario, parece agravar su mal, es conveniente que consulte a un pedicuro. Segunda consulta: En el truco de seis a que usted hace alusión, si A, que es mano, dice "flor" y juega su carta "B" que es pie puede, teniendo a su vez flor, echarle la contraflor, sin que se lo impida el hecho de que A haya jugado ya su carta.

●●

RUBIA C. DE IVAN. — Puede usted decir Tokío o Tokio. Esa es nuestra tesis para este caso. pues no creemos que la i sea tónica, en esta palabra, pero aceptamos que se pueda decir Tokío. La gramática establece que en las palabras de otro idioma que se citen o utilicen en castellano, el acento ortográfico se pintará o dejará de pintarse de acuerdo con las reglas de acentuación castellana. Ahora bien: la regla general de las palabras graves dice que cuando terminan en vocal no se acentúan, como Mario, osario, rosario, para citar vocablos terminados en "io". Pero una regla especial dice que cuando hay una vocal absorbible tónica seguida de otra con la cual no forman diptongo se acentúa la absorbible tónica como en labradío, río, caserío, etc.

En el caso que usted cita, las opiniones están, pues, divididas. El uso resolverá el conflicto, con el tiempo.

●●

MADRE POBRE. — No hay ninguna resolución o indicio que autorice a pensar, por el momento, que las cantinas escolares serán reabiertas el año próximo.

●●

COOPERADOR. — La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares funciona en la calle Callao 1540.

●●

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — No corresponde a la índole de esta sección abrir juicios sobre asuntos como al que usted se refiere. Sólo podemos prestarle un servicio informativo, indicándole que las leyes establecen que "los jueces, tanto en los tribunales inferiores de la nación, como en los ministros que componen la Suprema Corte de Justicia, conservarán sus empleos mientras dura su buena conducta". (Art. 96.)

EL LAGO TRAGICO (Continuación de la página 39)

Diez minutos más tarde los huéspedes de aquella casa se encontraban reunidos. Dale, en el centro de la habitación, tenía a su lado a Pedemonte. Varios agentes guardaban las puertas de entrada.

— Primeramente — habló Dale, — necesito explicar el crimen, que no es tan misterioso como parece. Pedro Gutiérrez no fué asesinado en la playa. Para creer eso debemos creer en lo sobrenatural. Fué llevado allí después de haber sido asesinado. Pedro fué muerto en la pequeña casilla cercana al lago y nadie oyó el ruido del balazo, porque las puertas y las ventanas se hallaban cerradas. El criminal llevó el cadáver a la playa utilizando los botines del propio muerto. Luego en medias retornó pisando siempre en las huellas por él hechas. Sólo así se explica la total carencia de rastros. El criminal cruzó el lago en la canoa y deliberadamente arrojó la escopeta al agua, considerando que esto acarrearía sospecha sobre una persona que ese mismo día había tenido la ocurrencia de comprar balas en una armería cercana. El criminal sabía el nombre verdadero de Jorge, y fué él quien puso en sus manos la esquela enviada por Pedro a Geraldina, sabiendo que alguno de los dos, él o Jaime, trataría de arreglarle las cuentas a Pedro. Al regresar a la casa notó que del caballete faltaba aún otra escopeta. Esto complicó el asunto, pues la escopeta llevada por Jaime fué devuelta al caballete por el criminal mismo que la había encontrado. Ana, evidentemente sabía algo más de lo que declaró. Vió la canoa en el lago y vió también quién era su ocupante y precisamente por eso, porque sabía demasiado es por lo que ahora está muerta. Ana dijo que había escuchado voces en el jardín. Voces de un hombre y una mujer, y en efecto así era. El hombre era Felipe Casanovas y en cuanto a la mujer, su nombre no tiene importancia alguna aquí. El hecho es que la presencia de Felipe en el jardín, luego de haber visto Ana al criminal en la canoa, lo colocaba en una situación harto sospechosa. El hombre que cometió el crimen planeó todo cuidadosamente. Es un hombre jugador, que ha jugado tanto con la vida de sus semejante como con su dinero; jugó con Jorge y con Jaime cuando los envió a la escena del crimen dándose él el tiempo necesario para cometerlo. La presencia de ambos evitaría que la sospecha recayera sobre él. Hoy envié un telegrama a mi periódico, en Nueva York. Necesitaba saber si cierta factura adeudada por Pedro al Banco Nacional había sido cobrada. La contestación fué afirmativa. Tenía mis razones para sospechar que aquella factura había sido falsificada, y su pago así lo comprobó ya que la factura firmada realmente por Pedro se halla actualmente en poder de Jorge, quien hace pocas horas me la mostró. El hombre que lo asesinó falsificaba también esa firma. Antes de cometer el crimen hizo que Pedro firmara un cheque por la cantidad estipulada en la factura. Sabía que ese día, el sábado, era su último día, ya que al lunes siguiente el fraude sería descubierto. Cuando Pedro terminó de firmarlo, el balazo certero y cobarde del criminal puso fin a su vida. Y ese criminal es ¡José Silvano!

Silvano se irguió rápido como un relámpago. La acusación dejó a todos enmudecidos.

José fué el primero en actuar. Rápidamente extrajo un revólver de su bolsillo y apuntando a Dale apretó el gatillo; pero la bala no salió.

— Ya he quitado yo las cápsulas, José — exclamó sonriente Dale al comprender que la acción de aquel hombre daba a su acusación una seguridad plena.

— Fué un trabajo magnífico el suyo al atarse de tal manera dentro del armario, pero olvidó usted una cosa. Se olvidó de apagar las luces. Tan sólo una persona que se creyera segura contra todo atentado podía vivir a plena luz como lo hizo usted. Desde que se cometió el crimen de Pedro, todos los aquí presentes intuían la existencia en esta casa del criminal. Todos temían; en todos los rostros se veía reflejado el miedo. Sólo usted permanecía tranquilo, sin temor alguno. Después que se encerró usted en el armario, tal vez habrá recordado el detalle de las luces, pero ya era demasiado tarde, pues la llave estaba ya colocada sobre la mesa. Es una lástima, Silvano, que el detalle de las luces, tan claras como son, hayan arrojado una sombra fatal en su existencia.

FIN

LOS REGALOS DEL HERMANO (Continuación de la página 12)

aceptándolas con infantil entusiasmo, y Agustín proseguía acallando sus escrúpulos de conciencia en la misma forma, tal vez porque el hecho de haber quebrantado su compromiso se le antojaba atenuado por la felicidad que le proporcionaba a Elena. Nunca se le ocurrió que aunque ella disponía de más joyas de lo que podía usar, podía faltarle dinero para otras cosas que anhelara poseer.

Elena dejó de estar satisfecha. Quería otras cosas, especialmente un tapado de armiño. Varias semanas pensó en la conveniencia de sugerir a Agustín que su hermano le regalara un tapado en vez de más joyas, pero no se atrevió a hacerlo, creyendo que tal vez lo resentiría. Había algunas de las alhajas que no usaba nunca y juzgó que su falta no sería notada, y que, por lo tanto, no estaría mal que las vendiera para satisfacer su capricho. Las enajenó sin avisarle a Agustín ni recabar su consentimiento, pues, sobre todas las consideraciones, quería evitar que él pensara que no valoraba debidamente los regalos de Rafael.

Con el producido de la venta, adquirió un tapado de armiño, abonando su importe y haciéndoselo remitir a su domicilio por encomienda postal.

El tapado llegó a destino al siguiente día, y Elena, orgullosa de su obra, se lo mostró a Agustín como si fuera el único de su clase que existiera en el mundo.

—¿De dónde lo sacaste? — le preguntó él.

— Este... me lo mandó Rafael.

—¿Rafael?

— Sí, Rafael. ¿De dónde quieres que lo hubiera sacado si no fuera así? Es muy valioso y Rafael es el hermano más encantador que he conocido.

El rostro de Agustín se ensombreció. Una nube roja lo cegó. Su desconfianza y temor estallaron en llamarada de celos. Temblaba de rabia. Le constaba que ella le mentía, porque... ¡hacía quince años que no tenía noticias de Rafael!

A juicio de Agustín el asunto estaba claro, y sólo admitía una solución... Le arrebató el tapado y le pegó una cachetada, derribándola sobre un sofá. La contempló con odio invencible, y luego le arrojó el abrigo al rostro, giró sobre sus talones y salió de la casa... Poco después se divorciaron.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

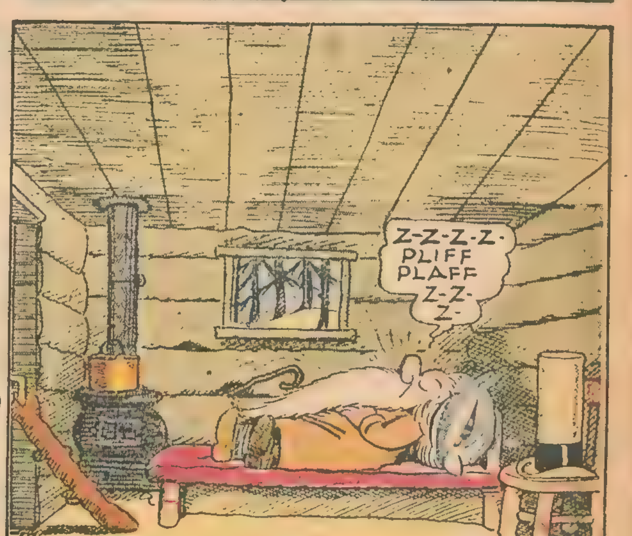


























Charlas Femeninas

Por MESEC TUBAT

HAY QUE ESPERAR

"Creer está bien, esperar es mejor."

Proverbio árabe.

¿Qué hay más noble que la espera? ¿Qué hay más portentoso, más fuerte y esperanzado que la espera?

Esperar..., esperar siempre algo, de nosotros mismos o de los demás, o de la vida, pero esperar. La vida es una eterna espera..., el advenimiento del amor, de la alegría, de la fortuna, del trabajo, de la gloria; esperar es vivir. No obstante, esperamos en vano no pocas cosas. En vano también nos hemos engañado muchas veces en esperas inútiles, pero, ¿qué importa?, si al fin fué en la esperanza y en ella estuvieron engarzados la fe y el ensueño.

"Creer está bien, pero esperar es mejor."

El amado que ha de volver, el correo que llega, la revista que recibimos, el amigo, el traje nuevo, las compras hechas, la contestación a nuestra misiva, en toda espera ponemos algo del corazón.

"Creer" ya es otra cosa, es una seguridad, y la seguridad, como la posesión, trae aparejado algún desencanto, algún desconcierto y no poco dolor.

QUERELLAS

Cuando las mujeres tienen la ventura de un marido, y ese marido posee algunas cualidades (porque no es posible pretender que en un solo hombre se acumulen un ciento de virtudes, como tampoco es posible que la mujer pueda acaparar una exagerada cantidad de ellas), no debieran rechazarlo del hogar con disputas tontas ni querellas injustificadas.

Los matrimonios discuten "por un sí, y por un no", por la más insignificante, por la más torpe, por la más inverosímil de las pequeñeces.

Y así resulta que un hombre que tiene ganado el derecho del descanso en su propia casa, tras la tarea de la labor, encuentra fatiga en el ambiente hostil, áspero para su espíritu, que le ofrece la mujer quejosa, que provoca de continuo la discusión.

Dos virtudes hacen al hombre marido insuperable: amor al trabajo y odio al juego. Lo demás, todo es pequeño y pueril, fácil de subsanar; pero las mujeres no lo entienden así, y aunque ellas no se preocupen de corregir sus propios defectos, pretenden que el marido sea un acumulador de tontas bondades, de interminables mansedumbres y de ridículos renunciamientos, una especie de santo, hecho a sus deseos y exigencias. Y para lograr este anhelo recurren a la querella, con lo que sólo logran que el marido se encuentre mejor fuera que dentro de su casa.

Y luego de ponerlo y ponerse en el evidente peligro, una vez que le ha perdido, llega a la queja amarga.

Los hombres son siempre un poco niños, y los niños van donde mejor se les trata, donde hay dulzura y reposo; reposo para el hombre que es el más grande estímulo para ayudarle a mejor sobrellevar la terrible responsabilidad de la vida y la pesada tarea del trabajo.

EN TODA CASA HAY...

(Continuación de la página 45)

sistemático.

Es muy probable que la libreta de clasificaciones sólo pruebe que la criatura se exterioriza en forma normal, pues es axiomático que poco han influído en el desarrollo del genio las notas ganadas en los bancos de la escuela primaria, notas que, a lo sumo, pueden ser índice de buena memoria o de un encomiable equilibrio físico y mental, y nada más.

Llega el momento en que el supuesto "prodigio" tiene que incorporarse a la falange de los que luchan por el pan, y comprueba su ineptitud y su inhabilidad para ello. Lleno de amor propio infundado, poseído de su importancia, cree de buena fe en sus condiciones sobrenaturales. Nadie se las reconoce, empero, y es casi seguro que se le considere un ingenuo, cuando no un botarate.

Una niña "prodigio" de hace un cuarto de siglo, que llegó a adquirir celebridad nacional, y que en la actualidad es una buena señora con varios hijos, nos refería horrorizada los pormenores de su infancia y de la absurda ostentación que de ella hicieron sus padres.

La caracterizaba una retentiva poderosa. Nada más. Una cualidad de loro. Sin embargo, a los siete años se le declaró prodigio. Primeramente sus padres. Más adelante sus profesores. Fué fenómeno de la casa y de la escuela. Su fama, conveniente y asiduamente alimentada, creció.

—Se me atribuyó talento y condiciones que no poseía — declara. — Yo era niña normal y sana, de capacidad mental corriente. Apenas si me distinguía una memoria un tanto feliz. No me interesaba nada de lo que se me obligaba a aprender a fuerza de pura memoria. Cuando tuve edad suficiente para comprender que no me era dado confirmar mi condición de genio, un terror indecible se apoderó de mí. Afortunadamente, pude sobreponerme al fracaso. Efectué un balance y un reajuste de mi verdadera capacidad para salvar mi derecho a la vida amoldándome a la existencia de una mujer común. Los años de mi supuesta precocidad fueron años de pesadilla. La ambición implacable de mis padres, empeñados en tener una hija prodigio, deformó mi niñez y me sometió al rigor de una disciplina militar. Mi simpatía por los verdaderos niños prodigios, presa de la tortura de sus mayores, es grande, porque los veo sujetos a la vida de amargura que tuve que soportar yo, aislada de los demás niños, ajena a sus juegos: fenómeno, prodigio... Y sólo yo sé lo que se sufre en tales condiciones.

Es un hecho incontestable que los genios no han figurado en la lista de honor de los colegios. No admite el verdadero talento la sujeción estricta al programa encasillado, tal vez porque, instintivamente, comprende la inutilidad de la gran mayoría de las materias que se nos obliga a aprender en las aulas y se dedica a seguir sus naturales inclinaciones. Entre nosotros abundan los ejemplos: Aristóbulo Del Valle fué un mal estudiante, casi siempre aplazado en matemáticas; no sobresalieron Pellegrini, ni Quintana, ni Sarmiento en las escuelas primarias...

En toda aula hay un niño que se singulariza por la facilidad con que recita las tablas de multiplicar y dividir, los verbos gramaticales, la nomenclatura de ríos, montañas o pueblos de la república.

El se granjea las clasificaciones que tanto enorgullecen a los padres, que no tardan en ser víctimas del exhibicionismo, creyendo que su vástago triunfará y realizará lo que ellos ambicionaron allá en su juventud.

Así nace el "niño prodigio". Desconfiad de él, desconfiad de la niña a quien una madre enternecida descubre ensayando gestos y pasos ante el espejo y la alienta en su espontánea afición a las danzas clásicas.

¡Pobre niña! ¡Pobres padres! ¡Infortunados parientes y amigos!

¿Tenéis un niño prodigio en vuestra casa? Pues no lo digáis. Ni lo recordéis siquiera. Sobre todo, cuidaos bien de elogiarlo donde él lo oiga. No lo convirtáis en un ser sobrenatural, en un "fenómeno". Recordad que es cruel hacerlo. Es probable que sólo se trate de una criatura normal, a quien no debéis exponer al ridículo ni darle margen a que más adelante os juzgue ridículos a vosotros.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLÍTICA AL PELO Y CONTRAPELO



—Usted ya sabe, don Mandinga, que yo me he dejado de politiquerías porque me he convencido de que la política es como el trigo ordinario, que siempre tiene suciedad. Pero no puedo perder la costumbre de politiquear de ojito. ¡Qué quiere! La política es la enfermedad de este país, y lo peor es que es una enfermedad contagiosa: se pega más fácil que el sarampión y prende como la viruela.

"Además, no hay cliente que venga al salón que no traiga la "enfermedad". Ahora, con las elecciones y los escrutinios, la epidemia ha entrado en una crisis aguda. ¡Lástima que los médicos no puedan aprovechar la bolada!

●●●

"El otro día fuí a acompañar a un amigo y compatriota — que quiere sacar la carta de ciudadanía — a la casa de un político influyente de la "concentración".

"— Hay que apurarse — le dije — si es que estás dispuesto a cambiar de bandera, porque la "concentración" es como un terrón de azúcar en el agua..., pronto se va a disolver, y después, ¡quién sabe quiénes se tomarán el agua dulce!

"Entonces mi paisano me dijo :



"— Lo que yo quiero no es "cambiar" de bandera, sino "bajar" la bandera.

— A ver: explícate — le dije yo, — que no te entiendo.

"— ¡Claro! — me contestó, — ahora yo ando con la banderita levantada, como los taxis desocupados que dan la vuelta a las calles estorbando el tráfico; cacho la carta de ciudadanía, me inscribo en el comité del gobierno, chapo un empleíto y, ¡tac!, bajo la bandera: ¡ocupado!

●●●

"¿Ha visto, don Mandinga, para lo que sirve la carta de ciudadanía? ¡Para acomodarse nomás! Es decir, que cada ciudadano artificial que se incorpora al país le sale más caro que los auténticos, porque los paga el presupuesto.

"Esto me hace acordar de esas familias un poco irregulares, que tienen algunos caballeros amigos de la contabilidad por partida



doble: los hijos naturales les cuestán más que los legítimos, porque tienen que mantenerlos a escondidas...

"¿No le parece una macana eso de la carta de ciudanía, don Mandinga?"

— Hay muchas opiniones, y se ha hablado mucho de que lo mejor sería el otorgamiento de la ciudadanía automática, que consiste en incorporar derecho viejo a los extranjeros a la nacionalidad, después de un corto número de años de residencia, otorgándoseles los derechos cívicos.

— ¡Ecco! Esto era lo que yo pensaba. Y de esta manera se evitaría la violencia de trámites que resultan incómodos moral y materialmente.

"¿Sabe lo que yo haría, don Mandinga, si fuera gobierno?"

— Vamos a ver.

—Declararía ciudadanos honorarios a todos los extranjeros que tuvieran por lo menos dos hijos argentinos. ¡Y asunto concluído!

— ¿Y los que no tuvieran hijos?

— ¡Que los adopten! Yo también establecería una ley haciendo obligatoria la adopción de un niño huérfano o expósitos, por lo menos, a todos los matrimonios estériles que estuvieran en condiciones de mantenerlos.

●●●

"Bueno: como le iba diciendo, fuí con mi paisano a lo del político influyente y ¡había que ver cómo estaba aquello! Ni en el consulado de Italia se ve tanta gente! Con decirle que había "cola" y todo...

"Como la cosa era entrar, y yo ya estoy aclimatado, de modo que conozco bien las costumbres, le dije al de la banderita de taxímetro: "Seguime y no te achiqués".

"Saqué el pecho, me enderecé la corbata, empecé a pisar fuerte, y los dos nos salimos de la cola y nos fuimos a la cabeza. Algunos



protestaron, pero yo los rajé con una mirada de prepotencia, les largué un "¡psche!", como diciendo: "¿Qué querrán estos gatitos?", y cuando el portero nos quiso atajar, le pegué un empujón que lo hice trastabillar, y le dije: "¡Vengo de parte del general!", y seguimos, nomás, hasta una salita alfombrada, donde ya casi no era posible moverse.

●●●

"En la salita estuvimos como una hora. Yo me entretuve en estudiar a los tipos. Ya sabe que soy psicólogo y aficionado a la filosofía. La mayor parte eran elegantes... de lejos. Al traje le habían dado una buena planchada y le habían sacado cuidadosamente las manchas, pero quedaba el lustre y algunas peladuras que no salen con nafta... Los zapatos acababan de salir del lustrabotas, pero la pomada tampoco tapa las rajaduras del charol ni empareja los tacos.

"Aquellas figuras, don Mandinga, hablaban de una larga cesantía, y créame que daban un poco de lástima. Abajo del "camouflage" de la plancha, la nafta, y el betún estaba la necesidad..., y yo pensaba: ¡con políticos de esta clase es natural que en las oficinas públicas se cometan algunas irregularidades y el "coimisionismo" haya llegado a ser una de las más poderosas instituciones de la república!

●●●

"Cuando uno es testigo de los cuadros que ofrecen las antesalas de los caudillos y los funcionarios, es cuando comprende el daño que le causa al país la enfermedad de la política: así como hay extranjeros que son capaces de vender su nacionalidad por un empleo, hay argentinos que por lo mismo arrastran su dignidad por el suelo. Y las consecuencias las tenemos en las elecciones y en el presupuesto. Las elecciones, en vez de demostrar la soberanía popular, son un barómetro de las necesidades públicas. ¿El pueblo vive holgado y feliz?, vota por la oposición. ¿Vive con angustias y dificultades?, entonces vota por el ofi-



cialismo, esperando los "favores" del gobierno. Por eso el presupuesto ya no aguanta más carga y hay que recurrir a impuestos que encarecen la vida para poder mantener a la familia burocrática.

"Es una verdadera vergüenza, don Mandinga, que en un país de doce millones de habitantes, donde pueden vivir holgadamente más de cien millones, se hable de desocupación, de miseria y de hambre. Esa es la mejor prueba de la mala política que han seguido hasta ahora los partidos y los gobiernos. Política de acomodos y de empréstitos, en vez de política de trabajo y expansión económica. Ahí tiene lo que deben hacer los gobiernos venideros: estimular la producción con buenas leyes y asegurarse mercados, con buenos tratados. Entonces, para llegar hasta las antesalas de un caudillo, no será necesario hacer cola, ni empujar al portero, ni mentir, ni contemplar cuadros impresionantes, porque nadie tendrá necesidad de mendigar empleos ni protecciones interesadas."

— Y ¿lo vió al político?



— Sí: en cuanto se abrió la puerta nos metimos.

— ¿Y?

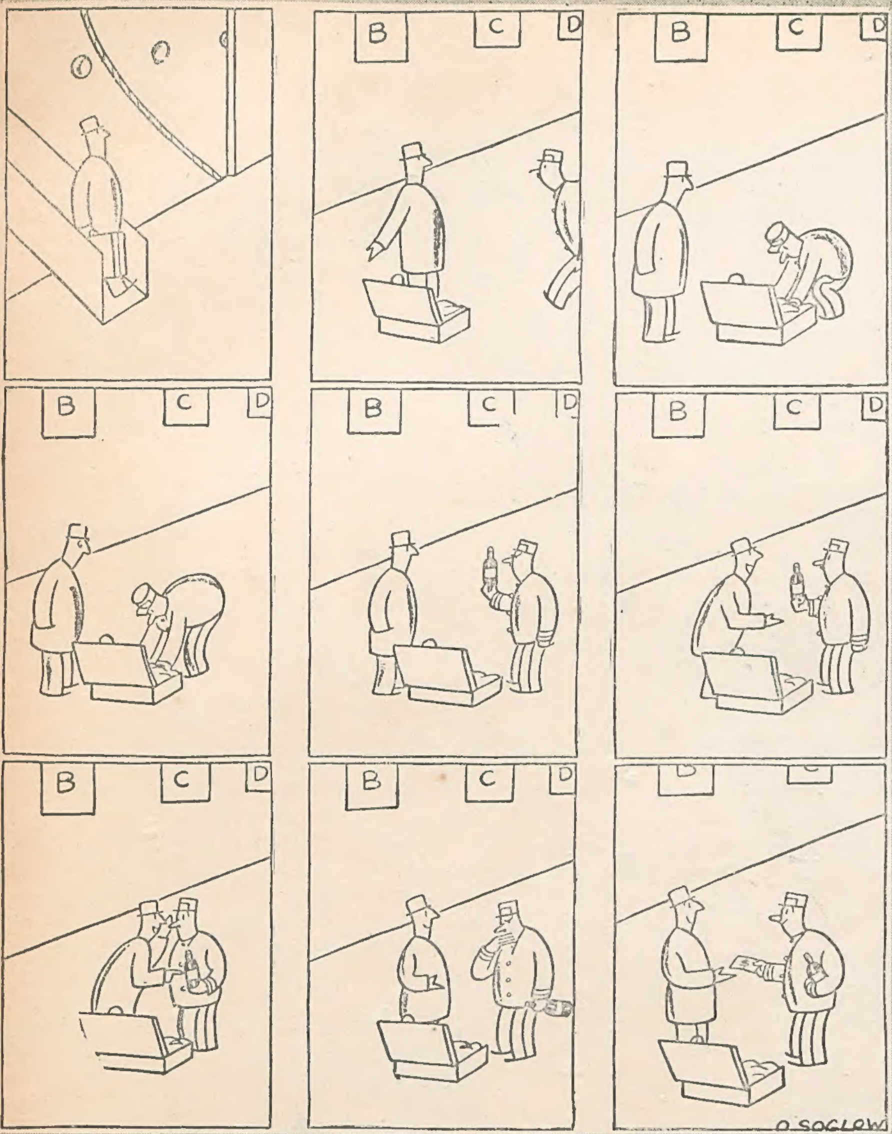
— Y nos dijo que lo viéramos después, que por ahora no podía hacer nada y que, además, no había apuro...

"¡Claro, como ya no va a haber elecciones hasta dentro de mucho tiempo, no le interesaba! ¡Hasta en esto son malos políticos nuestros políticos! No saben sembrar..., todo lo improvisan... y por eso todo suele salirles mal.

Por

El Viejo Mandinga

SALPICON



LA BOTELLA DE CONTRABANDO
(De "New York American", de Nueva York)

La fábula humorística

LA FAMA

Decía un Ciempiés: — A duras penas,
esta mañana me conté las patas,
y resulta que a gatas
llegan a tres docenas.
No se me ocurre, pues,
por qué diablos el hombre
me llama con un nombre
que no se ajusta al número de pies.
— Calla, infeliz... — le dijo, ante esa cuenta,
un Pastel que escuchaba sus congojas. —
Yo también llevo el nombre de "Mil hojas",
y no tengo ni ochenta.
Pero eso me lo guardo para mí
y no ando haciendo cálculos absurdos,
cuando el mundo está lleno de palurdos
que han llegado a ser célebres así.

Trilussa.

GOTAS DE VENENO

La mujer y los zapatos no se adaptan: envejecen.

La risa abunda en la boca de los inteligentes; la boca de los imbéciles está llena de palabras serias.

El héroe antiguo era el que afrontaba la muerte; el héroe moderno es el que acepta la vida.

Ardengo Soffici.



— ¿Y a qué se debe que dos de sus hijos sean tan bajitos y el otro tan alto?
— Pues, a que se han criado en una habitación muy bajita con sólo una ventana en el techo.

(De "Gutiérrez", Madrid)



— El cuadro es magnífico, pero el reloj de la torre es deficiente: no marca la hora exacta.

(De "Fliegende Blatter", Berlín)

Donde el tiempo en verano el gato [pasa
es el sitio más fresco de la casa;
y el paseo mejor, donde se vea
que algún grupo de curas se pasea.

Pablo Parellada.

EPIGRAMAS

Por Tomás de Iriarte

Escribano, qué inmediata
tienes tu casa a un platero,
pon en ella este letrero:
"Todos limpiamos la plata."

— He reñido a un hostelero.
— ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?
— Porque donde, cuando como,
sirven mal, me desespero.

El. — Felizmente, tengo toda la semana para descansar en la oficina.

(De "Punch", Londres)

LAS MUJERES

(SEGUN ELLAS MISMAS)

No es posible que exista sólida amistad entre dos mujeres hermosas. ¿Pueden, acaso, llegar a ser buenos vecinos dos comerciantes que vendan el mismo artículo?—*Ninon de Lenclos.*

La vanidad de las mujeres hace su juventud culpable y su vejez ridícula. — *Madama de Flahut.*

Me gustan los hombres, más que porque son hombres, porque no son mujeres. — *Cristina de Suecia.*

El aspirante a poeta. — ¿Ha recibido usted alguna noticia del efecto que ha producido en el público mi tomo de poesías?
El editor. — Sí; un señor, que tiene el mismo nombre que usted, ha venido a decirme que haga constar que él no es el autor.



— No se aflija, señor, que acaso con los dos se pueda hacer uno.

(De "Pèle Mele", París)

— ¡Mira si será fea Timotea
que hasta a su madre le parece fea!

Alberto Casañal Shakery.



— Esa casa produce cuatrocientos pesos al mes.
— ¿Dónde está el corral?
— ¿Qué corral?
— Ese en donde deben encerrar al burro que pague ese alquiler.

(De "Sondagsnisse Strix", Estocolmo)

ANECDOTA

En una de las temporadas triunfales en San Petersburgo, los oficiales de la guarnición organizaron un festival en honor de la Rachel.

Era la época de la guerra de Crimea. A los postres, un oficial se puso de pie, manifestando que no perdía la esperanza de que el ejército ruso tomara en breve una copa de champagne en París.

— Puede ser — exclamó la gran artista. — Pero hay un inconveniente: que en Francia no damos champagne a los prisioneros.



— Vamos a jugarnos cinco pesos.
— No; es mucho. Mejor es que nos juguemos el honor.

(De "Dimanche Illustré", París)

CUENTO JUDIO

Durante la guerra rusojaponesa, después de un ataque infructuoso, se da la orden de retirada. Los soldados rusos huyen, perseguidos por los japoneses. Llega un momento en que se detienen para descansar. Un oficial observa con sorpresa que un soldado judío lleva la coraza, no sobre el pecho, sino a la espalda.
— ¿Qué quiere decir eso? — pregunta, dirigiéndose al soldado. — ¿Lleva usted la coraza a la espalda?
— Es que ya sabía que íbamos a retroceder — responde el soldado.

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.